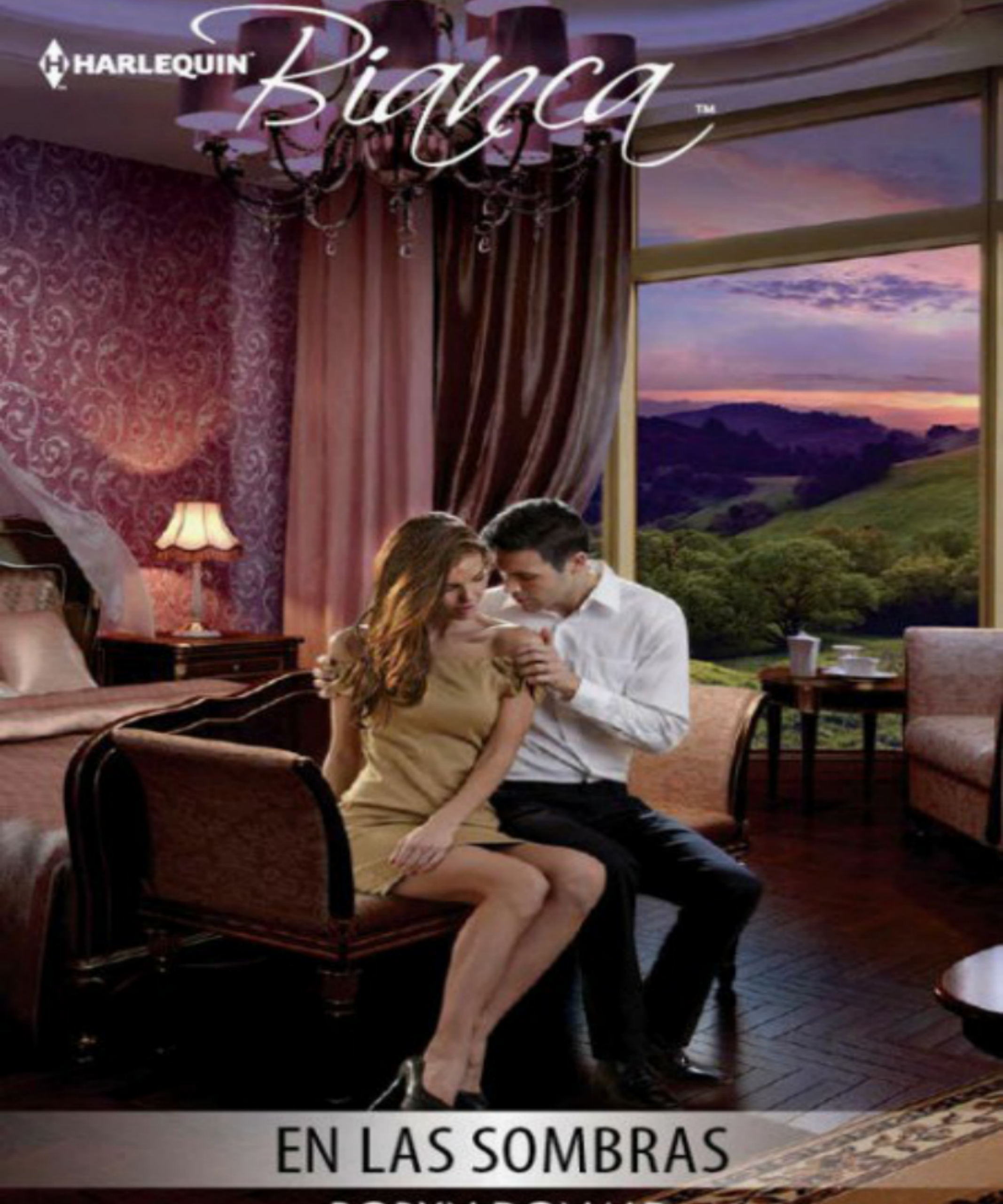

HARLEQUIN
Bianca
EN LAS SOMBRAS
ROBYN DONALD

Capítulo 1

El corazón le latía casi con la misma fuerza que el motor del pequeño aeroplano. Despacio, Rafe Peveril apartó la vista de las ventanillas bañadas de lluvia, incapaz de seguir viendo los prados de Mariposa. Hacía pocos segundos, justo antes de que el motor hubiera empezado a fallar, había localizado una pequeña cabaña.

Si conseguían salir con vida de aquel vuelo, esa cabaña podía ser su única esperanza de sobrevivir a la noche.

Otro violento soplo de aire sacudió el avión. El motor volvió a fallar. En el tenso silencio, el piloto murmuró una mezcla de plegarias y maldiciones en español, mientras luchaba por mantener el timón firme.

Si tenían suerte, podrían aterrizar más o menos intactos…

Cuando el motor volvió a funcionar, la mujer que había junto a Rafe levantó la vista. Tenía la cara muy pálida y los ojos verdes llenos de miedo.

Al menos, no gritaba. Rafe le dio la mano, se la apretó un momento y se la soltó para empujarle la cabeza hacia abajo.

—La cabeza sobre las piernas —gritó él, mientras los motores se paraban de nuevo—. Protégela con las manos.

Rafe hizo lo mismo y apretó los dientes, preparándose para el impacto.

Entonces, se despertó.

Sobresaltado, se incorporó y, al mirar a su alrededor, se encontró en una habitación que le era familiar. Con alivio, comprobó que, en vez de estar en la cama de un hospital en Sudamérica, estaba en su propio dormitorio en Nueva Zelanda.

¿Qué diablos…?

Habían pasado dos años desde la última vez que había soñado con el accidente. Intentó encontrar la razón por la que había vuelto a hacerlo esa noche, pero le falló la memoria. De nuevo.

Seis años deberían haber bastado para acostumbrarlo a la laguna que tenía desde el accidente. Aunque había hecho todo tipo de esfuerzos para recordar, todavía había cuarenta y ocho horas que permanecían en blanco en su cerebro.

El reloj de la mesilla le informó de que pronto amanecería. No tenía sentido intentar recuperar el sueño. Además, necesitaba aire fresco.

En la terraza, respiró hondo, llenándose los pulmones del aroma a sal y a flores y a césped recién cortado. Acunado por el sonido de las

olas, fue calmando los latidos de su corazón acelerado. La luz de la luna pintaba el paisaje de sombras misteriosas.

El piloto del avión había muerto por el impacto pero, milagrosamente, tanto Rafe como la mujer que había viajado a su lado habían sobrevivido con heridas leves.

Con dificultad, trató de recordar la imagen de la mujer. Aunque la había visto el día anterior al viaje en avión, cuando había estado tratando un asunto de negocios con su marido, no se había fijado demasiado en ella. Solo se acordaba de sus grandes ojos verdes. El resto de sus rasgos habían desaparecido por completo de su memoria.

Había sido una mujer normal y corriente, a excepción de sus ojos. Y había tenido un nombre sencillo también, Mary Brown.

No recordaba haberla visto sonreír nunca. Aunque no era de extrañar pues, días antes del accidente, Mary había recibido la noticia repentina de que su madre había sufrido una parálisis repentina. Cuando Rafe se había enterado, le había ofrecido llevarla a la capital de Mariposa y organizar el vuelo para que pudiera reunirse con su madre en Nueva Zelanda.

Rafe frunció el ceño. ¿Cómo se llamaba su marido, el hombre con quien había mantenido una reunión de trabajo los días previos?

Aliviado, lo recordó. David Brown. Él había sido la razón de su viaje a Mariposa. Había querido comprobar por sí mismo si el señor Brown había sido adecuado para su puesto como representante de la compañía en Mariposa.

Cuando Rafe le había ofrecido llevar a su esposa de regreso a Nueva Zelanda para ver a su madre, la respuesta de Brown le había sorprendido.

—No hace falta. Ha estado enferma. No necesita estresarse más cuidando a una inválida.

Sin embargo, a la mañana siguiente, Brown había cambiado de opinión, tal vez, ante la insistencia de su esposa. Y, esa tarde, Mary había acompañado a Rafe en su viaje.

Una hora después de haber despegado, el avión se había visto atrapado por una feroz tormenta. El motor había comenzado a fallar, mientras la nave se había bamboleado por el viento y la lluvia. Si no hubiera sido por la pericia del piloto, todos habrían muerto.

Entonces, Rafe cayó en la cuenta de qué había sido lo que había estimulado el recuerdo del accidente en su sueño.

Justo antes de acostarse la noche anterior, había recibido un extraño correo electrónico de su oficina en Londres. Su eficiente secretaria le había sorprendido al enviarle una foto, sin mensaje ninguno, de un joven que lucía orgulloso una banda de graduación. Sin entender por qué le enviaba aquello su secretaria, él le había respondido con un signo de interrogación.

La noche anterior, no había hecho la conexión, pero el muchacho de la imagen se parecía mucho al piloto.

En su despacho, encendió el ordenador y esperó con impaciencia que se abriera su correo. Al ver el nuevo mensaje, sonrió con ironía.

Su secretaria le había escrito:

> *Siento el error. Se me traspapeló esa imagen del mensaje que acababa de recibir de la viuda del piloto de Mariposa. Al parecer, prometiste a su hijo mayor una entrevista en la compañía cuando terminara sus estudios. Adjunto la foto del muchacho con la banda de graduación. ¿Te parece bien que le dé una cita?*

Eso explicaba el sueño. El subconsciente de Rafe había captado la similitud entre padre e hijo. Después del accidente, se había sentido en deuda con la familia del piloto y había prometido ayudarlos.

Sin dudarlo, le indicó a su secretaria que preparara la entrevista y se fue a vestir a su cuarto.

Después de haber visitado varios países africanos, era un placer estar en casa. Aparte del buen sexo y de la adrenalina que le daba su trabajo, había poco que le gustara más que montar a caballo por la playa al amanecer.

Quizá, lo ayudaría a inspirarse un poco para pensar qué regalo hacerle a su hermanastra. Gina era una joven muy especial.

—Ni se te ocurra encargarle a tu secretaria que me compre algo reluciente y brillante. No me gustan los brillos.

Rafe le había contestado que él mismo elegía los regalos que hacía y no su secretaria.

Gina había sonreído, dándole un puñetazo en el brazo.

—¿No me digas? ¿Entonces por qué me pediste que te buscara un regalo de despedida para tu última novia?

—Era un regalo de cumpleaños —había puntualizado él—. Y, si no recuerdo mal, tú insististe en ayudarme.

—Claro —había replicado Gina, arqueando una ceja—. ¿Y quieres que me crea que fue pura coincidencia que rompieras una semana después?

—Fue por mutuo acuerdo —había asegurado él con tono de advertencia.

Su vida privada no era asunto de nadie más, se dijo Rafe. Elegía a sus amantes por su sofisticación y por su atractivo. Aunque casarse no era uno de sus planes a corto plazo.

—Bueno, supongo que los diamantes le permitieron mantener algo de su orgullo intacto —había comentado Gina con cinismo y le había

abrazado antes de despedirse para regresar a Auckland—. Si quieres encontrar algo un poco diferente, la tienda de regalos de Tewaka tiene una nueva dueña. Tiene cosas muy bonitas.

Rafe sabía reconocer una indirecta cuando se le presentaba. Así que, horas después, se fue al pequeño pueblo que estaba a veinte kilómetros de distancia de su casa.

Dentro de la tienda de regalos, miró a su alrededor y estuvo de acuerdo con Gina en que tenía cosas con mucho gusto y estilo. Posó los ojos en la sexy ropa interior expuesta con discreción, en unas sandalias perfectas para cualquier niña que soñara con ser princesa y en unas esculturas preciosas de cristal. Además de ropa, había adornos y joyas, incluso algunos libros. Y obras de arte de diversos estilos.

—¿Puedo ayudarte?

Rafe se giró y, al toparse con los ojos de la dependienta, sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. Eran verdes como esmeraldas y un poco rasgados, coronados por gruesas pestañas. Y le hicieron retroceder de nuevo al sueño que había tenido.

—¿Mary? —preguntó él, sin pensar.

Pero no podía ser Mary Brown.

Esa mujer no tenía nada de sencilla y tampoco exhibía alianza en la mano. Aunque sus ojos eran de un color idéntico y brillaban con expresión retadora.

Al instante, sin embargo, ella bajó la vista.

—Lo siento. ¿Nos conocemos? —preguntó la mujer con una voz clara y segura que no se parecía en nada al tono tímido de Mary—. No me llamo Mary, sino Marisa. Marisa Somerville —añadió con una sonrisa.

Por supuesto, la preciosa señorita Somerville era un ave del paraíso comparada con la sencilla señora Brown. Aparte de su mismo color de ojos y de que sus nombres de pila comenzaran con las mismas letras, no se parecían en nada.

—Lo siento, pero por un momento te he confundido con otra persona —se disculpó él, tendiéndole la mano—. Soy Rafe Peveril.

Aunque algo en su mirada titubeó, ella le estrechó la mano con firmeza y habló con seguridad.

—Encantada, señor Peveril.

—Puedes llamarme Rafe.

Una emoción indescriptible pintó sus ojos durante un instante fugaz, antes de que sus densas pestañas la ocultaran.

—¿Quieres echar un vistazo o te ayudo en algo?

A Rafe le llamó la atención que ella no le hubiera correspondido, dándole permiso a llamarla por su nombre de pila.

—Va a ser el cumpleaños de mi hermana y, por cómo me habló de tu tienda, creo que quiere algo de aquí. ¿Conoces a Gina Smythe?

—Todo el mundo en Tewaka conoce a Gina —respondió ella con una sonrisa y se volvió hacia una pared—. Y sí, puedo mostrarte algo que le gusta.

Rafe la siguió, apreciando el suave contoneo de sus caderas y su elegancia al andar.

—Esto —indicó Marisa, después de detenerse delante de una pintura abstracta.

Era raro que Gina, tan práctica y realista, se interesara por aquella obra de arte que apelaba a emociones más bien sombrías.

—¿Quién es el artista? —preguntó él tras un momento de silencio.

—Yo —repuso ella con una suave risa.

Por alguna extraña razón, a Rafe le subió la temperatura. ¿Era ella tan apasionada como la pintura que tenía delante? Quizá, podría descubrirlo algún día…

—Me la llevo —afirmó él—. ¿Puedes envolvérmela? Volveré dentro de media hora.

—Sí, claro.

—Gracias.

Fuera de la tienda, lejos de la tentación, se recordó a sí mismo que hacía tiempo que había dejado atrás el deseo adolescente de acostarse con todas las mujeres guapas que veía. Aun así, tenía el pulso acelerado y no podía dejar de pensar en ella.

Pronto, invitaría a Marisa Somerville a cenar, se prometió a sí mismo. Eso, si ella no estaba ya comprometida, lo que parecía muy probable, a pesar de que no llevaba alianza en la mano. Las mujeres de su atractivo solían tener siempre a un hombre detrás de ellas.

Quizá, su reacción ante ella se debía a que llevaba ya unos meses sin tener sexo, se dijo Rafe.

Detrás del mostrador de la tienda, Marisa lo contempló con el corazón tan acelerado que apenas podía escuchar la sirena de los bomberos que se acercaba. Resistió el impulso de lavarse la mano para quitarse la sensación del contacto de Rafe Peveril.

Cuando él la había tocado, una erótica corriente eléctrica la había atravesado. El contacto de Rafe Peveril había sido tan estimulante como peligroso.

Si con un sencillo saludo podía provocarle esas reacciones, ¿qué pasaría si la besara?

¡Cielos! Furiosa consigo misma, Marisa se ordenó dejar de pensar en eso.

Durante dos meses, se había estado preparando para aquello, desde que había descubierto que Rafe no vivía lejos de Tewaka. Aun así, cuando lo había visto entrar en su tienda, tan imponente y guapo

como siempre, había tenido que hacer un esfuerzo para no salir corriendo por la puerta trasera.

Vaya coincidencia tan desafortunada. De todos los lugares del mundo, había tenido que ir a parar a ese.

Podía haber seguido su primer impulso tras la muerte de su madre y haberse refugiado en Australia.

Al menos, tenía la suerte de que Rafe no la había reconocido. Era difícil saber lo que pensaba aquel hombre de aspecto arrogante y autoritario. Aunque, después del primer instante, él parecía haber aceptado por completo su nueva identidad.

Marisa tragó saliva mientras el coche de bomberos pasaba delante de la tienda. Rezó porque no fuera nada grave, porque no hubiera habido un accidente de carretera, ni un incendio en una casa.

Entonces, posó los ojos en el cuadro que acababa de vender. Forzándose a respirar hondo, lo descolgó de la pared y lo colocó sobre el mostrador.

Gina Smythe era la clase de mujer que Marisa admiraba… segura de sí misma, decidida, encantadora. Aunque era obvio que la hermana del rico y poderoso Rafe Peveril tuviera tan devastadora confianza en sí misma.

Sin embargo, a Marisa le había costado años construirse la imagen que exhibía en el presente. Solo ella sabía que, en su interior, era la niña inocente que, llevada por sus fantasías de cuento de hadas, se había casado con David Brown y se había ido con él a Mariposa, soñando con vivir el romance de su vida en un paraíso tropical.

Apretando los labios con amargura ante el recuerdo, cortó un pedazo de papel de regalo.

Qué equivocada había estado.

No obstante, el pasado quedaba atrás. Y, como había firmado un contrato para hacerse cargo de la tienda durante un año, tendría que asegurarse de que todo el mundo la viera como la mujer que poseía la mejor tienda de regalos de Northland. En especial, Rafe Peveril.

Debía tener éxito con su tienda y ahorrar todo el dinero que pudiera. Una vez que terminara su contrato, se iría de Tewaka a un sitio más seguro, un lugar donde su pasado no se entrometiera y donde pudiera vivir sin miedo.

Al llegar a Tewaka, había pensado que ese podía ser el lugar, pero…

Media hora después, Marisa no dejaba de vigilar la puerta, mientras atendía a una clienta que no acababa de decidirse. Todas las sugerencias que le hacía eran rechazadas con algún vago comentario.

Una vez, Marisa había sido así. Quizá, aquella mujer también estuviera atrapada en una situación de la que no podía escapar. Tensa, la acompañó a mirar otros objetos en la tienda, hablando sobre la

destinataria del regalo, una niña de catorce años que aterrorizaba a su abuela.

Al oír la puerta, Marisa contuvo la respiración. Rafe Peveril hacía parecer la tienda mucho más pequeña con su imponente presencia.

Tenía el cabello moreno, la piel bronceada y exhibía una belleza arrogante, con anchos hombros, cintura estrecha, largas y musculosas piernas… Era un hombre que llamaba la atención.

Desnudo, era todavía más impresionante, se dijo Marisa, encogida ante el súbito recuerdo de un pasado que había intentado olvidar a toda costa.

—Discúlpeme un momento, tengo que entregarle su paquete al señor Peveril.

—Claro —repuso la clienta y miró hacia la entrada. Al recibir una carismática sonrisa de Rafe, se puso colorada.

Marisa se esforzó en relajarse, mientras se acercaba a él. Sin duda, Rafe Peveril era consciente del efecto que su sonrisa causaba en las mujeres.

Hacía que los corazones se aceleraran… como le estaba sucediendo a Marisa en ese momento.

En Mariposa, ella se había fijado primero en su altura. Después, se había percatado de que sus ojos grises eran del color del acero.

Pero, en Mariposa, la mirada de Rafe no había delatado ningún interés. En el presente, él no intentaba ocultar lo contrario.

A Marisa le subió la temperatura, mientras él la recorría con expresión apreciativa.

—Hola, señor Peveril —saludó ella con una sonrisa forzada—. Aquí está el paquete.

—Gracias. ¿Das clases sobre cómo envolver regalos y decorarlos?

Perpleja, ella levantó la vista y arqueó las cejas.

—No lo había pensado.

—Este te ha quedado precioso —comentó él, tocando el paquete con la punta de los dedos—. Las navidades se acercan y seguro que habría mucha gente interesada en aprender.

La conversación superficial no era el estilo de Rafe, caviló ella. Él había sido amable en Mariposa, pero siempre había mantenido las distancias…

No debía pensar más en Mariposa, se reprendió a sí misma. A toda costa, debía evitar que él la reconociera y zanjar ese encuentro cuanto antes.

—Gracias. Pondré un anuncio en el escaparate y veremos qué pasa —repuso ella con toda la calma que pudo reunir.

—Tengo la extraña sensación de que nos conocemos, pero estoy seguro de que lo recordaría si nos hubiéramos visto antes.

¡Cielos!, se dijo ella, rezando porque él siguiera sin reconocerla del

todo.

—Lo mismo digo, señor Peveril.

—Rafe.

Marisa tragó saliva. No tenía por qué resultarle tan difícil usar su nombre de pila. Era una tontería, se dijo a sí misma.

—Rafe. Yo también me acordaría —indicó ella—. Espero que a tu hermana le guste el regalo.

—Seguro que sí. Gracias —dijo él, tomó el paquete y se fue.

Aliviada, Marisa respiró hondo antes de regresar con la clienta indecisa. Diez minutos después, por fin, hizo su elección. Cuando le estaba envolviendo el regalo, la otra mujer se inclinó hacia ella y le habló en tono confidencial.

—Gina Smythe no es hermana de Rafe en realidad, ¿sabías?

—No, no lo sabía —replicó Marisa. Aunque odiaba los cotilleos, no pudo evitar sentir curiosidad.

—Pobre chica. Escapó de un orfanato no muy lejos de aquí cuando tenía seis años y se escondió en una cueva en Manuwai, en la enorme propiedad de los Peveril junto a la costa. Rafe la encontró, la llevó a su casa y su familia la adoptó. Él es hijo único.

—Ah —dijo Marisa, comprendiendo por qué Rafe y Gina no compartían apellido.

—La madre de Rafe lo abandonó con su padre cuando Rafe no tenía más de seis años —continuó la clienta cotilla en voz baja—. Fue un gran escándalo. La señora se divorció del padre de Rafe y se casó con una estrella de cine, luego se volvió a divorciar y se volvió a casar con otro.

Perpleja, Marisa intentó interrumpirla, pero la clienta parecía imparable.

—Era una mujer muy hermosa… Se pasaba la vida viajando y haciendo cruceros a Bali y otras islas exóticas.

—Gracias —dijo Marisa, tendiéndole la bolsa.

Sin embargo, la otra mujer no se dio por aludida.

—Nunca cuidó a Rafe. Tenía una niñera para que se ocupara de él. Su madrastra, la segunda señora Peveril, sí era amable, pero no pudo tener hijos. Así que Rafe no tiene más hermanos. Fue una pena…

La mujer se interrumpió cuando otro cliente entró en la tienda. Aliviada, Marisa aprovechó la oportunidad.

—Estoy segura de que a su nieta le gustará el regalo pero, si no es así, no dude en volver con ella para que lo cambie por otra cosa.

—Muchas gracias.

—Gracias a usted.

El resto del día, Marisa no paró de trabajar y no tuvo tiempo para pensar en lo que había descubierto. Cuando cerró la tienda, cruzó la calle para ir a la escuela que había enfrente. Una de las razones por

las que había elegido establecerse en Tewaka era la excelente escuela infantil que había allí.

—Hola, tesoro, ¿cómo te ha ido el día? —saludó ella, sonriente al recoger a su hijo.

—Bien —repuso el pequeño de cinco años con otra sonrisa. Para Keir, todos los días eran buenos—. ¿Y tú has tenido buen día también?

—Sí, un crucero atracó en la bahía y he tenido muchos clientes —repuso ella.

—¿Puedo ir al cumpleaños de Andy? —preguntó el niño—. Por favor. Hoy me ha dado esto —añadió, tendiéndole un sobre arrugado.

Con el corazón un poco encogido, Marisa pensó que era una pena que Keir se hubiera establecido tan bien. Era un niño simpático y sociable y había hecho buenos amigos, a los que iba a echar de menos cuando se fueran.

—Leeré la invitación en casa. Pero no veo por qué no vas a poder ir.

Radiante, el niño la acompañó al supermercado sin dejar de hablar y contarle sus aventuras del día. Keir era la razón de su vida, se dijo Marisa con el corazón lleno de amor. Su bienestar era lo único que le importaba desde que se había quedado embarazada.

Costara lo que costara, se aseguraría de proporcionarle a su hijo todo lo que necesitara para ser feliz.

Aunque no podía dárselo todo, Keir tenía una madre que lo amaba. Y, según los cotilleos locales, eso era más de lo que había tenido Rafe Peveril. Solo había tenido un año más que Keir cuando su madre lo había abandonado. ¿Había influido eso en la clase de hombre duro e implacable en que se había convertido?

Era más que posible. Pero, aunque su triste pasado le daba una nueva visión sobre él, Marisa no debía olvidar que se enfrentaba al hombre en que se había convertido y no a un niño desamparado.

Esa noche, no pudo dejar de pensar en la atención con que él la había contemplado. Odiaba pensar en el aspecto que había tenido cuando lo había conocido. Había sido una sombra de sí misma… Y esa era la razón por la que no la había reconocido en el presente.

Sin poder evitarlo, la invadió un miedo primitivo al recordar sus años de matrimonio con David. En dos años, la había hecho trizas.

Si no hubiera sido por Rafe Peveril, lo más probable era que siguiera en aquella solitaria finca en Mariposa, incapaz de reunir las fuerzas necesarias y el valor para escapar.

Había necesitado varios años y un gran esfuerzo para salir de su oscura depresión. En ese momento, era responsable de su hijo y nunca jamás volvería a confiar en un hombre que quisiera dominarla.

Retorciéndose en la cama, comprendió que no iba a poder dormir y decidió levantarse para prepararse una infusión.

Con una taza humeante, en la cocina, miró por la ventana. Hacía una noche cálida y romántica, bañada por la luna.

Durante unos instantes, soñó con una vida diferente, llena de pasión y emoción.

Pero un poco de líquido caliente se le derramó en la mano, llevándola de regreso a la realidad.

—Es lo que pasa por mirar a la luna como una tonta —se dijo a sí misma, apartándose de la ventana.

Haber visto de nuevo a Rafe Peveril había despertado en ella una energía indescriptible, como si su cuerpo hubiera vuelto a la vida después de un largo sueño.

Debía haberlo esperado.

La primera vez que lo había visto en Mariposa, bajándose de su Jeep, Marisa había sentido que su determinación había revivido. Su masculina vitalidad había conseguido abrir una brecha en la gris apatía de ella. Gracias a eso, había conseguido reunir la iniciativa necesaria para decirle que su madre estaba enferma y que iba a morir pronto.

Entonces, cuando David había rechazado la oferta de Rafe de llevarla a casa, había logrado desempolvar todo su valor para desafiar a su marido.

Con un escalofrío, dio gracias al Cielo por no seguir siendo aquella mujer frágil y asustadiza del pasado. Incluso le parecía increíble haber caído en ese estado.

En vez de martirizarse recordando el accidente, debía estar contenta porque el encuentro que había temido durante los últimos dos meses había tenido lugar sin desatar la catástrofe.

Era cierto que Rafe se había fijado en ella, pero solo había sido porque había despertado su interés, no porque la hubiera reconocido.

Había superado la prueba con éxito, se dijo a sí misma, tratando de calmar su miedo y un impulso irracional que la animaba a salir corriendo.

¿Qué sucedería si él acababa descubriendo que Mary Brown y ella eran la misma mujer?

¿Y si David seguía trabajando para él y Rafe le contaba dónde estaban ella y Keir?

¿Y si descubría la mentira que le había contado a David… la mentira que por fin les había permitido ser libres a ella y a su hijo?

Marisa respiró hondo y se terminó la infusión. No debía temer que eso sucediera, pues a su exmarido no le importaba Keir.

De cualquier manera, además, preocuparse era una pérdida de tiempo y energía. Lo único que tenía que hacer era evitar a Rafe Peveril, algo que no debía ser difícil. Su vasto imperio, sin duda, mantenía al gran empresario lo bastante ocupado como para que no se

molestara en acudir a menudo al pequeño pueblo de Tewaka.

Mientras, ella podría hacer planes para mudarse a otro sitio lejos de allí. Un lugar donde pudiera estar a salvo y comenzar de nuevo.

Había creído que Tewaka había sido ese lugar. Estaba cansada de nuevos comienzos.

Invadida por una profunda sensación de soledad, se dijo que no debía hundirse en la autocompasión. Antes de echar raíces en el próximo sitio, tenía que comprobar quién vivía en los alrededores.

También, se compraría unas lentillas de color marrón, para camuflar sus ojos.

Capítulo 2

Para ahorrar dinero en el horario ampliado de la escuela infantil, Keir se quedaba en la tienda por la tarde dos días a la semana. Le encantaba charlar con los clientes y jugar con sus juguetes en la trastienda.

Allí estaba el pequeño cuando Marisa oyó una voz profunda y grave. Con el corazón acelerado, reconoció a Rafe Peveril. Había pasado una semana desde que había comprado el regalo para su hermana y ella había empezado a relajarse. En silencio, rezó por que se fuera rápido y no volviera nunca.

—Por casualidad, ¿tienes alguna pariente llamada Mary Brown? —preguntó él, sin preámbulos.

Marisa se quedó paralizada por el pánico.

—Que yo sepa, no tengo parientes femeninas —contestó ella, diciendo lo primero que se le ocurrió—. Ni conozco a nadie llamado Mary Brown. ¿Por qué?

Rafe la observaba con atención y gesto indescifrable.

Por el rabillo del ojo, Marisa vio horrorizada que Keir estaba saliendo de la oficina.

—Mami… —empezó a decir el pequeño, al llegar junto a su madre.

—Ahora, no, tesoro —le interrumpió Marisa, haciendo un gran esfuerzo por no delatar su miedo—. Estaré contigo en un minuto.

Con una mirada de resignación, Keir se dio media vuelta para irse.

—Puedo esperar —indicó Rafe, posando los ojos en el niño—. Hola, soy Rafe Peveril. ¿Quién eres tú?

—Keir —contestó el niño con desparpajo.

—¿Keir qué?

El pequeño rio.

—Keir qué, no. Soy Keir Somerville.

—Vete, Keir —ordenó su madre de forma abrupta.

—A mí no me molesta —señaló Rafe—. ¿Qué edad tienes, Keir?

—Cinco años. Y voy al colegio —respondió el niño, orgulloso.

—¿Quién es tu maestra?

—La señora Harcourt. Tiene un perro y un gatito. Y ayer llevó el gatito al cole —informó Keir y le lanzó una mirada a su madre antes de volver a fijar la atención en el carismático extraño—. Yo quiero tener un cachorro, pero mamá dice que no puedo porque tendríamos que dejarlo solo todo el día. Pero hay otra señora que también tiene una tienda y tiene un perrito y se lo lleva con ella y el perrito duerme en un cojín a su lado.

Entonces, por suerte, entró otro cliente.

—Ahora tienes que irte dentro, Keir —repitió su madre con firmeza.

Con reticencia, el pequeño se dispuso a obedecer, no sin antes dedicarle una sonrisa a Rafe.

—Adiós, señor Peveril.

—Un niño muy agradable —comentó Rafe cuando el pequeño se hubo ido.

—Gracias —repuso ella, molesta todavía ante su persistente escrutinio—. ¿Querías algo?

—No, solo he venido para decirte que a mi hermana le encantó el regalo. Cuando le dije que lo habías pintado tú, se sorprendió y nos preguntamos por qué no lo habías firmado. Solo tiene tus iniciales.

Marisa no podía contarle que lo último que necesitaba era que alguien reconociera su nombre. Por eso, se limitó a encogerse de hombros.

—No lo sé. Nunca lo hago.

—Me pidió que te dijera que le encanta.

Marisa se relajó un poco.

—Me alegro. Dale las gracias a tu hermana de mi parte, por favor.

—Lo más probable es que venga por sí misma a hacerte saber lo mucho que le gusta tu cuadro, así que ya se las darás tú —señaló él y lanzó una rápida mirada al reloj que había en una de las paredes de la tienda—. Ahora tengo que irme. Pero volveremos a vernos.

No, si Marisa podía evitarlo.

—Seguro —dijo ella, sin embargo.

Devolviéndole otra inocente sonrisa cuando él le dedicó otra mirada escrutadora, Marisa se dio media vuelta. Nerviosa, intentó concentrarse en atender a un cliente que había decidido empezar sus compras navideñas.

Esa tarde estuvo muy ocupada también, con lo que no tuvo tiempo para reflexionar sobre la inesperada visita de Rafe ni sobre la atención, todavía más inesperada, que le había prestado a su hijo.

Tampoco quería darle demasiadas vueltas a cómo su cuerpo reaccionaba a su presencia. No tenía nada que ver con el hecho de que hubieran dormido abrazados en el pasado, con piernas y brazos entrelazados, sus pieles pegadas…

Con esfuerzo, trató de dejar de lado los inquietantes recuerdos.

Después, en casa, mientras tendía una lavadora, intentó convencerse de que su miedo era infundado. Con el corazón encogido, vio cómo Keir daba otra vuelta por el jardín con la bicicleta.

No tenía sentido alarmarse por Rafe Peveril. No era una amenaza para ella ni para Keir.

Aunque su marido siguiera trabajando para la compañía de Peveril,

ella no tenía por qué temer a David. Aunque…

En el presente, era una mujer distinta de la ingenua joven que se había casado con David Brown. Había sufrido y se había encontrado perdida, hasta que se había dado cuenta de que la única forma de sobrevivir había sido rescatarse a sí misma.

Y lo había hecho. Tenía una vida y un futuro que ofrecerle a su hijo. No dejaría que nadie, y menos Rafe Peveril, le arrebatara eso.

Aun así, durante el resto del día, negros nubarrones oscurecieron sus pensamientos, sacando a la luz viejos recuerdos y sufrimientos. Y la desesperante sensación de estar atrapada en una situación de la que no podía escapar.

También estaba la horrible mentira que le había ganado la libertad y la seguridad de su hijo.

Rafe frunció el ceño ante la ventana de su despacho, pensando en las negras pestañas y la piel sedosa de Marisa Somerville. Intrigado, se preguntó por qué ella había palidecido al verlo entrar en la tienda esa tarde. Sus manos, delicadas y adornadas con exquisitos anillos, se habían puesto rígidas unos segundos y le habían temblando un poco.

Por otra parte, algo le resultaba familiar en ella. Debía de ser nada más el color y la forma de sus ojos, se dijo. Aparte de eso, nada más tenía en común la hermosa Marisa Somerville con la anodina mujer de David Brown.

Al recordar sus labios carnosos, su piel inmaculada y el brillo de su pelo color miel, el deseo dormido se despertó dentro de él.

Marisa Somerville era muy atractiva, sí.

Pero había algo más en ella que lo intrigaba y llamaba su atención.

En su mirada, había creído percibir algo cercano al miedo…

Solo había durado un segundo. Ella se había recuperado enseguida, aunque había vuelto a ponerse tensa cuando su hijo había entrado en escena.

Lo más probable era que su tensión se hubiera debido a su resistencia a la atracción instintiva entre una mujer en edad fértil y un hombre viril… algo que él también había sentido.

Y todavía sentía, reconoció él para sus adentros, sorprendido por una poderosa erección.

Eso no le había pasado en Mariposa, cuando había conocido a Mary Brown. Ella lo había mirado con rostro inexpresivo, le había estrechado la mano como una autómata y había desaparecido de la escena como un fantasma. Lo que le había llamado la atención entonces había sido el enorme contraste entre sus fascinantes ojos verdes y el resto de ella, su voz anodina, su piel apagada, su pelo sin vida.

Rafe miró a su alrededor en el despacho y respiró hondo.

Aquella habitación representaba la esencia de su vida, cinco generaciones de Peveril se habían sentado tras el gran escritorio de roble y habían trabajado para construir un productivo imperio que abarcaba el mundo entero.

Esperaba que, un día, su hijo o hija ocuparan el mismo sillón tras el mismo escritorio, con el mismo objetivo, alimentar a tantas personas como pudiera.

Su padre había fundado una organización para ayudar al gobierno de Mariposa a introducir nuevas tecnologías en las granjas pero, después de su muerte, Rafe se había encontrado con que la situación había sido caótica. Había viajado a Mariposa en persona para intentar instaurar una forma de controlar el proceso y para contratar a personal en el que pudiera confiar.

Con un gesto de impaciencia, se giró hacia su ordenador.

Tenía cosas más importantes en las que pensar. ¿Qué le importaba que Marisa Somerville se pareciera o no la esposa de uno de sus encargados en Mariposa? Aun así, no podía sacarse de la cabeza la mirada asustada de esa mujer y su expresión fugaz de haberlo reconocido también.

Aunque Rafe rara vez tenía presentimientos, pues prefería guiarse por la lógica, cuando su intuición le decía algo, le gustaba escucharla.

Con una sonrisa de satisfacción por su decisión, comprobó qué hora era en Mariposa y tomó el teléfono.

A su enviado allí le sorprendió la pregunta, pero respondió con presteza.

—Yo no trabajaba para usted entonces, como recordará, pero claro que recuerdo lo que pasó. Salió en los periódicos. El señor Brown quemó la maquinaria que había en su granja. Uno de los capataces casi murió en el incendio. Creo que le dieron la opción de irse o de ser juzgado en Mariposa. Y se fue.

—¿Por qué no fui informado? —inquirió Rafe, arqueando las cejas.

—No lo sé.

—Claro —repuso Rafe. Sin duda, aquella omisión solo podía achacarse a la ineficiencia de su anterior encargado—. Lo siento. ¿Cuándo tuvo lugar ese sabotaje?

—Tendría que comprobar la fecha exacta —contestó el encargado un poco tenso—. Pero fue unas pocas semanas después de que usted y la señora Brown se fueran juntos a Nueva Zelanda.

Rafe frunció el ceño. Sin duda, por su forma de expresarse, el español no era la primera lengua de su encargado. Técnicamente habían salido juntos, pero no de la forma que parecía sugerir el comentario. Pero ¿y si David Brown hubiera pensado…?

Con una sonrisa llena de ironía, desechó la idea.

Sin embargo, durante los días siguientes, no pudo dejar de darle vueltas. Pocos días después, tras una exitosa reunión con miembros de otras compañías internacionales, decidió celebrarlo invitando a la cena a una de sus antiguas parejas. Aunque la mujer le gustaba y habían pasado muy buenos ratos juntos, declinó su oferta de pasar la noche con ella, pues ya no estaba interesado. Sin embargo, no pudo evitar que un paparazzi les tomara una foto por sorpresa cuando salían de la sala de banquetes. Al día siguiente, la imagen salió en la sección del corazón de uno de los periódicos más vendidos de Nueva Zelanda.

De regreso en su casa, Rafe tomó el teléfono sin pensar, con la intención de llamar a Marisa Somerville. Pero se dio cuenta de que era fin de semana y no conocía el número de teléfono de su casa. Tampoco aparecía en el listín telefónico.

¿Pero por qué quería llamarla? ¿Porque le recordaba a otra mujer?

Pensativo, intentó recordar todo lo que pudo del día en que Mary Brown y él habían salido de la finca en Mariposa. No se acordaba más que de fragmentos sueltos, de nada en especial.

Incluso después de que se hubiera despertado en una cama de hospital, consciente del accidente que lo había llevado allí, no había recordado nada de lo sucedido los dos días anteriores. Le habían dicho que Mary Brown lo había llevado a una cabaña, que probablemente le había salvado la vida…

Entonces, sin previo aviso, recordó algo… una voz susurrante, su gratitud por la calidez de los brazos que lo envolvían…

Eso fue todo. Maldiciendo, Rafe se puso en pie y se acercó a la ventana. Respiró despacio, tratando de calmar los latidos de su corazón. ¿Por qué no había recordado eso antes?

¿Acaso el haber encontrado unos ojos verdes como los de Mary había estimulado su memoria?

Después de haber recibido el alta en el hospital, Mary Brown y él habían regresado a Nueva Zelanda en un avión privado, atendidos por una enfermera. Él apenas recordaba ese viaje, aunque era obvio que había despertado rumores en Mariposa.

Bueno, que pensaran lo que quisieran, se dijo. Él nunca había ido detrás de una mujer casada, por muy atractiva que hubiera sido.

Debía averiguar si Marisa estaba comprometida, caviló con excitación. Tewaka también era un lugar excelente para los rumores y sería fácil hacerse con la información.

—Mamá, no quiero que te vayas —protestó Keir, gimiendo—. Igual

me pongo malito si te vas.

—No, tesoro. Estaré aquí cuando te despiertes mañana por la mañana. Vas a estar bien con Tracey —le tranquilizó su madre—. Y mañana es sábado. Podrás venir a la tienda conmigo.

Keir sabía cuándo insistir y cuándo rendirse. Con un suspiro, pensó en el helado que Tracey siempre le compraba cuando lo llevaba al parque.

—Me gusta Tracey.

—Lo sé. Aquí llega.

Aunque sabía que lo dejaba en buenas manos, Marisa se fue con el corazón un poco encogido. La hija de su casero, una joven de diecisiete años que tenía dos hermanos pequeños, era competente y de confianza. Pero iba a ser la primera vez que otra persona acompañara a Keir a la cama.

Sin embargo, se había prometido a sí misma asistir a la reunión semanal de empresarios de la zona. Al menos, podría ampliar su círculo de contactos y necesitaba aprovechar todas las oportunidades disponibles de tener éxito con su tienda.

Sus nervios al entrar en la sala no hicieron más que aumentar cuando alguien de los presentes le confió que iba a honrarles con su presencia un ponente de excepción. Rafe Peveril.

—Qué interesante —comentó ella con una falsa sonrisa, al mismo tiempo que sentía la urgencia de salir corriendo.

Habían pasado diez días desde la última vez que lo había visto, pero todavía no había logrado recuperarse del todo de ese encuentro. Cinco minutos después, esbozó la misma sonrisa forzada cuando uno de los organizadores le presentó a Rafe.

—La señora Somerville y yo ya nos conocemos —señaló él.

—Ah, bien —dijo el organizador, no sin cierta curiosidad.

—Tengo entendido que vives en la granja de los Tanner —indicó Rafe.

—Sí, me viene bien porque está muy cerca de la tienda —contestó ella. No era de extrañar que Rafe lo hubiera averiguado. Todo el mundo en Tewaka sabía dónde se establecían los recién llegados.

—¿Y quién cuida a tu hijo esta noche?

Ella arqueó las cejas, sorprendida por la pregunta.

—Tracey, la hija de los Tanner. Se lleva muy bien con Keir.

Él asintió, observándola con atención.

—No sabía que era la primera vez que asistías a una de estas reuniones —dijo él.

—Había intentado venir antes, pero…

—Señálame a quien no conozcas.

Sorprendida de nuevo, Marisa hizo lo que le decía, preguntándose si era una estrategia sutil para presentarle a otra persona y

desembarazarse de ella. Sin embargo, Rafe no se separó de su lado en ningún momento. Debía de ser por buena educación, caviló.

En sus conversaciones con los diversos asistentes, Rafe demostró tener inteligencia y sentido del humor al mismo tiempo. Y Marisa no pudo evitar sentirse impresionada. Aunque había heredado la compañía de su familia, había sido él quien la había convertido en una corporación internacional, algo para lo que sin duda hacían falta más talentos aparte de inteligencia y sentido del humor. Para llegar tan lejos como él había llegado, eran necesarias una gran determinación y una formidable dureza de espíritu.

En resumen, Rafe era alguien a quien respetar… y evitar.

Nadie conocía mejor que ella el daño que un hombre dominante podía provocar.

En los últimos tiempos, los medios de comunicación no habían dejado de hablar de él. Los titulares habían informado de que había firmado una importante adquisición y, también, que salía con una mujer muy hermosa.

Por suerte, se iría pronto de Tewaka, según había comentado sus negocios le obligaban a viajar mucho. Eso le daría a Marisa tiempo para recuperarse y dejar atrás la molesta atracción que sentía por él.

Cuando la reunión se terminó, un poco más tarde de lo que Rafe había esperado, buscó a Marisa y la encontró junto a la puerta.

—¿Dónde está tu coche?

—Aquí mismo —indicó ella, junto a su viejo vehículo—. Buenas noches —se despidió de forma abrupta.

Los dos pusieron la mano sobre el manillar de la puerta al mismo tiempo. Cuando ella sintió su calor y su fuerza, se le aceleró el pulso al instante. Sin pensarlo, apartó la mano como si le hubiera mordido una serpiente.

Acto seguido, levantó la mirada hacia él, haciendo un tremendo esfuerzo para encontrarse con sus ojos escrutadores sin encogerse.

—No muerdo —dijo él, abriendo la puerta mientras la observaba con curiosidad—. Buenas noches.

—Gracias —se despidió ella y entró en el coche.

Rafe cerró la puerta y dio un paso atrás.

Con manos temblorosas, Marisa dejó el bolso y la carpeta que llevaba en el asiento del copiloto y se puso a rebuscar las llaves del coche. ¿Qué hacía él allí parado, mirándola? ¿Por qué no se iba? Cuando, por fin, encontró la llave, la introdujo en el contacto y la giró para arrancar.

En vez del sonido acostumbrado del motor en marcha, solo percibió un ominoso silencio.

Capítulo 3

Oh, NO —gimió ella con impotencia y se sobresaltó cuando se abrió la puerta del coche.

La voz de Rafe, calmada y firme al mismo tiempo, solo logró ponerla más nerviosa.

—O tienes la batería agotada o se te ha roto el motor de arranque.

Tratando de no entrar en pánico, Marisa contuvo las maldiciones de carretero que tenía en la punta de la lengua. Sabía que era inútil, pero volvió a intentar arrancar. Solo recibió silencio como respuesta.

—Así no conseguirás nada —observó Rafe con una sonrisa—. Es el motor de arranque. Si fuera la batería, al menos, sonaría como si intentara arrancar.

Furiosa, Marisa sacó la llave del contacto. Para él era todo muy fácil. No tenía que preocuparse por cómo ir al trabajo, ni por el coste de la reparación. No tenía más que extender un cheque para comprarse un coche nuevo, sin importarle el precio y sin pestañear…

—Es automático, ¿verdad? —preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos llenos de resentimiento.

—Sí.

—Entonces, no serviría de nada empujarlo. Llamaré a alguien para que lo recoja y te llevaré a casa.

Marisa entreabrió los labios para protestar, pero cerró la boca de nuevo.

Con los tacones que llevaba, tardaría por lo menos una hora en volver a casa a pie. Y Tracey la estaba esperando para poder irse.

Además, tenía que ir a trabajar al día siguiente. Por el momento, no podía permitirse contratar a nadie en la tienda y, en el fin de semana, la guardería costaba demasiado cara, por lo que Keir solía acompañarla los sábados.

Entonces, cuando la voz de Rafe volvió a sacarla de sus pensamientos, se dio cuenta de que él había tomado su silencio por un sí. Estaba hablando por teléfono en ese momento.

—¿Patrick? ¿Puedes venir al ayuntamiento y recoger un coche? Se ha estropeado el motor de arranque. No, no es el mío —dijo él al teléfono. Sin mirarla, le comunicó la marca del vehículo—. De acuerdo. Gracias. Hasta pronto —se despidió. A continuación, se volvió hacia Marisa—. Llegará en unos pocos minutos, así que recoge lo que vayas a necesitar del coche. Yo sacaré la silla de tu hijo.

—Gracias —señaló ella con tono frío, conteniéndose para no decirle que podía hacerlo sola. Se había jurado a sí misma no dejar

que ningún hombre volviera a tomar control de su vida. ¿Acaso tenía algún cartel en la frente que invitaba al sexo opuesto a darle órdenes?

Cielos, debía relajarse, se dijo a sí misma mientras salía del coche. Estaba exagerando. Rafe vivía allí y conocía a quién llamar para una emergencia de esa clase. No estaba colocándole en una posición privilegiada al permitirle dirigir la situación.

Sin embargo, una vieja sensación de impotencia se había instalado en ella. Por suerte, el mecánico llegó en pocos minutos. Era un hombre risueño, de la edad de Rafe, que parecía conocerlo bien.

—Sí, está estropeado —indicó el mecánico después de probarlo—. Lo llevaremos al garaje del taller.

Sorprendida, Marisa vio cómo Rafe ayudaba. Era una contradicción ver a aquel sofisticado hombre de negocios codearse con tanta familiaridad con un mecánico de un pueblo pequeño y perdido.

Aunque, ¿qué sabía ella de Rafe? Había demostrado ser un hombre resistente y tenaz en su interminable caminata bajo la lluvia en la selva de Mariposa. Había marcado un hito en el mundo empresarial internacional. Era muy popular con las mujeres y se le había vinculado a las más hermosas del planeta.

Era extraño y atractivo ver que, aun así, mantenía sus raíces en aquel pueblo del norte de Nueva Zelanda…

Una vez en el coche de Rafe, camino de su casa, Marisa hizo un esfuerzo en romper el incómodo silencio.

—Muchas gracias por tu ayuda.

Él le lanzó una mirada con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa?

—Nada —contestó ella de forma automática e intentó sonreír—. ¡Bueno, nada aparte de que estoy furiosa porque mi coche me ha dejado tirada!

—¿Cómo vas a arreglártelas sin él?

—No será un problema —replicó ella, fingiendo tener la situación controlada—. Tu amigo Patrick parece seguro de que estará arreglado para el martes, así que pediré un taxi para mañana y para el lunes.

Iba a ser un gasto añadido al de la reparación y un lastre importante para su apretado presupuesto, pero se las arreglaría, pensó Marisa.

—¿Sabes conducir un coche con cambio manual de marchas? —preguntó él, sacándola de sus pensamientos.

—Sí —asintió ella, perpleja por la pregunta. Había aprendido a conducir con el pequeño coche viejo de sus padres y, en Mariposa, el único vehículo disponible había sido un Jeep de primera generación.

Aunque David solía esconderle las llaves para evitar que lo condujera. Al principio, ella había pensado que había sido para protegerla, pues los conductores en Mariposa tenían fama de caóticos.

Sin embargo, después, había comprendido que no había sido más que otra manera de ejercer el control sobre ella.

—¿Por qué? —inquirió Marisa, sacándose aquel amargo recuerdo de la cabeza.

—Tengo un coche de sobra en casa que igual te sirve.

Por su tono indiferente, era obvio que para Rafe no tenía nada de raro ofrecerle un vehículo de sustitución.

Marisa le lanzó una mirada de perplejidad. Su sensual sonrisa no suavizaba la abrumadora impresión de poder y fuerza que emanaba.

Tenía todo el aspecto de un hombre nacido para mandar.

Alguien a quien a Marisa le convenía evitar. Aun así, cada vez que lo miraba, una excitante sensación la hacía estremecer.

—Eres muy amable. Pero no es necesario.

—Piénsalo bien. Sé que abres la tienda mañana por la mañana. ¿A las nueve?

—Sí.

—Tengo que ir a Tewaka un poco antes, así que puedo recogerte de camino. Luego, por la tarde, puedo llevarte a mi casa para que pruebes el coche.

—Eres muy amable… —repitió ella con voz titubeante. Por muy dominante que fuera él, era una ridiculez pensar que su oferta era una manera de intentar controlarla, se dijo. Aun así, trató de encontrar una razón para negarse.

—Estás pensando cómo decirme que no —adivinó él—. Es bueno ser independiente. Pero negarse a aceptar ayuda es ir demasiado lejos.

—Gracias, pero no es necesario que te molestes —insistió ella, un poco sonrojada.

—Si estás lista mañana por la mañana cuando pase por tu casa, solo me harás perder cinco minutos para recogerte.

Ella abrió la boca, pero no tuvo tiempo de hablar.

—En los pueblos pequeños conviven comunidades muy unidas, donde la gente puede confiar en sus vecinos cuando necesita ayuda. El coche que te ofrezco pertenecía a mi abuela. Ahora nadie lo conduce, pero está en buen estado.

—Aceptaré tu propuesta de recogerme mañana, pero no necesito que me prestes un coche, de verdad. Puedo apañarme sola durante un par de días. Además, ni siquiera sabes si soy buena conductora.

Cuando sus miradas se encontraron, a Marisa le subió la temperatura. Los ojos de él brillaban con buen humor y algo parecido a sensual apreciación.

Debería haber sido capaz de resistirse sin darle vueltas.

Pero no quería resistirse, caviló ella.

Y eso era lo que la asustaba. Rafe Peveril era un hombre peligroso, a pesar de su viril elegancia, su inesperada amabilidad.

—¿Eres buena conductora? —preguntó él con un sutil tono de provocación.

Antes de hablar, Marisa tomó aliento para sonar calmada.

—Creo que conduzco bien, pero eso le pasa a todo el mundo, ¿no? Eres muy amable por ofrecerme el coche, pero…

—Nada de peros —interrumpió él—. Y, para que te quede claro, no soy una persona especialmente amable.

Eso tenía sentido, pensó Marisa. Los hombres que, como él, lograban el éxito en lo que se proponían no solían destacar por su generosidad.

Debía mantenerse firme, se dijo, enderezando la espalda. Se había jurado a sí misma no dejar que nadie la hiciera sentir de nuevo una inútil y no iba a traicionarse solo porque aquel apuesto hombre le ofrecía usar su coche.

—Si necesitara ayuda, la aceptaría con gratitud, pero no la necesito —insistió ella con seguridad. Igual iba a tener que apretarse el cinturón durante el resto del mes, pero merecía la pena a cambio de mantener su independencia.

—Bien —replicó él, como si hubiera dado el tema por zanjado—. Pero, si cambias de idea, la oferta sigue en pie.

Tracey los estaba esperando en la puerta. Su sonrisa de bienvenida se transformó en sonrojada confusión cuando vio quién acompañaba a Marisa. Pero Rafe sabía cómo tratar a las adolescentes. Con una amistosa sonrisa, le ofreció a Tracey llevarla a casa en su coche.

Marisa contempló cómo se alejaban. Otro coche dobló la esquina, aminoró la marcha y, al instante aceleró. Temblando un poco, ella cerró la puerta, con la cabeza llena de pensamientos contradictorios.

Era obvio que Rafe Peveril estaba acostumbrado a salirse con la suya. Y, tal vez, por haberse criado en la zona, se creía con la responsabilidad de cuidar a la gente que vivía allí.

Bueno, no era necesario. Ella era capaz de cuidar sola de sí misma y de su hijo.

Entró en la habitación de Keir para darle un beso. Bajo la tenue luz de una lamparita de noche, profundamente dormido, tenía un aspecto angelical.

Con el corazón encogido, Marisa se dijo que, pasara lo que pasara, tenía que velar por su seguridad.

Allí parada, durante un momento, se preguntó por qué estaba tan inquieta y preocupada. Rafe no la había reconocido. Incluso, aunque la reconociera, ¿qué importaba? David no debía de ser una amenaza para ella y para su hijo nunca más.

Siempre que su exmarido creyera esa mentira…

Despacio, posó un beso en la frente de su hijo y salió de la habitación.

En su dormitorio, sacó de un cajón del armario una foto que su padre le había hecho pocos días después de que hubiera regresado a casa. Con reticencia, la miró y se estremeció de nuevo.

Nunca más volvería a convertirse en una sombra bajo el dominio de un hombre, se prometió a sí misma. Esa mujer que había sido en el pasado, impotente y frágil, pertenecía al pasado. En el presente, era mucho más fuerte y más sabia y no tropezaría de nuevo con la misma piedra.

Por eso, aunque Rafe Peveril era guapo y excitante, viril y sensual, debía tener cuidado con él.

Guardó la foto de nuevo y se metió en la cama. Lo único que tenía que hacer era repetirle una y otra vez que podía hacer frente a la situación ella sola. Antes o después, él captaría el mensaje.

Y, cuanto menos lo viera, mejor.

Sin embargo, en la cama, no podía dejar de pensar en él. Para ocupar la mente con otra cosa, recordó cómo se había convertido en el despojo que había sido cuando se habían encontrado la primera vez en Mariposa.

La soledad y un embarazo que su marido no había deseado la habían sumido en una especie de letargo. Un aborto inesperado, poco después, la había privado de su capacidad de reaccionar. Eso, unido a la noticia de la enfermedad de su madre y la negativa de David a que fuera a verla, la habían hundido en una angustia insoportable.

Entonces, había aparecido Rafe, alto, vital, y guapo hasta la saciedad. Su carisma de autoridad natural había intimidado de alguna manera a David. Ella había sospechado que estaba embarazada de nuevo. Eso y la enfermedad de su madre le habían dado el valor necesario para enfrentarse a su marido.

De regreso en Nueva Zelanda, mientras había cuidado a su madre inválida y a su padre, destrozado por el dolor, había descubierto que su embarazo había sido un hecho.

Impulsada por una nueva motivación, por un renovado sentimiento de responsabilidad, había contactado con un psicólogo.

El terapeuta le había aconsejado que no fuera tan dura consigo misma.

—Un aborto, con duelo consiguiente y el desequilibrio hormonal que produce, es lo bastante traumático como para que una mujer caiga en una depresión profunda. Deja de culparte. Necesitabas ayuda y no la recibías. Ahora te pondrás bien.

Así, durante los años que había pasado con sus padres y cuidando a su hijo, había logrado recuperarse. Su fiera determinación de darle a Keir una vida feliz la había mantenido en pie.

Por él, había rehecho su vida. Por él, también, nunca volvería a casarse…

A la mañana siguiente, Marisa también tuvo mucho trabajo y poco tiempo para pensar. Por la tarde, estuvo jugando en el jardín con Keir y, cuando se fue a la cama, estaba tan cansada que apenas le dio vueltas a la cabeza a Rafe Peveril.

En medio de la noche, sin embargo, la despertó la llamada de su hijo desde la cama. Asustada al percibir olor a humo, se levantó de un salto. Tosiendo, entró en el cuarto del niño, lo sacó de la cama y se fue con él a la ventana. Pero, cuando la quiso abrir a toda prisa, se encontró con que el picaporte no cedía. Invadida por el pánico, lo intentó una y otra vez, ignorando los sollozos alarmados de Keir. Sin titubear, agarró la lámpara de la mesilla de noche y se dispuso a usarla para romper el cristal.

Entonces, la ventana se abrió de golpe, sujetada por alguien desde fuera.

Marisa reconoció a Rafe, aliviada cuando la envolvió una bocanada de aire fresco.

—Keir, salta a mis brazos —ordenó él.

Ella soltó un grito, le lanzó al niño y se dio media vuelta, pero otra orden la detuvo.

—¡Sal ahora mismo! El porche está en llamas. La casa comenzará a arder en cualquier momento.

Marisa saltó por la ventana y se habría caído de bruces en el suelo si unas manos fuertes no la hubieran sujetado.

—Corre —dijo él, mientras salía a toda velocidad con el niño en los brazos hacia el coche.

Con el corazón acelerado, Marisa entró en el vehículo, donde su hijo gemía acurrucado en el asiento trasero.

—Poneos los cinturones —ordenó Rafe—. Tengo que quitar el coche de aquí para que no estorbe a los bomberos.

Debía de haberlos llamado él, adivinó Marisa.

Minutos después, cuando hubo apartado el coche de la entrada, Rafe se volvió hacia ellos.

—¿Estáis bien?

—Sí, gracias —respondió Marisa. A pesar de que era una noche muy calurosa, no podía dejar de temblar.

—Acabo de salir de casa de los Tanner. Creo que seguirán despiertos. Os llevaré allí.

Desesperada por alejar a Keir de allí, para que no viera su casa ardiendo, Marisa asintió. Unos cien metros más abajo, el coche de los bomberos pasó ante ellos con las sirenas encendidas.

—¿Podemos volver? —preguntó el niño, fascinado—. Quiero verlos.

—No —negó su madre, que no sabía si reír o llorar—. Los bomberos necesitan espacio para trabajar y seríamos un estorbo para ellos, cariño.

—Cuando crezca, voy a ser bombero —aseguró el pequeño.

—Cuando crezcas, puedes ser lo que quieras —repuso ella, dándole la mano.

Cuando llegaron ante la casa de los Tanner, todas las luces estaban encendidas. Sandy Tanner salió corriendo hacia ellos.

—Gracias a Dios —dijo el hombre, después de comprobar que Marisa y su hijo iban en el asiento trasero—. Vamos, entrad en casa. Jo está preparando té.

Marisa y Keir obedecieron.

—Nuestra casa está llena de humo —informó el niño a Jo Tanner.

—Pero vosotros estáis sanos y salvos —dijo la señora, dándole un abrazo.

—¿Podemos tumbar a Keir en algún sitio con una manta? —pidió Marisa.

—Claro. Ven conmigo.

Con su hijo de la mano, Marisa siguió a Jo al salón.

—Hay sacos de dormir en ese armario, con sábanas también. Necesitarás algo que ponerte. Te traeré la bata de Tracey. Debéis de tener la misma talla.

Aturdida, todavía en estado de shock, Marisa colocó el sacó de dormir en un sofá y dio gracias porque Keir no hubiera soltado en ningún momento a su oso de peluche, con el que acostumbraba a dormir cada noche.

Cuando Jo llegó con la bata, Marisa había logrado calmar a su hijo, que se había tumbado para seguir durmiendo. Solo entonces, ella se dio cuenta de que todavía llevaba puesto el pijama. Los pantalones cortos y la camiseta de tirantes dejaban poco lugar a la imaginación. ¿Pero qué le importaba?

Tenía cosas más importantes de que preocuparse.

Todo lo que tenía, desde las fotos de Keir de bebé hasta la foto de boda de sus padres, ese broche de plata que siempre había visto lucir a su madre cuando había sido niña…

Tragando saliva, intentó controlar las náuseas. No podía derrumbarse. Debía ser fuerte.

Cuando Keir se durmió al fin, salió de la habitación. Aliviada, se encontró solo con Jo.

—¿Se ha dormido ya?

—Sí. No suele despertarse de noche, pero he dejado la puerta abierta y la luz encendida por si acaso… —contestó Marisa, interrumpiéndose por las lágrimas.

—Estará bien —la consoló Jo—. Los niños son muy resistentes.

Eres tú quien está conmocionada, no él. ¿Qué quieres? ¿Té o café?

—Mejor un café —pidió ella con una débil sonrisa—. Jo, muchas gracias…

—Tonterías. No te preocupes. Tenemos todo organizado. Rafe quería que os fuerais a su casa, pero le convencí de que Keir estaría mejor aquí, porque nos conoce. Los hombres han salido a ver cómo están las cosas en la casa. Enseguida volverán para informarnos de cuáles han sido los daños.

Cinco minutos después, un coche paró delante de la puerta. Nerviosa, Marisa se puso en pie, preparándose para toparse con la mirada de acero de Rafe.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está la casa?

—Inhabitable —contestó Rafe, cortante.

Ella cerró los ojos y se forzó a respirar.

—¿Cómo ha sido…? ¿Es por algo que hice? He estado pensando si dejé la plancha encendida o…

—Relájate, no ha tenido nada que ver contigo —aseguró él con su habitual tono de desapego—. Parece que alguien tiró una colilla encendida por la ventana del coche. La hierba del jardín se prendió fuego y el viento lo llevó hasta el porche. Una vez que se prendieron las escaleras de madera, se extendió a toda velocidad.

—¿Se ha salvado algo?

—Gran parte de tus cosas están bien, gracias a que Rafe llamó a los bomberos en cuanto vio el fuego —informó Sandy—. Los bomberos apagaron las llamas y Rafe y yo los hemos ayudado a llevar todo lo que no estaba quemado al garaje. Está mojado e impregnado de humo, pero se podrá salvar.

—Lo siento mucho, Sandy —dijo ella con el corazón encogido—. ¿Podrás reparar la casa?

—No merece la pena. Era muy vieja, por eso se prendió tan rápido. Tuvimos suerte de que Rafe pasara por allí y os sacara a los dos.

—Yo no tuve nada que ver. Lo único que hice fue abrir la ventana y tomar a Keir en mi s brazos —señaló Rafe con una sonrisa.

Marisa se sujetó las manos para intentar que no le temblaran. Parpadeó de nuevo, muy cerca de las lágrimas, recordando el terror que la había invadido cuando no había podido abrir la puerta.

Rafe le tomó de la mano y se la apretó.

—Cálmate. Lo más importante es que tu hijo y tú estáis bien. Todo lo demás, podremos arreglarlo.

¿Podremos?, se preguntó ella, diciéndose que no lo verían sus ojos. Se bastaba y se sobraba sola. Al mismo tiempo, se avergonzó por sus pensamientos, después de lo que había pasado.

—No te he dado las gracias por abrir la ventana. Yo estaba aterrorizada y Keir…

—Llevabas algo en la mano para romperla. Lo habrías logrado sola —aseguró él—. No te preocupes, Marisa. Todo saldrá bien.

A pesar de que era lo que se decía siempre, sus palabras le ofrecieron a Marisa un extraño consuelo. Su tono seguro llenaba de credibilidad todo lo que decía.

—¿Es una promesa? —preguntó ella con ironía, levantando la barbilla.

—Solo si haces lo que te diga.

Atento, Rafe observó cómo ella arqueaba las cejas ante su reto. Estaba empezando a hacerse una idea de la clase de mujer que era y admiraba su autonomía.

—Dejé de hacer eso hace años —repuso ella con fingida dulzura, mientras Jo los miraba a ambos con curiosidad—. Jo, ¿es café eso que huelo?

—Oh, sí, claro —contestó Jo y se fue a la cocina.

Media hora después, Rafe se fue y se despidió de Marisa con otra orden.

—Asegúrate de que los bomberos te den el visto bueno a la casa antes de volver.

—Sí, señor —replicó ella, demasiado cansada como para pensar en nada más.

Rafe le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—Gracias, Rafe. Tienes razón. Yo lo habría sacado, pero… me alegro de que llegaras cuando lo hiciste.

Él trató de reprimir el recuerdo de Marisa con un pijama ajustado que revelaba sus apetitosas curvas. Pero no lo consiguió. Con el corazón acelerado, se dijo que era hora de irse.

—Si quieres darle las gracias a alguien, dáselas a Jo y a Sandy. Te veo mañana. Buenas noches.

Capítulo 4

Marisa había planeado levantarse temprano e ir a ver su casita. Sin embargo, no se despertó hasta pasadas las nueve.

A través de la puerta, oía voces y risas. En el sofá, no había más que un saco de dormir vacío y un osito de peluche. Alarmada por lo tarde que era, se levantó del colchón inflable en que había dormido.

En la puerta, titubeó un momento, se dio media vuelta y se puso la bata de Tracey.

Aliviada y, al mismo tiempo, decepcionada, comprobó que Rafe no estaba en la sala de estar. Encontró a Jo lavando los platos con su hija.

—¡Vaya, parece que has dormido muy bien! —observó Jo con una sonrisa—. Keir está en el jardín, jugando con los chicos. Tracey y yo estamos pensando qué ropa puede dejarte hasta que lavemos las tuyas y puedas ponértelas.

—¿Podrían ser unos vaqueros y una camiseta? —preguntó Tracey, no muy segura.

—Claro. Lo que pasa es que me resulta un poco extraño vivir como una refugiada. Si te parece, me pondré tu ropa para ir a la casita y buscar en el garaje algo para que Keir y yo podamos ponernos —señaló Marisa—. ¿Qué lleva Keir puesto ahora?

—He encontrado ropa vieja de los gemelos. Le queda un poco grande, pero parece que a él no le importa —indicó Jo con tono firme—. Y no vas a ir allí hasta que no hayas desayunado y te hayas tomado una taza de café o té, lo que prefieras.

—Gracias —repuso Marisa con sinceridad—. Sois maravillosas.

—Tracey te llevará algo de ropa a la habitación para que te la pruebes.

Le quedaba un poco apretada, pero podía servirle hasta que encontrara algo de ropa propia. Si es que quedaba algo que no estuviera quemado, se dijo, acercándose a la casita.

Delante de la puerta de entrada, se quedó paralizada un momento y tuvo la tentación de dar media vuelta y salir corriendo.

Respirando hondo, parpadeó y se secó las lágrimas. Las paredes habían quedado tiznadas de negro por el humo y el fuego. Con el corazón encogido, vio que los arbustos de hibisco, sus favoritos, habían quedado carbonizados. Algunos bomberos habían regresado allí por la mañana y seguían revisando el lugar y asegurándose de que no quedaran rescoldos. El jefe de la brigada se acercó a ella.

—Ojalá hubiéramos podido sofocar el incendio antes. No se acerque a la casa… no es seguro todavía. Aunque puede entrar en el garaje. Igual quiere ir a buscar algo —indicó el bombero—. No pudimos salvar todos los juguetes del niño. Y solo han quedado unos pocos libros.

—Muchas gracias —repuso ella—. Es mejor que nada.

En la puerta del garaje, Marisa se quedó parada un momento, con los pulmones llenos de olor a humo, tratando de mantener la calma.

Alguien había sacado los cajones de la cómoda y los había tirado, junto con sus contenidos, al suelo, junto a la caja de juguetes de Keir y un montón de sus cuentos. De la cocina, solo quedaban unos cuantos cacharros.

Los patéticos restos de su vida le hicieron tragar saliva. Lloraría después, se dijo a sí misma. En ese momento, debía ser fuerte.

Después de respirar hondo, entró. Pero se encogió cuando lo primero que vio en el suelo fue una fotografía, la que más aborrecía, aunque no había logrado deshacerse de ella todavía.

—¿Estás bien?

La voz de Rafe la sobresaltó y le aceleró el pulso y la respiración. Con dedos temblorosos, apretó la foto que acababa de recoger del suelo.

¿Habría visto él la imagen que la delataba?

—Estoy bien, gracias —afirmó ella en un hilo de voz. Debía mantener la calma. No debía derrumbarse. Se había visto en situaciones peores. Podía hacerlo…

—He traído bolsas de plástico —indicó él, sin querer ahondar más en lo que era obviamente falso—. ¿Quieres que te ayude?

Tras hacer un esfuerzo desesperado por mantener a raya su aprensión, Marisa se volvió, rezando por que su rostro no traicionara sus sentimientos. Rafe parecía tan vital como siempre. Cuando la observó con atención, durante un instante interminable de silencio, ella se estremeció.

—Eres muy considerado. Gracias.

—No es el fin del mundo —dijo él, intentando consolarla, y le tomó la mano.

Marisa dio un paso atrás, ante la mirada escrutadora de él.

—Si alguien… si me tocas ahora mismo… empezaré a llorar.

Él apretó los labios.

—¿Qué tiene eso de malo? Te puede sentar bien liberar tus emociones.

—Igual, después —dijo ella, intentando en vano sonreír—. Hay bastante agua por aquí ya.

Cuando él se dio media vuelta y se marchó, Marisa suspiró.

Si la hubiera tocado, ella no habría podido contenerse y habría

roto a llorar como una niña.

Tomando aliento, escondió la foto en el bolso. Nunca podría tirarla. Le recordaba lo lejos que había llegado y su decisión de nunca jamás volver atrás.

Debía ser práctica, se ordenó a sí misma. Así que abrió una de las bolsas y empezó a recoger las primeras ropas que encontró. Apestaban a humo y estaban mojadas, pero un buen lavado las dejaría como nuevas.

¿Adónde podía ir? Como mucho, Keir y ella no podían quedarse más que un par de noches con los Tanner. No quería abusar de su hospitalidad. Por eso, a pesar de que no podía permitírselo, tendría que buscarse un hostal, al menos, hasta que pudiera encontrar algo más permanente.

Apenas había empezado a darle vueltas a esa idea, cuando oyó de nuevo la voz de Rafe a sus espaldas.

—¿Estás mejor?

Ella asintió.

—¿Dónde piensas quedarte?

—No lo sé todavía —respondió ella, odiándole por haber adivinado su mayor preocupación en ese momento.

—Keir y tú podéis mudaros a mi casa hasta que encontréis otro sitio.

Incapaz de creer lo que había oído, Marisa se quedó mirándolo, invadida por una oleada de adrenalina.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, arqueando las cejas.

—¿Por qué me miras así? ¿Es que me han salido tres ojos? Manuwai tiene bastantes dormitorios para alojar a un ejército. Si crees que Keir puede necesitar compañía por la noche, podéis quedaros en la suite infantil, que tiene dos dormitorios.

Ah. No se había referido a que él y ella durmieran juntos, comprendió Marisa, sonrojándose.

—Eres muy amable, pero seguro que podemos encontrar sitio en un hostal.

—Es verano, esta es una zona turística y los colegios cerrarán dentro de unas semanas. No tienes muchas posibilidades de encontrar casa en los próximos días. Hasta después del verano, está todo alquilado. Y supongo que querrás alojarte en un sitio que no esté demasiado lejos de Tewaka.

—Sí —afirmó ella, aturdida.

Keir estaba muy contento en su colegio y no quería hacerlo pasar por más cambios por el momento. Sin embargo, la perspectiva de compartir casa con Rafe Peveril despertaba en ella todas las alarmas.

—Una vez que las vacaciones terminen, tendrás más posibilidades de encontrar una casa para alquilar.

Su tono seguro y razonable ponía a Marisa de los nervios.

—Faltan tres meses para que acabe el verano —le espetó ella, sin poder ocultar su irritación. Echando mano de toda su fuerza de voluntad, trató de atemperar sus nervios y mostrarse calmada—. Agradezco tu ofrecimiento, pero Keir y yo no podemos vivir en tu casa tanto tiempo.

—Sabía que encontrarías alguna pega —comentó él con ironía—. ¿Y qué harás, entonces? ¿Acampar en el almacén de tu tienda? No es sitio adecuado para un niño.

—Por favor, no te ofendas si rechazo tu invitación. Y no, la tienda no es una opción, tienes razón —señaló ella, intentando sonar segura —. Como mi coche no está operativo, buscaré algo más cerca del pueblo, si puede ser lo bastante cerca para ir a pie… antes de darte una respuesta definitiva.

Eso sonaba prudente y razonable. Y Rafe asintió.

—No me ofendo. Yo mismo preguntaré si hay algo disponible. Pero no te sorprendas si no encuentras nada —repuso él con una fugaz sonrisa—. Y, mientras buscas, también te ofrezco mi casa. Me iré al extranjero dentro de unos días, así que, si te preocupa que yo esté, no será un problema.

La tentación de rendirse a su propuesta y aceptar su hospitalidad era muy fuerte. Marisa hizo una pausa antes de responder. Por alguna razón, irse a casa de Rafe la hacía sentir frágil e insegura. Por eso, intentaría buscar otra opción.

Si no encontraba nada, tendría que aceptar, por el bien de Keir.

—Yo… Claro que no es un problema. Gracias.

—Entonces, piénsalo bien. Jo y Sandy te han ofrecido su casa, pero ya sabes que no tienen mucho sitio y no vais a estar a gusto. Ni ellos.

—No. No podemos quedarnos allí mucho tiempo… —dijo ella y titubeó un momento. Con un nudo en el estómago, reconoció para sus adentros que no tenía muchas opciones. Y se rindió—. De acuerdo. Acepto tu amable invitación durante unos días, hasta que encuentre un sitio para alquilar.

Rafe se limitó a asentir.

—Bien. Y no me des más las gracias, por favor.

De pronto, sonó el móvil de Marisa. Cuando respondió, se topó con la voz agitada de Tracey y un sonido de fondo que reconoció de inmediato. Su hijo llorando.

—¿Puedes venir, por favor? —rogó Tracey—. Le he hecho llorar y necesita saber que estás bien.

—Llegaremos en unos minutos —contestó Marisa y colgó. Dirigiéndose al coche de Rafe, le contó lo que le había dicho la joven.

En casa de los Tanner, Keir corrió a los brazos de su madre y se abrazó a ella sin parar de llorar.

La señora Tanner tenía el ceño fruncido.

—Me temo que oyó a Tracey hablando con una amiga sobre el incendio y se le metió en la cabeza que estabas en peligro.

—Lo siento mucho —balbuceó Tracey, sonrojada—. Debería haberme asegurado de que el niño no me oía.

—Keir, no pasa nada. Deja de llorar. Mamá está bien —le calmó Marisa.

—Se le pasará —señaló Rafe con tono frío—. Marisa es su única referencia. Ahora que sabe que su madre está a salvo, se tranquilizará, ¿verdad, Keir?

Ahogando los sollozos en el pecho de su madre, el niño asintió pero, aunque intentaba controlar las lágrimas como un hombrecito, su cuerpo seguía sacudiéndose por el llanto.

—La mayoría de sus juguetes están bien —añadió Rafe.

—Keir, el señor Peveril me ha ayudado a recoger tus ropas y tus juguetes —explicó ella—. ¿Qué se dice?

—Gracias —dijo el niño, sorbiéndose la nariz—. ¿Y mi camión?

—Sí —repuso Rafe.

—¿Y qué se dice al señor y la señora Tanner y a sus hijos?

El niño les dio las gracias también.

—Sobre todo, gracias por el chocolate, Tracey —puntualizó Keir.

—Un placer —dijo Tracey, le revolvió el pelo en gesto cariñoso y le chocó la mano—. Nos vemos luego, campeón.

Cuando se volvieron para irse, la señora Tanner la llamó con preocupación.

—Marisa, ¿cuáles son tus planes? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Ella y Keir pueden quedarse en Manuwai hasta que encuentre otro sitio donde vivir —señaló Rafe, antes de que ella pudiera contestar.

—Rafe ha sido muy amable por ofrecernos un refugio temporal, pero si conoces a alguien que alquile una casita pequeña, por favor, dímelo —le dijo Marisa a la señora Tanner, que parecía sorprendida por lo que Rafe había dicho.

—Preguntaré por ahí —replicó la mujer mayor y, después de intercambiar miradas con Rafe, añadió—: Me temo que no será fácil.

—Rafe ya me lo ha advertido.

Al día siguiente, llamaría a todas las inmobiliarias de la zona, decidió Marisa.

Una vez en el coche, Rafe posó los ojos en Keir y en ella.

—¿Vamos directos a casa?

—Sí. Está muy cansado. Mañana recogeré el resto de mis cosas.

Asintiendo, arrancó el coche. Marisa trató de relajarse, sin lograrlo.

Se sentía alerta y nerviosa, como si un peligro desconocido la amenazara.

Keir iba en silencio en el asiento trasero, hasta que recuperó el buen humor y comenzó a cantar una canción que había aprendido en el colegio. De pronto, se interrumpió y soltó un grito que estremeció a su madre.

—¿Qué pasa, Keir?

—¡Mira, mamá! ¡Camellos!

Rafe aminoró la marcha.

—No son camellos, aunque son parientes. Se llaman alpacas —indicó Marisa.

—Alpacas —repitió el niño con tono triunfal—. ¿Qué son parientes?

—Parte de la misma familia. Tú y yo somos parientes —explicó su madre.

—¿Como el abuelo y la abuela?

—Sí.

—¿Y como la tía de Tracey, Rosie?

—Igual. Los camellos son primos de las alpacas.

—Vienen de América del Sur y se crían para aprovechar su lana —indicó Rafe.

—¿Por qué yo no tengo tíos ni primos, mami? —preguntó el niño tras un momento.

—A veces, eso pasa, cariño. Las alpacas tienen lana que la gente usa para hacer jerséis. Iré a ver a la gente que las cría para ver si tienen algo que pueda vender en la tienda.

Como había esperado, Marisa logró darle a su hijo otra cosa en qué pensar.

—¿Puedo ir contigo y tocar las alpacas?

—Puedes venir, pero seguramente no se dejan tocar. El señor Peveril igual sabe más sobre eso que yo.

—Me temo que no, aunque podemos averiguarlo.

—No hace falta —se apresuró a responder ella—. Ya lo haré yo.

Por suerte, Keir se dio por satisfecho con la promesa de su madre y se recostó en su asiento, mirando por la ventanilla.

Tratando de nuevo de relajarse, Marisa posó la vista en las montañas y los valles que se abrían a los lados de la carretera. Cuando vio, a lo lejos, una humareda proveniente de alguna quema, tragó saliva.

—¿Vivías en la ciudad antes de mudarte aquí? —inquirió Rafe.

—Sí —afirmó ella. Habían tenido que buscar un lugar cerca de los grandes hospitales, por su madre.

—¿En Auckland?

—No. Más al sur —contestó ella sin dar más explicaciones. Había

vivido en Invercargill, el punto más al sur y más alejado de Nueva Zelanda que existe—. ¿Tu casa está en la costa? —quiso saber, cambiando de tema.

—Casi en la playa.

La finca estaba a un par de kilómetros de la carretera, rodeada de campos que eran un modelo de cómo cultivar la tierra. Un grupo de tilos en flor separaba la casa de la zona de cultivo, envolviéndolo todo con su dulce aroma.

Ante ellos, se erguía una casa rodeada de un hermoso jardín. Y, justo al norte, una playa reluciente.

—Estamos al norte de playa Océano y al sur de la cala —informó Rafe—. Este lugar servía como refugio a los barcos que traían mercancías por la costa, hasta que se hicieron las carreteras.

—Es precioso —observó ella, sin pensar.

Al girar la cabeza hacia el otro lado, le sorprendió encontrar un helicóptero aparcado delante de un hangar. Claro. Era natural que Rafe Peveril tuviera un vehículo volador siempre disponible. ¿Lo pilotaría él mismo?

Tal vez…

—La casa fue construida en la década de 1920 —informó Rafe—. Por aquel entonces, la familia tenía varias hijas muy hermosas y su padre reservó una casa para dar fiestas. Ha sido modernizada y puesta a punto a lo largo de los años pero, básicamente, se conserva igual que en sus orígenes.

Abrumada por tanta magnificencia, Marisa trató de imaginarse cómo sería tener un hogar así, una casa que había sido ocupada por sus antepasados durante generaciones.

—Debéis de estar hambrientos —observó Rafe después de parar delante de la puerta principal—. Yo lo estoy.

—Y yo —afirmó Keir.

—Eso pensaba. Por eso, he llamado al ama de llaves antes de salir y le he pedido que prepare algo adecuado para un niño —explicó él, mirando al pequeño—. Luego, igual te apetece ir a la playa —añadió en voz baja, mirando a su madre.

—¡Sí! ¡Nos gusta la playa! —exclamó el pequeño, que lo había oído de todos modos—. Por favor, señor Peveril. Gracias.

—Eres muy amable —dijo Marisa sin mucho entusiasmo.

Cuando hubieron salido del coche y el niño se adelantó escaleras arriba, Rafe se acercó a su invitada.

—Lo siento. No pensé que Keir fuera a oírme. No sé si he metido la pata. Hace mucho tiempo que no me relaciono con niños. Si hoy no es buen día para ir a la playa, podemos dejarlo para otro momento.

—Nos gustaría mucho ir hoy —replicó ella, forzándose a sonreír—. ¿Verdad, Keir?

—¡Sí, por favor!

Rafe miró hacia la puerta que se abría.

—Ah, ahí está Nadine, la mujer que dirige Manuwai con un látigo de acero.

El ama de llaves, una mujer menuda de unos cuarenta años, sonrió a los recién llegados.

—Solo hay un jefe aquí y no soy yo. La comida está lista, si les apetece. Espero que no tengan alergia a ningún alimento.

—No, gracias —repuso Marisa y miró a su hijo un momento—. Pero primero tenemos que lavarnos las manos.

Capítulo 5

La comida se sirvió en un amplio salón que daba a una terraza sobre el mar. Aunque Keir comió con el entusiasmo habitual, su conversación dejaba claro que tenía la mente más en la playa que en la mesa.

—Iremos a la playa cuando hayamos acabado de comer y después de que yo haga una llamada —señaló Rafe.

Keir lo aceptó sin protestar. Incómoda, Marisa se preguntó si estaba privando a su hijo de algo fundamental al haberlo separado de su padre.

Desde que había muerto su propio padre hacía un año, el niño no había tenido ninguna presencia masculina en su vida. Al contemplarlo con Rafe, no podía evitar darse cuenta de lo mucho que le agradaba al pequeño estar con un adulto de su mismo género.

Con los años, quizá, esa necesidad se convertiría en un problema.

—Deja de preocuparte —dijo Rafe.

Perpleja, Marisa levantó la vista y se encontró con el escrutinio de sus ojos.

—No me preocupo —mintió ella.

—No hace falta. Todo saldrá bien.

Su seguridad la hacía sentir vulnerable. Sería demasiado fácil apoyarse en la fuerza y en la solidez de aquel hombre, se dijo.

Mientras bajaban a la playa por un camino de arena, Rafe volvió a interrumpir sus pensamientos.

—La llamamos la playa de los Niños, porque es muy segura.

—Y muy bonita —añadió ella, imaginándose aquel lugar lleno de niños de la familia de Rafe.

El cielo brillante, las colinas rojizas, los árboles que se agarraban con persistentes raíces a la tierra, la sal y la arena, el graznido de las gaviotas, el océano ilimitado… Eran cosas que ningún neozelandés podía olvidar jamás, viviera donde viviera.

Tras chapotear y saltar en las olas, Keir decidió hacer un castillo de arena. Cuando Rafe y él se pusieron a discutir sobre la mejor manera de construirlo, en tono de hombre a hombre, ella se puso tensa de nuevo.

Ojalá hubiera tenido otra opción y no habría necesitado ir allí.

No solo le molestaba la atracción que sentía por Rafe. Además, le preocupaba que su hijo creara vínculos con él. En sus vidas, no había

sitio para un hombre como Rafe Peveril. Y ella quería proteger a su hijo del dolor de la desilusión.

Sin embargo, tenía que admitir que a Rafe se le daban bien los niños. Quizá tuviera experiencia con ellos, aunque no parecía probable. Por lo que había leído de él en la prensa rosa, la mayoría de las mujeres con las que había salido eran criaturas que vivían para brillar en las fiestas. Si habían tenido hijos, los habían dejado con niñeras, a buen recaudo.

El mundo de Rafe era muy distinto del suyo. Aunque se mostrara atraído por ella, estaba segura de que no buscaba nada serio.

Cuando él se casara, elegiría a alguien que encajara en su mundo, no a una don nadie sin familia.

¿Casarse? Sorprendida por su propio tren de pensamientos, Marisa se dijo que, si volvía a confiar en un hombre lo bastante para pensar en casarse, tendría que tomar la decisión con muchísimo cuidado, por el bien de su hijo.

Debía basar esa decisión en las buenas cualidades del candidato, más que en el impacto que le producía una mirada autoritaria y un cuerpo musculoso y elegante.

Rafe se enderezó, después de haber examinado con detalle la parte fortificada del castillo de arena, y miró hacia Marisa, que estaba sentada en una roca. Después de decirle algo a Keir, que asintió y sonrió, se dirigió hacia ella.

Hasta con una camisa informal y pantalones vaqueros, parecía un modelo sacado de una revista masculina.

—Deduzco que el padre de Keir no está presente en su vida —dijo él.

—Así es —repuso ella, perpleja por su abrupto comentario. Su tono dejaba claro que no era un tema del que quisiera hablar.

—Ni en la tuya.

—No.

Tras un instante de pensativo silencio, Rafe posó los ojos en el niño.

—¿Lo decidió él o tú?

—Ambos —contestó ella, intentando ocultar su nerviosismo.

—¿Y estás contenta con tu decisión?

—Mucho —respondió ella, lanzándole una mirada de advertencia. Eso no era asunto suyo.

En silencio, Rafe siguió mirando al niño un momento. De perfil, era tan guapo como de frente, pensó ella. No era justo que una misma persona lo tuviera todo, inteligencia, éxito, belleza, dinero. Aunque no había tenido una madre, se recordó a sí misma. Esa había sido su carencia.

—Entonces, ¿es Keir el único hombre en tu vida? —inquirió él,

clavándole su penetrante mirada.

¿Por qué quería saberlo?, se preguntó Marisa con el corazón acelerado. Pero ella lo sabía. Le estaba mostrando abiertamente su interés y eso la excitaba sobremanera.

Sin embargo, quizá por cobardía, deseó mentir, decirle que estaba comprometida.

Aunque no podía hacerlo. La mentira que había contado acerca de él en el pasado todavía le quemaba la lengua.

Al mismo tiempo, no podía dejarse embaucar por él. Quizá Rafe estuviera aburrido y buscara diversión. Era un hombre soltero y ella era una novedad…

En cualquier caso, era peligroso.

—Es el único hombre en mi vida y lo será por el momento —afirmó ella—. Se va al agua. Voy con…

—No le pasará nada. ¿Sabe nadar?

—Todavía, no.

Rafe no apartó la mirada del niño, que llevaba en la mano el cubo de plástico amarillo que Nadine le había dado.

Marisa había sido muy evasiva. Sus respuestas estaban impregnadas de una tensión que él no lograba descifrar.

Tenía el rostro rígido, la postura tensa y los ojos clavados en su hijo como si le fuera la vida en ello.

Pensando que había sufrido un shock hacía menos de veinticuatro horas, decidió no presionarla más y no hacerle más preguntas por el momento.

Aparte de su misteriosa identidad, era una mujer que lo intrigaba.

Rafe todavía no sabía qué sentía ella por él y eso era una refrescante novedad, pues estaba acostumbrado a que la mayoría de mujeres que conocía le mostraran su interés sin tapujos.

Agachándose, el pequeño llenó el cubo de agua.

—Ha descubierto que la arena se mantiene más firme si está mojada —indicó Rafe—. Es un niño muy maduro.

—Eso espero. Aunque a veces se enfada, suele ser muy tranquilo también —replicó ella, un poco más relajada.

—¿No menciona la falta de padre?

—Por ahora no, pero sé que es inevitable que lo eche en falta —admitió ella, poniéndose tensa de nuevo.

—¿Cómo planeas solucionarlo?

Marisa se levantó de la roca y se metió la camiseta por dentro del pantalón. Cuando, por accidente, dejó al descubierto un momento un pedazo de piel dorada de la cintura, él sintió de nuevo el aguijón del deseo.

—No lo sé. Espero tener un poco más de tiempo —contestó ella al fin.

Por el momento, lo dejaría estar, se repitió Rafe.

Sabía esperar y estaba decidido a reunir toda la información para hacer que las piezas del puzzle encajaran.

Por la foto que había visto en el garaje, estaba seguro de que era Mary Brown.

Lo que tenía que averiguar era por qué ella lo negaba.

Entonces, recordó que, en el hospital, le habían dicho que habían logrado llegar a la cabaña de un pastor, habían pasado la noche allí y habían sido encontrados a la mañana siguiente. Podía recordar haber visto la cabaña desde el avión. Después de eso, tenía una laguna persistente en la memoria.

¿Cómo habían pasado esa noche perdida? ¿Por qué nunca se le había ocurrido preguntarlo?

De pronto, pensó en los años en que había sido un objetivo para todo tipo de cazafortunas. Hasta su propia madre lo había vendido literalmente a su padre. ¿Acaso Marisa quería tenderle una trampa también? ¿Y por qué?

Sin duda, solo podía ser por la razón de siempre, se dijo a sí mismo. Dinero.

—Creo que Keir ya lleva demasiado tiempo al sol —indicó ella, sacándole de sus elucubraciones—. Además, tengo que lavar las ropas que se han salvado. No podemos seguir llevando la ropa de los Tanner para siempre.

Rafe se puso en pie.

—Nadine se ocupará de eso.

—Nadine es tu ama de llaves, no la mía —protestó ella, frunciendo el ceño—. Seguro que ya tiene bastante trabajo como para ponerse a lavar ropas de otras personas. Yo lo haré.

—De acuerdo. Keir puede quedarse aquí conmigo.

Arqueando las cejas, Marisa lo miró a los ojos con expresión indescifrable. Aunque una cosa estaba clara, estaba traspasando la línea, adivinó él.

—No me atrevería ni a soñarlo —repuso ella—. No te conoce lo bastante. Y estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer de niñera.

Él se encogió de hombros.

—Una de ellas es dejarte probar el coche de mi abuela.

—De acuerdo, tú ganas —dijo ella, sonriendo de corazón—. Pero, primero, las ropas.

Keir protestó un poco porque lo separaran de su trabajo de construcción, pero se conformó enseguida, mientras charlaban con él animadamente camino a la casa.

Al llegar, Rafe se ofreció a ir a buscar las bolsas de ropa.

—¿Quieres acompañarme? —le dijo al niño—. Podemos traer

también tus juguetes.

Keir aceptó con entusiasmo.

—Yo también voy. Hay muchas bolsas.

Cuando hubieron llegado al garaje, Rafe se detuvo un momento.

—Puedes aprovechar y ver el coche ahora —indicó él y, apartándose, dejó que ella entrara primero. Esperó con interés su respuesta.

Tras un momento de perplejidad, Marisa rio con ganas.

—¿Este es el coche de tu abuela?

—Claro que sí —afirmó él, invadido por una extraña calidez al verla reír.

—Me había imaginado un coche antiguo y discreto. Esto… —dijo ella, señalando al deportivo verde botella—… es tan apropiado para mí como una moto. La silla de Keir no cabe en el asiento trasero. ¿Y dónde voy a poner las bolsas de la compra?

—En el maletero. Es muy espacioso —dijo él con una sonrisa—. Y, si te fijas bien, verás que también cabe la silla de Keir.

—Supongo que sí —admitió ella, tras examinarlo más de cerca. Luego, posó los ojos en su hijo, que estaba admirando el coche con muda fascinación—. Por desgracia, no es lo que necesito.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera te has sentado dentro —puntualizó él—. Está en excelentes condiciones. Mi abuela solía conducir despacio, sobre todo, desde los noventa.

—¿Kilómetros o años?

—Años —contestó él, riendo mientras ella se sonrojaba—. Keir y yo esperaremos mientras te familiarizas con él.

Con reticencia, Marisa entró en el coche y posó las manos sobre el volante y la palanca de cambios, antes de comprobar la posición de varios instrumentos.

Rafe ocultó su impaciencia hablando con el niño, hasta que, por fin, ella salió del coche con la gracia y el estilo con que se movía siempre.

—Es un coche precioso. Me hubiera gustado ver a tu abuela conducirlo. Pero no es necesario que me lo prestes. Con la mala suerte que tengo últimamente, seguro que lo meto en una zanja. Muchas gracias, de todos modos —dijo ella con una serena sonrisa.

¿Había estado componiendo ese pequeño y educado discurso mientras había estado en el coche?, se preguntó él.

Si no lograba descubrir lo que había pasado en esas horas que no podía recordar después del accidente, al menos, podría comprobar si la promesa sensual que había percibido en los ojos de Marisa era real.

Su silencio hizo que ella levantara la vista. La mirada de Rafe era heladora. Sin embargo, al instante, se calentó cuando sonrió, su sonrisa como una flecha directa al corazón.

Marisa no pudo sacarse de la cabeza esa sonrisa durante unas horas, ni cuando lavaba las ropas, ni cuando las colgaba en el jardín.

Su suite era preciosa, con dos dormitorios, un baño y un salón de juegos que daba a una terraza y un jardín. Con curiosidad, se fijó en que el jardín estaba vallado y solo tenía una puerta, cerrada con un candado.

—Creo que, de pequeño, me gustaba mucho explorar —explicó Rafe cuando notó que ella lo observaba—. Una vez, mi madre me encontró en la playa solo —añadió, posando los ojos en Keir, que jugaba ajeno a todo en el suelo—. Tenía su edad.

—El candado me parece estupendo —señaló ella con gesto serio.

Rafe sonrió.

—Ahora tengo que ir a hacer unas llamadas. Si necesitáis algo, Nadine os ayudará. Yo terminaré dentro de una hora. ¿Cuándo quieres que cene Keir?

—A las siete y media.

—Nadine puede traerle la comida en una bandeja para que coma aquí. ¿Cuándo se va a la cama?

—A las ocho —repuso ella con tono abrupto. Estaba demasiado agotada para dar más explicaciones. Habían pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y tenía la sensación de que su vida estaba escapando a su control.

Rafe asintió.

—Nosotros cenamos a las ocho y media. Vendré a buscarte a esa hora.

Marisa preferiría que también le llevaran una bandeja para cenar allí, pero antes de que pudiera decirlo, él siguió hablando.

—Hay un monitor en su habitación, así que, si se despierta, lo oiremos.

—Sí, de acuerdo —repuso ella tras una breve pausa—. Nos veremos a las ocho y media.

Cuando Rafe se hubo ido, Marisa miró a su alrededor, sintiéndose como en una prisión. No podía ceder a sus pensamientos depresivos. Pero la marcha de Rafe la había dejado con una extraña sensación de vacío. Era un hombre… abrumador, pensó, mientras su hijo echaba un vistazo a los cuentos que había en las estanterías.

Había sido una tonta por haberse olvidado de rescatar los cuentos del garaje. ¿Qué habría pasado con su libro favorito del tractor? ¿Y con el que siempre le leía antes de acostarse, el del osito viajero? ¿Estarían hechos cenizas?

En ese momento, no podía hacer nada. Igual que tampoco podía hacer nada para calmar la reacción inexplicable que Rafe le producía.

Era lógico que un hombre tan imponente, tan carismático y tan atractivo no la dejara indiferente, se dijo a sí misma. ¿Pero a quién quería engañar? Lo que le atraía de él estaba más allá de su físico. Era su personalidad y sus cualidades lo que más admiraba. Era una persona de gran inteligencia y, sin duda, debía de ser muy especial para haber llegado a la cima del mundo empresarial. Su férrea disciplina, su fuerza de voluntad, su control de las situaciones eran características que le envidiaba.

—Keir, ¿por qué no eliges un cuento para que te lo lea en la cama? Luego podemos ir a dar un paseo por el jardín.

Tenía un niño del que ocuparse y un futuro por el que luchar. No podía perder el tiempo en babear por ningún hombre, por muy amable que Rafe Peveril hubiera sido con ella, se dijo.

Aunque Keir tardó un poco en caer, al final se quedó dormido con su osito de peluche entre los brazos. Marisa se puso el único atuendo decente que había encontrado en la pila de ropa salvada por los bomberos.

Mirándose al espejo, se preguntó qué clase de ropa se esperaba que llevara para cenar en casa de uno de los hombres más ricos del país.

—Probablemente, no una blusa verde de imitación a seda y pantalones marrones —dijo en voz alta ante su reflejo en el espejo—. Pero es lo único que tengo.

Aunque había colgado las ropas un rato por la ventana para que se airearan, seguían apestando a humo. Su olor le hizo encogerse al recordar no solo el incendio del día anterior, sino su terror cuando había sacado su equipaje del avión estrellado hacía cinco años.

Enderezando la espalda, revisó por tercera vez el monitor para ver que funcionaba.

Estaba nerviosa y excitada ante la perspectiva de cenar con su anfitrión.

Su miedo más hondo se había hecho realidad al haberse reencontrado con Rafe Peveril.

Si David llegaba a conocer algún día la verdad, sería un peligro para la seguridad de Keir.

Aun así, Marisa no se arrepentía de la mentira que le había contado a su marido cuando él le había ordenado que regresara a Mariposa.

Cuando alguien llamó a la puerta, respiró hondo un par de veces antes de ir a abrir.

—¿Se ha dormido? —preguntó Rafe.

—Sí —repuso ella, tensa.

Rafe la observó mientras cerraba la puerta tras ella. Parecía

cansada, más pálida de lo habitual, los ojos llenos de sombras misteriosas. Aun así, exhibía una elegancia y una dignidad que hacían difícil creer que fuera la misma que había conocido en Mariposa.

¿Por qué no se enfrentaba a ella directamente? ¿Por qué no le preguntaba de una vez lo que significaba esa farsa? Rafe no lo sabía.

—¿Te ha costado mucho acostarlo?

—Un poco. Pero es lógico. Ha sido un día muy largo. Menos mal que tiene a su osito de peluche —contestó ella con una sonrisa forzada —. Suele dormir como un tronco, pero temo que esta noche pueda tener pesadillas.

—¿Suele tenerlas?

—No, aunque después de oír a Tracey hablar del incendio… —comenzó a decir ella y se encogió de hombros—. Me alegro de que haya un monitor para niños.

Rafe le abrió la puerta del comedor.

—Siéntate y te serviré algo. Recuerdo que te gusta el vino blanco.

¿Se daría cuenta ella de que Rafe se refería a algo que había observado en Mariposa? Allí, Marisa había rechazado el vino tinto que le habían ofrecido y su marido había comentado que solo le gustaba el vino blanco de Nueva Zelanda.

Mirándolo confusa, Marisa aceptó la copa con dedos temblorosos.

Tal vez, lo recordaba, caviló él.

—Me gustan muchas clases de vino —señaló ella, sin embargo, con tono jovial—. ¿No me estarás confundiendo con otra persona?

Rafe levantó su copa en señal de brindis, comprendiendo que ella no estaba preparada para admitirlo aún.

—Quizá. Por una estancia agradable para el niño y para ti.

—Gracias —dijo ella, bebió y bajó la vista—. ¿Podría tomar un poco de zumo de naranja también? Tengo mucha sed y no quiero beberme esto demasiado rápido.

Rafe observó un momento cómo ella se sonrojaba y sirvió dos vasos de zumo.

—Está muy rico —señaló ella—. ¿Tienes naranjos en la finca?

—Sí, además de otros frutales. Tenemos un huerto lo bastante grande como para mantener a toda la gente en la finca. Mis antepasados se encargaron de eso, para prevenir posibles dificultades de abastecimiento del exterior.

—Lo mismo pasaba… —comenzó a decir ella, aunque se interrumpió a tiempo de delatarse a sí misma. Antes de continuar le dio un trago a su vaso—… en todas partes. He leído que lo mismo hacían los primeros colonos en los Alpes. Es increíble cómo sus mujeres lograban sobrevivir.

Aunque había reaccionado a tiempo, Marisa había estado a punto de hablarle de Mariposa.

Acercándose a la ventana, posó los ojos en el hermoso jardín. Sin duda, debía de estar recuperando fuerzas, caviló Rafe. Había tenido un día difícil y, además, casi acababa de revelarle su secreto.

—Esto es precioso. Muchas gracias por habernos invitado —dijo ella, al volverse de la ventana—. Me gustaría que hiciéramos algún acuerdo para que pague nuestros gastos.

—No espero que mis invitados paguen por mi hospitalidad.

—Tus invitados son tus amigos —repuso ella—. Es natural que no te paguen, y que te correspondan ofreciéndote su hospitalidad a cambio. Yo no puedo hacer eso —añadió, levantando los ojos hacia él —. Rafe, no necesito caridad. Y no la aceptaré.

—Esto es hospitalidad, no caridad. Jo Tanner te habría ofrecido sitio para dormir, si no hubiera sido yo.

—Y yo le habría pagado a Jo también por nuestra estancia, si no hubiera encontrado otro lugar —aseguró ella con firmeza.

Rafe intuyó que Marisa ya había estado buscando casas de alquiler.

—¿No has tenido suerte?

Ella le lanzó una mirada de sorpresa y se encogió de hombros.

—No. No sabía que había un campeonato de vela esta semana en el club náutico y la semana que viene hay un festival de folk en toda la zona. Todos los hostales, moteles y hoteles a los que he llamado están reservados hasta después del verano.

—Entonces, olvídate de seguir buscando. Y de pagar, también —sentenció él—. Puedo permitirme alojar a dos huéspedes en mi casa, no te preocupes. Claro, eso siempre que no coman demasiado —puntualizó él en tono de broma.

Marisa sonrió, sus ojos brillaron de buen humor.

—No soy muy comilona, pero Keir puede que te sorprenda.

—Parece que va a ser muy alto cuando crezca —comentó él—. ¿Su padre lo es?

Después de un tenso momento de titubeo, Marisa asintió. Rafe recordaba que David Brown era un hombre alto y fornido. Entonces, por alguna razón inexplicable, se sintió celoso. Nunca había esperado que sus amantes fueran vírgenes, aunque le exasperaba más allá de la lógica imaginarla en los brazos de otro hombre.

Por experiencia, por otra parte, adivinaba que ella experimentaba la misma atracción que él. Quizá, por eso, había intentando establecer límites con su sugerencia de pagar por su estancia.

Su hermana siempre le había acusado de ser el niño mimado de las mujeres y, tal vez, fuera cierto, pues no estaba acostumbrado a que le pusieran límites.

Si comprendiera por qué Marisa le había engañado respecto a su identidad, tal vez, encontraría estimulante su reticencia a lanzarse a sus brazos.

Con impaciencia, se dijo que necesitaba conocer los hechos en profundidad, antes de poder forjarse una opinión sobre ella.

Rafe sabía que Marisa se había divorciado de David Brown dos años después de irse de Mariposa. También había averiguado la fecha de nacimiento del niño, casi nueve meses exactos después de que tomaran ese avión juntos hacia Nueva Zelanda.

—Insisto. No puedo quedarme aquí, si no me permites pagar por mis gastos —señaló ella, interrumpiendo sus pensamientos—. Y quiero pagarte por prestarme el coche, también.

—De acuerdo —repuso él—. Entérate de cuál es la tarifa normal por alojar a una mujer y a un niño, y por usar un coche de treinta años de antigüedad.

—Eso haré —afirmó ella, aunque sospechaba que había gato encerrado en que su anfitrión hubiera aceptado tan pronto—. Y, mientras estemos aquí, Keir y yo nos quitaremos de tu camino todo lo que podamos.

—Por suerte, no será difícil. La casa es lo bastante grande. Aunque espero verte para cenar cada noche. Todo lo demás, lo relativo a las comidas de Keir, tienes que organizarlo con Nadine.

Marisa sospechaba que Nadine ya tenía bastante trabajo con la enorme casa y no necesitaba que la molestaran con el cuidado de un niño.

Solo se quedarían allí de forma temporal, se recordó a sí misma. Y Rafe tenía razón. La casa era lo bastante grande como para que ni se vieran, además, el tiempo que su hijo y ella pasarían allí sería poco, pues tenían que ir a trabajar y a la escuela.

Solo tendrían las noches…

Largas noches, pues Keir se acostaba a las ocho.

A pesar de todo, la idea de cenar a diario con Rafe le producía un excitante cosquilleo que la sorprendía y, al mismo tiempo, la avergonzaba.

Capítulo 6

Como anfitrión, Rafe era educado y considerado. Se aseguraba en todo momento de que Marisa estuviera cómoda y le hablaba de la zona con el afecto y el conocimiento de alguien criado allí. Pero, a pesar de su buen humor y de sus excelentes modales, parecía decidido a mantener las distancias con ella en el plano emocional.

—¿Le pasa algo a tu postre? —preguntó él. Las peras en almíbar y las galletas crujientes de miel le hacían la boca agua a cualquiera.

—No. Nadine es muy buena cocinera. Estaba pensando, nada más, que cuando termine de cenar iré a ver a Keir. No quiero que se levante en un sitio extraño, sin saber dónde estoy.

—Nadine nos habría avisado si se hubiera despertado. Tiene el receptor del monitor en la cocina. Termina de comer y tomaremos café.

—¿Te importa si hoy me lo salto? —preguntó ella, cabizbaja—. He tenido un día muy largo y…

Rafe apretó los labios un momento.

—Claro. Puedes hacer lo que quieras.

Minutos más tarde, la dejó a la puerta de su suite. Aunque se comportaba con perfecta cortesía, algo en su actitud delataba cierta tensión que Marisa no pudo descifrar.

A ella le dolía la cabeza y lo único que quería era acurrucarse bajo las sábanas y dormirse, sin soñar con el fuego y sin preocuparse por el futuro.

Una vez a solas en su suite, comprobó que, por supuesto, Keir dormía beatíficamente en su cama, escoltado por los pósters de un unicornio y un caballo. Sonriendo, le colocó el osito de peluche al lado.

Keir estaba bien. Eso era lo único que importaba, se dijo a sí misma. Como siempre, se inclinó para darle un beso en la frente antes de irse a su dormitorio.

Horas más tarde, Marisa estaba despierta. Una aplastante sensación de soledad la invadía mientras miraba la luna por la ventana. Se había despertado poco después de acostarse, nerviosa y empapada en sudor. Quizá, si se hubiera ido a la cama desnuda, después de haber comprobado que no había habido ningún camisón entre sus ropas, habría dormido mejor. En vez de eso, llevaba puesta una camiseta y unos pantalones cortos.

Respirando despacio, contempló la noche serena y cálida, bañada por la luz de la luna. Podía oír el murmullo de las olas en la playa y el trino melancólico de los waimanu, aves acuáticas típicas de la zona.

¿Dónde dormiría Rafe? Una imagen de su cuerpo imponente le asaltó. ¿Dormiría desnudo? En Mariposa, había estado tan agotada que no se había molestado en fijarse en su desnudez. Sin embargo, en ese momento, no podía pensar en otra cosa. Lo más seguro es que fuera un amante brillante…

Aunque, ¿por qué iba a serlo? ¿Solo porque era un hombre de éxito y porque tenía un cuerpo de escándalo?

Tratando de sacarse su imagen de la cabeza, se quitó la camiseta y volvió a la cama, donde poco después sucumbió al sueño.

Una abrupta llamada a su puerta la despertó. Salió de la cama a toda prisa, corriendo hacia la puerta todavía medio dormida. Debía de ser Keir, pensó, entrando en pánico y lo llamó para tranquilizarlo.

—El niño está bien —dijo Rafe al otro lado de la puerta.

—¿Entonces qué…? —preguntó ella, abriendo la puerta de par en par.

Era obvio que Rafe también acababa de levantarse, pues solo llevaba unos pantalones de pijama. La débil iluminación del pasillo dejaba entrever sus anchos hombros bronceados. Su presencia era poderosa y tremendamente masculina.

Marisa tragó saliva antes de poder hablar.

—¿Qué pasa?

—Me acaba de llamar Sandy Tanner. No son buenas noticias —informó él, sujetándola de los brazos con gesto protector—. Las llamas se avivaron y el garaje se ha quemado también. Cuando llegaron los bomberos, ya no quedaba nada.

Perpleja, Marisa se quedó callada. Todos los recuerdos de sus padres y de los primeros años de Keir… lo había perdido todo.

Cuando le temblaron las rodillas, intentó mantenerse erguida. Pero él la abrazó con fuerza.

—No tienes que hacerte siempre la fuerte. Puedes permitirte llorar de vez en cuando.

—No… no puedo… —balbuceó ella, inundándosele los ojos.

—No pasa nada. No se lo contaré a nadie —aseguró él con tono socarrón.

Entonces, a Marisa se le quebraron todas las resistencias y comenzó a llorar, sin parar siquiera cuando Rafe la tomó en sus brazos y la llevó de nuevo al dormitorio. En vez de dejarla sola, como ella había esperado, se sentó en el borde de la cama y siguió abrazándola.

Ella vertió todo el dolor que había estado conteniendo desde la muerte de su padre, hasta que el llanto fue cediendo poco a poco y el hombro de Rafe quedó bañado en lágrimas.

En ese momento, se dio cuenta de que, aparte de los pantalones cortos, no llevaba nada más puesto. Tenía los pechos aplastados contra el cuerpo de él.

—Tengo un pañuelo en alguna parte —murmuró ella, sintiéndose en completa desventaja.

—Te traeré los pañuelos de papel de la mesilla.

Cuando Rafe se levantó, Marisa aprovechó para cubrirse el torso con la sábana. Por lo general, no se permitía confiar en ningún hombre. Aunque debía reconocer que había sido inmensamente reconfortante poder llorar entre sus brazos protectores y cálidos.

Reconfortante y… algo más.

—Toma —dijo él, le tendió los pañuelos y se fue al baño a buscar una toalla húmeda para la cara.

—Lo siento —dijo ella, hundiendo la cara en la tela.

—¿Qué? ¿Llorar? Después de todo lo que te ha pasado, estarías enferma si no pudieras liberar la tensión de alguna manera. Y llorar es mucho más sano y seguro que emborracharse.

Marisa tiritó, sintiendo un frío repentino.

—¿Dónde está tu camisón?

—Quemado en el garaje. Tendré que llamar de nuevo a la compañía de seguros.

—¿Qué compañía es? —inquirió él, sentándose a su lado. Cuando ella respondió, le dijo que conocía al agente local.

—Supongo que habrás ido al colegio con él —comentó ella y se apartó un poco.

En la penumbra, Marisa lo vio sonreír y ponerse en pie. Parecía un dios hecho hombre. Una sensual mezcla de excitación y aprensión la invadió mientras lo observaba.

Si encendía la lámpara de la mesilla de noche, el hechizo se rompería y todo volvería a la normalidad, se aseguró a sí misma. Lo malo era que estaba casi desnuda.

¿Y qué? No era la primera vez que había estado casi desnuda en sus brazos. Pero él había estado inconsciente y ambos habían dormido profundamente envueltos en su mutuo calor.

En el presente, mientras todavía sentía el contacto de sus brazos en la piel y su aroma masculino en la nariz, echó de menos todas las cosas que nunca podría tener… apoyo, ilusión, amor.

Pero, sobre todo, nunca podría tener a Rafe, que la había abrazado sin la menor señal de desearla.

Keir, se recordó a sí misma. Debía centrarse en Keir. Y en solucionar lo del incendio.

—No fui al colegio con él, pero es un muchacho de fiar y bueno en su trabajo. Lo telefonearé mañana.

Había sido muy fácil darle las gracias y delegar en él. Rafe era

amable y ella lo apreciaba pero, en ese momento, tenía que mostrarse fuerte y tomar las riendas de su vida… y de su cuerpo, que se derretía al tenerlo tan cerca.

—Gracias, pero lo haré yo.

Rafe no se lo discutió.

—¿Podrás volverte a dormir?

—Sí —se apresuró a responder ella—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él, sin mostrar sentimiento ninguno.

Marisa lo observó salir de la habitación, mientras un delicioso deseo que nunca había experimentado en su vida la dejaba débil y confusa, como el más dulce de los venenos.

Keir la despertó a la mañana siguiente con sus risas, mientras le hacía cosquillas debajo de la barbilla. Ella lo abrazó y le dio un beso antes de levantarse.

Entonces, recordó la noche anterior.

Rafe la había sujetado entre sus brazos, bañándola en su aroma inconfundible, cálido y viril. Era raro, pero no había logrado olvidarlo desde la noche del accidente, mientras habían dormido entrelazados bajo la lluvia en la selva.

—Tenemos que prepararnos para ir al colegio, tesoro —dijo ella, tratando de sacarse el recuerdo de la cabeza.

La noche anterior, Rafe se había ofrecido a llevarlos al niño y a ella al pueblo y recogerlos después y Marisa había aceptado. Probaría el coche de su abuela por la tarde, cuando regresaran.

—¿Podemos ir a la playa?

—Igual después del trabajo —contestó ella, mirándose el reloj.

La mesa de la terraza estaba puesta para desayunar. Con alivio, Marisa comprobó que Rafe no estaba allí.

—Está haciendo una llamada al extranjero —informó el ama de llaves ante la curiosidad de Keir—. ¿Quieres ayudarme a traer el desayuno?

—Si mamá me deja, claro que sí —contestó el niño con entusiasmo.

—Sí te dejo, tesoro —señaló Marisa, riendo—. Yo también iré.

—Quédate ahí y disfruta de un poco de paz —aconsejó Nadine—. Keir y yo podemos solos.

Marisa se relajó, mirando a su alrededor. El jardín era precioso, como los árboles, las vistas…

No era lugar para ella, se recordó a sí misma, mordiéndose el labio.

Lo que debía hacer era concentrarse en el día que tenía por delante y, luego, comprobar si quedaba algo que pudiera salvarse en su

antigua casita. Una aplastante sensación de impotencia la dominó, hasta que un extraño cosquilleo le hizo intuir que había alguien a su espalda.

Cuando se giró, vio que Rafe caminaba hacia la mesa con paso silencioso y la elegancia de movimientos que lo caracterizaba.

Marisa se sonrojó, al mismo tiempo que un ardiente deseo se apoderaba de ella. Rafe la saludó con cordialidad, sin hacer ninguna referencia a su episodio de llanto de la noche anterior.

—Tengo que ausentarme durante varios días. Me iré mañana por la tarde así que, después de recogerte del trabajo, dejaremos a Keir con los Tanner e iremos a ver cómo ha quedado el garaje. Luego, veremos qué tal conduces el deportivo de mi abuela.

—¡Es como un coche de juguete! —exclamó Keir, reluciente de felicidad.

—Parece un juguete, pero es real —señaló Rafe—. Atemos tu silla en el asiento detrás y veamos si tu madre se siente cómoda conduciéndolo.

Al instante, Marisa pensó que se sentiría mucho más cómoda si él no los acompañara, pero no dijo nada.

Le molestaba que él fuera tan atento y considerado. Poco antes, cuando ella había estado a punto de derrumbarse tras haber visto cómo había quedado el garaje, él lo había percibido y la había ayudado a controlarse con su punto de vista pragmático y directo.

No se había salvado nada. El edificio era un amasijo negro y carbonizado. Por dentro, Marisa había llorado su pérdida. Aun así, cuando se habían alejado de allí, de alguna manera, se había sentido más libre y ligera que nunca, como si las llamas hubieran quemado el peso de su pasado también.

Pensativa, observó como su hijo ayudaba a Rafe a darle los últimos retoques a los anclajes de su silla para el coche. Ambos parecían encantados juntos. Podían ser padre e hijo…

Marisa miró hacia otro lado y se obligó a bloquear ese pensamiento que la hacía sentir culpable por razones que nunca podría confesarle a Rafe.

—Estamos listos —indicó Rafe con una sonrisa triunfal, después de haber colocado la sillita.

—Siéntate, campeón —le dijo ella al pequeño.

Keir obedeció pero, cuando su madre iba a atarle el cinturón, protestó.

—¿Puede hacerlo el señor Peveril mejor, mami?

—De acuerdo —aceptó ella, estupefacta.

—Bueno, ya está —dijo él, después de haber seguido las

instrucciones de Keir para abrocharle el complicado cinturón de la silla para el coche.

Marisa se sentó detrás del volante, invadida por una confusa mezcla de emociones. El amor por su hijo se entrelazaba con el miedo porque haberlo separado de su hijo fuera algo negativo para él.

A todo ello, se añadía la insistente atracción que experimentaba por Rafe. Su cuerpo se encendía cada vez que él estaba cerca. Si, al menos, él no fuera tan atento… Para colmo, era obvio el placer que Keir sentía al estar en compañía.

Marisa no quería que Rafe fuera bueno con su hijo. ¿Por qué no podía actuar como el típico hombre de negocios, dictatorial, intolerante, orgulloso y déspota? Así, al menos, ella no sentiría esa poderosa atracción por él que había dejado de ser meramente física para convertirse en algo mucho más peligroso…

—¿Estás preparada? —preguntó él, mientras se sentaba a s u lado.

—Más o menos —contestó Marisa, sin levantar la vista del cuadro de mandos, y encendió el motor.

Aunque hacía años que no usaba un coche con cambio de marchas manual, pronto recordó la técnica y se encaminó hacia la carretera. Desde el asiento trasero, Keir charlaba alegremente con Rafe.

Cuando se toparon con un tractor enorme, pintado de llamativos colores, que hacía un ruido tremendo, Rafe le indicó que parara.

Marisa detuvo el coche y se volvió hacia su hijo con una sonrisa. Keir adoraba los tractores y, en ese momento, observaba transfigurado el que tenía delante. Mientras, Rafe se había bajado del coche y caminaba hacia el otro conductor. Tras una breve conversación, se acercó a la ventanilla.

—Lo mejor es que des marcha atrás y te metas en una entrada que hay a cincuenta metros, para dejarle pasar. ¿Quieres que lo haga yo?

Aunque tuvo la tentación de aceptar, Marisa levantó la barbilla. No podía dejar que él tomara el control cada vez que surgía la menor dificultad.

—No, gracias.

Él asintió, como si hubiera esperado su respuesta.

—No intentes entrar marcha atrás por la puerta, es mejor que la pases de largo y entres de frente. Luego, podrás dar la vuelta dentro.

No era exactamente una orden, aunque la hizo sentir irritada de todos modos.

Rafe caminó hacia la puerta con su formidable figura bañada por el sol.

Ella apretó el volante con manos sudorosas. Respiró hondo, diciéndose que debía concentrarse en lo que estaba haciendo. La marcha atrás no era su fuerte, pero el camino estaba plano y despejado… Podía hacerlo. Solo debía tener cuidado con no rozar el

coche con la puerta al pasar.

En silencio, rezó porque el mecánico tuviera su coche listo para el martes. ¡Y porque pudiera encontrar un sitio donde mudarse antes de que Rafe volviera de su viaje!

Despacio, comenzó a dar marcha atrás, mientras Rafe la observaba sonriente desde la calzada.

—Me gusta el señor Peveril —dijo Keir, saludándolo con la mano—. ¿A ti te gusta, mamá?

—Sí —repuso ella. ¿Qué otra cosa podía decir?

En realidad, no le gustaba, sino que lo deseaba. Cada vez que él estaba cerca, su cuerpo sucumbía a la más poderosa excitación. Aunque su instinto le decía que era un hombre peligroso, capaz de doblegar la voluntad de cualquier mujer, seguía emocionándose cada vez que lo veía.

Con cautela, metió el coche en el prado vecino, a través de la puerta de hierro, y dejó pasar al tractor. El otro vehículo se detuvo un poco más allá de la puerta y su conductor se bajó para hablar con Rafe.

Por el espejo retrovisor, Marisa contempló la escena, sorprendida al percibir que lo que Rafe estaba escuchando le estaba poniendo furioso.

—¡Ya viene! —exclamó Keir cuando Rafe volvió hacia ellos.

Marisa apretó las manos sobre el volante y respiró hondo. Cuando él se sentó, su mirada era fría como el hielo.

Con el estómago en un puño, Marisa revivió un miedo que le era demasiado familiar. Cada vez que David había estado furioso con ella, había guardado silencio y se había negado a contarle qué había hecho mal. Cada poco tiempo, la había dejado sola, a veces, durante días, sin decir dónde iba ni cuándo volvería.

—¿Pasa algo malo? —preguntó ella de forma automática. Al instante, se arrepintió, furiosa consigo misma. Rafe no era David y ella ya no era la misma joven impotente y débil que había temido los largos silencios de su marido.

—Puede ser —repuso él en voz baja—. El hombre del tractor ha estado limpiando las zarzas junto al río y ha encontrado unas plantas sospechosas en la otra orilla.

—¿Plantas? Ah… ¿Significa eso lo que yo creo? —inquirió ella con ojos como platos.

—Sí.

—¿En tu propiedad?

—Sí —repitió él con tono frío—. Está claro que alguien de Manuwai las ha tenido que poner ahí.

Marisa parpadeó y miró por el espejo retrovisor. Keir no los estaba escuchando. Estaba demasiado ocupado contemplando cómo el tractor

se alejaba.

—Es absurdo. Es obvio que los primeros sospechosos serían tus trabajadores. ¿Puede accederse a la finca desde el mar?

—Sí, es fácil. Incluso en una balsa hinchable. Por el momento, no sospecho de ninguno de mis hombres. De hecho, tengo una idea de quién puede ser.

Marisa encendió el motor.

—Recuerda que no estamos solos —indicó ella, haciendo un gesto hacia el asiento trasero.

Frunciendo el ceño, Rafe asintió.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella, tras incorporarse a la carretera de nuevo.

—Llamar a las autoridades. Quien se haya atrevido a hacer eso en mi tierra no saldrá impune.

Su tono frío y letal daba mucho más miedo que los largos silencios de David, caviló ella.

Capítulo 7

De regreso en Manuwai, Marisa aparcó con cuidado en el garaje y le tendió las llaves a su anfitrión.

—Guárdalas tú —repuso él—. Puedes usar el coche hasta que tengas el tuyo.

—Yo… Gracias —dijo ella. Estuvo a punto de preguntarle cuándo iba a volver de su viaje, pero se contuvo. No quería que él sintiera que se estaba inmiscuyendo en su vida.

—Cuida a mamá mientras estoy fuera, campeón —le dijo él a Keir —. Ha tenido un día duro.

Keir asintió con seriedad.

—Vale. ¿Pero cuándo vuelves?

—En cuanto pueda.

Esa noche, Marisa acostó pronto a su hijo, que parecía apenado por la marcha de Rafe. Preocupada, se dijo que no quería que el pequeño se apegara demasiado a su anfitrión. Solo le llevaría a sentirse decepcionado.

Cuando se encontró con que Nadine había planchado sus ropas, los ojos se le llenaron de lágrimas mientras le daba las gracias.

—Estás agotada —observó Nadine con tono comprensivo—. Te prepararé una infusión.

—Me encantaría, pero tengo que ducharme. Luego, nos sentaremos para ver cómo nos organizamos. Sé que somos una carga extra de trabajo para ti, pero quiero asegurarme de incordiarte lo menos posible.

El ama de llaves sonrió.

—Me gusta tener gente en casa, sobre todo, un niño. Convierte este sitio tan grande en un hogar de nuevo.

Después, Marisa llamó a distintas inmobiliarias, aunque obtuvo la misma respuesta de siempre. No había nada para alquilar.

Aun así, siguió probando a diario. Igual que su hijo siguió preguntándole todas las mañanas por Rafe.

—¿Llega hoy el señor Peveril?

Y, cada vez que Nadine o Marisa le respondían que no, el pequeño agachaba la cabeza.

Marisa comprendía sus sentimientos. Por muy bonito que fuera ese lugar, la casa parecía vacía sin la energía y la vitalidad de Rafe, su dueño.

Ella también lo echaba de menos, al mismo tiempo que sentía un extraño vacío por algo que nunca podría tener.

A pesar de todo, no le costó mucho acomodarse y relajarse en la enorme y acogedora mansión. Disfrutaba de hacer las tareas con Nadine y fue conociendo a los empleados de la finca. Keir insistió en ir al colegio en el autobús escolar con su mejor amigo, hijo de una de las parejas de trabajadores de Manuwai.

—No, tesoro, no podemos hacer eso.

—¿Por qué? —quiso saber el niño, haciendo un puchero—. Manu me dijo que su madre podía llevarme con él a la parada, justo en la puerta de la finca.

Marisa lo pensó un momento.

—Podemos hacer una cosa. Hablaré con la madre de Manu y le preguntaré si no le importa llevarte a la parada. Pero, por la tarde, Nadine está demasiado ocupada para cuidar de ti, por eso, tendrás que quedarte a las clases extraescolares como hacemos siempre y yo te recogeré cuando cierre la tienda.

El pequeño asintió con reticencia.

—He estado esperando tu llamada —dijo la madre de Manu con tono jovial—. Mi niño me ha contado el plan que han hecho Keir y él. Claro que puedo recoger a Keir por la mañana. No será ninguna molestia.

A la mañana siguiente, Marisa acompañó a Keir al coche de Ngaire Sinclair. Keir estaba creciendo muy deprisa, pensó con cierta sensación de vértigo.

Dos días después, Patrick, el mecánico, llamó para informarle de que su coche estaba arreglado.

—Pero va a necesitar más reparaciones pronto —advirtió Patrick cuando ella fue a recogerlo.

—¿Muy caras? —inquirió ella con ansiedad.

—Sí, eso me temo. Rafe me pidió que le hiciera una revisión completa. Para empezar, la transmisión está fallando.

—¿Qué quiere decir eso?

—Básicamente, quiere decir que un día se te puede parar en medio del camino.

Marisa tomó aliento y condujo despacio a casa, tratando de calcular si iba a poder pagar más visitas al taller. Volvió a intentar encontrar una casa más cerca del trabajo, sin éxito. Eso la mantuvo ocupada, además del papeleo que tenía que hacer con la compañía de seguros y los clientes que, cada día más, llenaban su tienda para hacer las compras navideñas.

Una semana después de que Rafe se hubiera marchado, Marisa se fue al salón después de haber acostado a Keir y el corazón se le aceleró cuando se dio cuenta de que no estaba sola.

—¿Cuándo has llegado? ¡No he oído el helicóptero! —exclamó ella, refiriéndose al vehículo en que se había marchado al aeropuerto

hacía unos días.

—He venido en coche.

Con cierta preocupación, Rafe observó que ella parecía cansada y tensa. Como si estuviera ocultando un gran secreto.

Él había descubierto cuál era. Sabía que debía desconfiar de ella. Sin embargo, su cuerpo respondía de forma inevitable cuando la tenía cerca, incendiándose, llenándose de vida.

—Has vuelto pronto —comentó ella en un murmullo de voz.

—He terminado lo que tenía que hacer —señaló él y sirvió dos copas de vino—. Te has quedado perpleja.

Marisa sonrió, aunque su rostro no se relajó del todo.

—Gracias —dijo ella, antes de darle un pequeño trago—. Un poco sorprendida, nada más. Nadine me dijo que no te esperaba hasta dentro de un par de días.

—Nadine nunca sabe seguro cuándo voy a venir —replicó él con voz ronca, invadido por un incontrolable deseo.

Marisa le lanzó una mirada furtiva.

—He llamado para informarme cuánto se paga por alojarse en una casa —indicó ella y, con gesto retador, le dijo la cifra.

Rafe asintió. Esa cantidad no significaba nada para él. Incluso, había decidido poner dinero en una cuenta bancaria para su hijo. Sin embargo, el que ella lo mencionara significaba que quería poner barreras entre ellos, reducir su relación a algo comercial.

Debía seguir su ejemplo e ignorar que la atracción que experimentaba no solo era mutua, sino que tenía una fuerza arrolladora, se dijo Rafe.

La situación era demasiado compleja. Había demasiadas cosas que tener en cuenta como para perderse en el aspecto físico y sexual.

Aunque, de alguna manera, podría trabajar a su favor, caviló él.

Maldiciendo en silencio, trató de calmar su pulso acelerado.

Como si lo hubiera adivinado, Marisa dio un paso atrás.

—Esta habitación es muy acogedora —comentó ella, nerviosa.

—Era la favorita de mi madre. Creo que las mujeres de la casa siempre la han usado como su refugio.

—Debe de ser muy reconfortante crecer en una casa donde tu familia ha vivido durante generaciones. No es algo muy común en Nueva Zelanda.

—No creas. Muchas familias viven en el mismo sitio que sus antepasados. Mis tatarabuelos acamparon en una tienda de tela aquí mientras la tribu local les enseñaba cómo construir una estructura más permanente con los árboles del lugar.

Marisa se puso rígida y bajó la vista un momento. Esa mujer escondía demasiados secretos, pensó Rafe. Y su deseo de desvelarlos era cada vez más fuerte.

—Su mujer debió de sentirse muy sola aquí —comentó ella.

—Eso podría pensarse. Pero, enseguida, tuvo hijos. Además, le encantaba trabajar en el jardín.

—Claro.

Él asintió.

—Se hizo amiga de las mujeres de la tribu. De hecho, su hijo mayor, que se hizo cargo de Manuwai cuando su padre murió muy joven, se escapó a Australia con la hija del jefe. Era famosa por su belleza.

—¿Y qué pasó? —quiso saber ella con curiosidad.

—Los padres de la chica estaban furiosos. Estaba prometida al jefe de la región Waigato, así que causó un gran escándalo. Pero, una vez que comenzaron a tener hijos, se les perdonó todo.

Marisa se puso tensa de nuevo, muy a su pesar.

—Eso es lo que pasa siempre, ¿verdad? —observó ella, esforzándose por relajarse.

—Los niños suelen ablandar el corazón de la gente —afirmó él, mirándola con curiosidad—. ¿Dónde te criaste tú?

—En todas partes —contestó ella tras un momento de titubeo.

Cuando él arqueó las cejas, Marisa sonrió.

—Mis padres eran nómadas, en el sentido literal de la palabra. Viajaban por todo el país.

—¿En una caravana?

—No, en un autobús convertido en casa.

—Una infancia poco común —observó él, sin dejar de contemplarla con intensidad.

Marisa se encogió de hombros. Se sentía como si pudiera atravesarla con la mirada.

—Me temo que a mí no me gustaba. Yo quería ser como los demás niños y quedarme en un sitio.

—¿Por qué?

—Supongo que era mi instinto sedentario —contestó ella y, antes de que él pudiera hacerle más preguntas, añadió—: ¿Tú nunca has soñado con tener otra vida?

—Cuando iba a primaria, estaba felizmente ocupado y no pensaba en esas cosas. Pero, en secundaria, me enviaron a un internado y allí decidí que no quería volver aquí y dedicarme a ser granjero como la mayoría de los Peveril habían hecho antes que yo. Por eso, fui a la universidad y estudié un par de carreras antes de establecer mi propia compañía.

Por su tono de voz, Marisa adivinó que esa decisión le había causado problemas.

—Pero Waimanu siempre ha sido mi hogar. Me hace sentir enraizado a la tierra. ¿En qué trabajaban tus padres?

—Mi madre tejía y bordaba y mi padre hacía preciosos juguetes de madera. Entre los dos, ganaban lo suficiente para que pudiéramos seguir viajando. Adoraban su vida.

Cuando su madre había enfermado, sin embargo, se habían visto obligados a asentarse en un lugar. Marisa se preguntaba si era eso lo que les había hecho perder las ganas de vivir.

Con una sonrisa forzada, intentó quitarse ese pensamiento de la cabeza.

—Me temo que yo no nací con su amor por conocer sitios nuevos ni con sus habilidades para la artesanía.

—Sabes pintar —observó él—. Gina sabe mucho de arte y valora enormemente tus óleos.

Sus palabras la sorprendieron y la invadieron de calidez.

—Tengo un poco de talento, eso es todo. Me alegro de que le guste el cuadro, pero no creo que suba de valor a lo largo de los años.

Pintar había sido otra de las cosas a las que había tenido que renunciar en su matrimonio. David lo había considerado una frívola forma de perder el tiempo. Al principio, ella había pensado que su marido no había entendido lo mucho que le gustaba. Sin embargo, se había dado cuenta de que había sido precisamente por eso por lo que él la había obligado a dejarlo. No había querido tener competencia, toda la atención de su esposa había tenido que ser para él. Ella no había querido renunciar a pintar, de todos modos. Así que él le había quitado las pinturas y los lienzos y no le había dejado comprar más.

Marisa trató de olvidar los malos recuerdos con otro trago de vino. Pensó cómo podía volver a centrar la conversación en Rafe.

—Igual no aprecias del todo los talentos que desarrollaste en tu infancia poco convencional mientras viajabas con tus padres.

—Es posible —afirmó ella, encogiéndose de hombros—. Cuéntame. ¿Qué tamaño tiene Manuwai?

Cuando él le respondió con un asombroso número de acres, lo miró impresionada.

—Es enorme —comentó Marisa, pensando en voz alta.

—Nos gusta cuidar lo que es nuestro —repuso él, sin darle importancia—. ¿Te has organizado bien con Nadine?

—Sí, señor —contestó ella con una sonrisa forzada y tono azucarado en sus palabras.

—¿Ha sonado a una orden?

—Sí.

—¿Y no te gusta que te manden? —inquirió él con una sonrisa provocadora.

—No se me da bien obedecer.

Marisa esperó sonar más segura de sí misma de lo que se sentía. De vez en cuando, la antigua Mary Brown asomaba a la superficie,

aunque no dejaría que nadie volviera a tomar el control de su vida nunca más. Ni siquiera un hombre cuya eficiencia como director de una compañía internacional le había ganado respeto y admiración en todo el mundo.

—Claro. ¿Por qué ibas a hacerlo? —señaló él—. Aunque no era mi intención darte órdenes.

—Bueno. Nadine y yo nos hemos organizado muy bien.

—Me alegro —replicó él con aire ausente, mientras se miraba el reloj—. Ahora, si no queremos que nos regañe, es mejor que vayamos a cenar. Como hace tan buena noche, comeremos en la terraza.

Una vez sentados a la mesa, Rafe retomó la conversación.

—Imagino que Keir se durmió enseguida.

—Profundamente. Hoy ha tenido campeonato de natación después del colegio.

—¿Y qué tal se le da?

—Me ha contado que llegó el tercero en una carrera. Estaba muy orgulloso de sí mismo —informó ella, sonriendo al recordar lo contento que había estado su pequeño—. Me dijo que, la próxima vez, pensaba quedar el primero.

—¿No fuiste a verlo?

—No. Tenía que quedarme en la tienda.

Rafe le lanzó una cálida mirada, aunque no hizo ningún comentario. Probablemente adivinaba que ella se había pasado las dos horas que había durado el campeonato de natación deseando estar allí.

—Muchas gracias por prestarme el coche de tu abuela. Ha sido divertido conducirlo. Tu amigo Patrick me dijo que le habías pedido que le hiciera una revisión completa a mi coche.

—¿Eso te dijo? —preguntó él con una sonrisa.

Marisa quería pedirle que dejara de entrometerse en su vida, pero le pareció que sería descortés.

—Gracias —se limitó a decir ella y miró a su alrededor—. Esto es muy bonito.

El jardín de la terraza le recordaba a Marisa a las fotos que había visto de hoteles de lujo en medio de paraísos tropicales. Aunque, esa noche, el escenario le parecía más reluciente que nunca.

Porque Rafe estaba allí…

El sol se estaba poniendo en el horizonte, mientras una suave brisa los bañaba con olor a flores y a sal.

Alguna gente tenía demasiada suerte, pensó ella con envidia.

No, la suerte era para los ganadores de la lotería. La vida de Rafe podía estar basada en el trabajo duro de las generaciones que habían

poseído Manuwai antes que él, pero sus propios esfuerzos los habían propulsado mucho más lejos.

Y era un excelente anfitrión. Durante la comida, se enzarzaron en una animada discusión que casi le hizo olvidar a Marisa la delicada situación en que se encontraba.

Aquel hombre la excitaba en todas las maneras imaginables. Su agudo intelecto le resultaba estimulante, sus ojos grises le hacían subir la temperatura, su voz sensual y varonil le resultaba embriagadora, mientras el sol se ponía detrás de su cabeza.

Rafe era pura dinamita, tanto por su personalidad como por su imponente presencia masculina.

—¿No te gusta el vino? —preguntó él.

—Está muy rico, pero ya he tomado bastante, gracias.

Marisa no necesitaba vino para que la cálida sensualidad que la envolvía se le subiera a la cabeza. El hombre que tenía delante era más peligroso que cien botellas de vino.

Entonces, Rafe se inclinó hacia delante y la miró a los ojos con fría intensidad.

—Acabo de volver de Mariposa.

A ella se le heló el corazón en el pecho un momento, antes de que empezara a latirle como loco. Se puso pálida y se quedó fría. Durante un instante, creyó que iba a desmayarse.

Con los ojos clavados en los de él, Marisa tomó aliento y se obligó a mantener la calma.

—Qué interesante —dijo ella al fin, rezando para que no le temblara la voz.

—¿Es eso lo único que tienes que decir?

A Marisa le invadió un instinto primitivo de salir corriendo, de agarrar a Keir y huir de allí como si le persiguiera el diablo. Tragó saliva.

—¿Qué quieres que diga?

—Podrías empezar por contarme quién es el padre de tu hijo —señaló él con voz heladora.

Capítulo 8

Marisa se obligó a respirar. El silencio pesó sobre ellos, mientras buscaba con desesperación algo que decir.

—No sé por qué eso iba a ser asunto tuyo. ¿Por qué me lo preguntas?

Rafe seguía recostado en su asiento, observándola como un depredador listo para atacar a su víctima.

—En Mariposa, descubrí que, después del accidente, nos encontraron acostados juntos. Desnudos —afirmó él, afilando la mirada—. ¿Hicimos el amor?

—¡No! —exclamó ella, sonrojándose. Entonces, se dio cuenta de que su instantánea negación había delatado su identidad. El miedo la dejó paralizada.

La expresión de Rafe siguió inconmovible.

—¿Y por qué estábamos desnudos?

Abandonando cualquier esperanza de seguir con su farsa, Marisa echó mano de toda su fuerza de voluntad para que no le temblara la voz.

—Tú estabas desnudo. Yo, no. Nos estrellamos durante una tormenta. Cuando llegamos a la cabaña, estábamos los dos empapados y tú… estabas pálido como la muerte. Estabas temblando y yo no podía… —balbuceó ella y se interrumpió un momento, recordando el terror que había sentido entonces, mientras había intentando encontrar una solución.

—Sigue.

Ella se mordió el labio un momento y continuó.

—Había una especie de cama… una hamaca, en realidad, hecha de pieles atadas a una estructura de madera. Al principio, pensé que podíamos quemar la madera para hacer fuego, pero no había cerillas. Hacía mucho frío… Así que volví al avión y recogí nuestro equipaje.

—¿Bajo la lluvia?

—No había parado —replicó ella.

Aterrorizada por que el avión pudiera explotar y avergonzada por el miedo que le daba el piloto muerto, dos cosas la habían impulsado a continuar. Primero, el miedo a que Rafe muriera si no conseguía calentarlo. Segundo, necesitaba recuperar su pasaporte, su única esperanza de ser libre. Cuando había regresado a la cabaña, había estado agotada y le había dolido todo el cuerpo. Pero, cuando había visto a Rafe desplomado en la cama, medio muerto, había sacado fuerzas para intentar ayudarlo.

—Cuando volví, tuve que sacudirte para despertarte. Estaba claro que no tenías idea de lo que estaba pasando. Conseguí convencerte para que te quitaras la ropa mojada, pero después caíste inconsciente otra vez, así que no pude ponerte nada seco. Saqué las ropas de nuestras dos maletas y las extendí encima de ti, luego te tapé con las pieles viejas que había en la cabaña. Pero no parabas de tiritar. Estabas tan frío que pensé que morirías antes de que nadie pudiera salvarnos.

El rostro de Rafe seguía impertérrito mientras escuchaba.

—¿Y tú?

Marisa levantó la vista hacia él.

—Supongo que también estabas mojada. Y cansada.

—No estaba herida —contestó ella—. Es posible que no lo recuerdes, pero me bajaste la cabeza antes del impacto y, gracias a eso, solo me hice algunos moretones. Estaba mojada y helada, así que me quité todo menos la ropa interior y me metí en la cama contigo y te abracé. Después de un rato, los dos nos calentamos y nos quedamos dormidos.

Rafe la había abrazado como si hubiera estado acostumbrado a dormir con una mujer. Su firme y cálido abrazo, de alguna manera, le había hecho adivinar a Marisa que sobreviviría hasta que llegaran a rescatarlos.

—Y así es como nos encontraron —comentó él.

Mientras él la observaba con ojos penetrantes, Marisa bajó la cabeza, intentando poner en orden sus caóticas emociones y los recuerdos del pasado.

—El ruido del helicóptero me despertó. Conseguí ponerme algo de ropa, pero tú… no.

—En Mariposa, la opinión general es que hicimos el amor —observó él.

Marisa lo miró a los ojos con la barbilla alta.

—No fue así. Ninguno de los dos estaba en forma para eso, créeme.

—¿Y por qué tu marido cree que soy el padre de Keir?

Cielos. ¿Cómo sabía eso?, se dijo Marisa, cerrando los ojos. Tensa, pensó que le debía una explicación.

—Porque le mentí. Le dije que eras el padre.

Rafe continuó sin delatar ninguna emoción en su rostro. Su voz sonaba fría y distante.

—¿Por qué?

—Porque fue lo único que se me ocurrió para poder mantener a salvo a mi hijo —confesó ella, tragando saliva. Se sentía como un acusado en un juicio.

—¿Qué quieres decir? ¿Te pegaba?

Marisa negó con la cabeza.

—Nunca me pegó.

Marisa no pudo decir nada más. A pesar del rígido autocontrol de David, la amenaza de una violencia subyacente había estado siempre presente, hasta que había terminando dominando su vida. Al contrario, la rabia de Rafe no la asustaba. No podía imaginarlo empleando su furia contra ella.

Ni siquiera en ese momento, en que él tenía una buena razón para estar disgustado.

¿Pero cómo podía estar segura?

Ya se había equivocado una vez.

¿Cómo sabía que Rafe no le haría daño?

Rafe se quedó callado, esperando.

Ella tomó aliento.

—David quiere… necesita llevar el mando. Creo que es una especie de obsesión. Por eso aceptó el trabajo en Mariposa, lejos de todas las personas que conocía. La gente allí era encantadora, pero David no quería mezclarse en la vida social del lugar. Ni quería que yo lo hiciera.

—Tú sabes conducir —observó él, frunciendo el ceño—. ¿Qué te impedía salir sola?

—No teníamos coche.

—Había uno en la finca. Un jeep —señaló él con las cejas arqueadas.

—David solía llevárselo.

—¿Y cuando no lo usaba él?

Marisa se sonrojó, furiosa consigo misma por sentirse avergonzada todavía, después de todo el tiempo que había pasado.

—Cuando no lo usaba, leía el cuentakilómetros antes de salir de casa y, de nuevo, cuando regresaba —informó ella. En una ocasión, al principio, se había ido con el coche a un pueblo vecino en un acto de rebeldía pero la pelea que había suscitado después le había quitado las ganas de volver a hacerlo—. Nunca volverá a sucederme lo mismo.

—¿Quieres decir que te mantenía prisionera en la finca?

—Sí.

—El contraste entre cómo eres ahora y la mujer que conocí en Mariposa es increíble. Estoy intentando entender qué pasó.

—Apenas tenía diecinueve años cuando me casé y nos fuimos directamente a Mariposa después de la boda —señaló ella, tratando de sonar calmada—. Aparte de David, yo no conocía a nadie más. Tampoco conocía el idioma.

Para colmo, David se había dedicado a rechazar todas las amables invitaciones de los hospitalarios lugareños.

—No podía ir a pie a ninguna parte. Las distancias eran demasiado grandes.

—¿Y tus padres? La finca tenía ordenador. ¿Estabas en contacto con ellos?

—Ellos no tenían ordenador y no podía llamarlos por teléfono… Las líneas casi nunca funcionaban.

Además, ¿qué podían haber hecho sus padres? Aunque les hubiera pedido ayuda, ellos no habían tenido el dinero necesario para comprarle un billete a casa.

Rafe seguía observándola con gesto frío como el acero.

—Y no tenías dinero, supongo.

—No —admitió ella con un nudo en la garganta—. David me dijo que me amaba y quería ocuparse de mí. Yo sabía que algo iba mal, pero no tenía armas para presentarle batalla.

—¿Cómo es que tus padres te dejaron casarte tan joven?

Ella se encogió de hombros.

—Ellos se casaron jóvenes y les fue bien. Yo insistí. Quería tener un hogar propio donde establecerme. Cada vez que mis padres elegían un lugar para pasar el invierno, yo iba a un colegio nuevo y hacía amigos. Luego, en primavera, nos íbamos. Y tenía que empezar de cero. Por eso, me casé con el primer hombre que me ofreció una vida estable.

—¿Lo amabas?

—Estaba segura de que sí —dijo ella con una sonrisa melancólica —. A mis padres les gustó David y pensaron que lo de Mariposa era una buena idea. Además, parecía tan romántico… Podría haberlo sido, si hubiéramos sido otra clase de pareja. Para mí, la finca se convirtió en una prisión. Me sentía sola. Cuando David se enfadaba, desaparecía durante días y yo me quedaba aislada. No sabía qué hacer.

La brisa fresca del mar la hizo tiritar.

—Vayamos dentro.

—No, prefiero quedarme aquí —dijo ella. Al menos, podía respirar. Tras unos segundos, continuó—. Entonces, me quedé embarazada. David no quería al bebé. Lo perdí en el primer trimestre y él dijo que era un alivio, que no quería tener hijos.

Durante un instante, creyó que Rafe iba a decir algo pero, cuando lo miró, su rostro parecía esculpido en piedra.

—Fue entonces cuando comprendí que nunca tendría un niño a quien amar. Fue la gota que colmó el vaso. Me sumergí en una depresión y, cuando David me prohibió ir a ver a mi madre enferma, estaba demasiado aturdida como para rebelarme. Solo quería morirme.

El silencio preñado de pensamientos se cernió sobre ellos. Marisa tenía las manos apretadas, tanto que los nudillos se le habían quedado blancos.

—Cuando tú llegaste, vi mi oportunidad de escapar. Además,

intuía que podía estar embarazada de nuevo. Tenía que aprovechar para salir de allí cuanto antes.

—Has dicho que David no te pegaba. ¿Por qué crees que iba a lastimar a su propio hijo?

—No lo habría herido físicamente —dijo ella sin pestañear, mirándolo a los ojos—. Al menos, eso creo. Pero hay otras formas de hacer daño. Los niños necesitan ser amados.

—Así que le dijiste que te habías acostado conmigo y que el niño era mío.

El tono de Rafe era neutro, pero sus ojos helados la advertían de lo furioso que estaba.

—No se me ocurrió qué otra cosa podía hacer —admitió ella—. Un mes después de que hubiera llegado a Nueva Zelanda, me llamó para exigirme que volviera. Yo sabía que estaba embarazada y estaba desesperada. Mis padres me necesitaban y temblaba solo de pensar en volver a Mariposa. Hice lo único que se me ocurrió para asegurarme de que David no quisiera reclamar al niño. Te utilicé a ti y funcionó —confesó con total honestidad—. Me gustaría poder decir que lo siento, pero no es así. Lo haría de nuevo para mantener a Keir a salvo.

Rafe seguía observándola con mirada indescifrable.

—Rafe, siento mucho haberte implicado. Pero no tiene por qué ser un problema… Nadie más lo sabe —dijo ella, nerviosa.

—Nadie está seguro, pero parece que todo el mundo piensa que David se fue de Mariposa porque tú y yo tuvimos una aventura.

—¿Se fue de Mariposa? —preguntó ella, estremecida. Se puso en pie de un salto y lo miró conmocionada—. ¿Cuándo?

—Unos seis meses después que tú —repuso él, levantándose también.

—¿Por qué tienes miedo? Si él no quiere hijos, entonces Keir estará a salvo, incluso si descubre que es suyo.

Con el estómago encogido por el miedo, Marisa trató de digerir la noticia. Una gaviota graznó a lo lejos y ella se estremeció.

—Creo que me veía como una posesión suya. Para David, el amor es eso, posesión. Creció en un orfanato, donde tenía que luchar por todo lo que tenía. Me temo que, si descubre que Keir es suyo, querrá poseerlo también.

Rafe la miró con dureza.

—Suena muy melodramático.

—Los hombres como David no son buenos maridos ni buenos padres, de eso estoy segura —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Keir es un niño alegre y con seguridad en sí mismo, tú lo conoces. Debes recordar cómo era yo después de estar solo dos años junto a David. Aunque, para ser justos, debo admitir que no fue solo culpa suya.

—¿No? —preguntó él, arqueando las cejas.

—No. Cuando volví a Nueva Zelanda, mi madre insistió en que fuera al médico. Me hizo algunas pruebas y llegó a la conclusión de que tenía una mezcla de depresión y desequilibrio hormonal debido al aborto. La medicación y las sesiones con el terapeuta me ayudaron mucho.

—Con algo de esfuerzo por tu parte —puntualizó él.

—Mucho esfuerzo.

—Dime una cosa.

—¿Qué? —preguntó ella, tensa.

—¿Cómo es que en Mariposa te llamabas Mary y no Marisa?

Ella se sonrojó.

—David pensaba que Marisa era un nombre tonto y pretencioso, así que me puso otro.

Rafe asintió, como si su respuesta hubiera confirmado lo que él había sospechado.

—También quiero saber por qué te mudaste a Tewaka.

Marisa le debía una respuesta en ese aspecto también. Al menos, esa era más fácil.

—Siempre me ha gustado Northland. Después de haber vivido con padres que vendían sus artesanías, tenía una idea de lo que a la gente le gustaba comprar. Y la tienda me pareció una buena oportunidad.

—¿Por qué?

—Investigué sobre Tewaka y descubrí que era un punto de visita para los cruceros, además de un lugar turístico durante todo el año. Las tiendas pequeñas como la mía no pueden competir con las grandes franquicias. Deben ir dirigidas a un mercado diferente. Eso era lo que hacían mis padres con sus trabajos hechos a mano —informó ella y le dedicó una tensa sonrisa—. Lo que no sabía era que tú vivías aquí.

—Si lo hubieras sabido, ¿habrías rechazado el plan?

—Sí. Me sentía… todavía me siento culpable por haberte utilizado. Cuando mi padre murió el año pasado, decidí irme del sur. Tiene malos recuerdos para mí. Es el lugar de origen de David, mis padres murieron allí y quería encontrar un lugar donde nadie me conociera. Quería empezar de nuevo.

—Eso puedo entenderlo —dijo él inesperadamente.

Desconcertada, Marisa le lanzó una mirada fugaz. Se había hecho de noche y el cielo estaba poblado de estrellas. La imponente figura de Rafe destacaba en medio de la escena, haciendo que algo se derritiera dentro de ella. Era como si, después de haberle confesado la verdad, sus resistencias hubieran cedido.

—Quería establecerme antes de que Keir empezara a ir al colegio —prosiguió ella—. Y, una vez que empecé todo fue encajando en su sitio. Me resultó todo tan fácil que pensé que era lo correcto —señaló.

Aunque toda su confianza se había ido al traste cuando él había aparecido.

—Yo siempre sospecho de las cosas que salen con demasiada facilidad —observó él, torciendo la boca—. Suele ser porque alguien manipula las cosas en su propio beneficio.

—En este caso, no —aseguró ella con una vaga sonrisa—. Cuando descubrí que tú vivías aquí, ya llevaba varias semanas con la tienda abierta. Mi primer impulso fue salir corriendo. Pero Keir adora su colegio y la tienda va muy bien —explicó. Además, le habían dicho que Rafe viajaba mucho—. Decidí que podía seguir fingiendo que era otra persona. ¿Cómo me descubriste? Espero que siga sin parecerme a la pobre Mary Brown.

—Parece que esa pobre Mary Brown pudo haberme salvado la vida. Y le estoy agradecido.

Su frase final hizo que Marisa se pusiera alerta. ¿Era esa la razón por la que había sido tan amable con ella?, se preguntó decepcionada. Aunque, si había ido a Mariposa a averiguar qué había pasado en el accidente, algo debía de haber estimulado sus sospechas primero.

—Te propongo un trato. Yo dejaré de darte las gracias si tú haces lo mismo.

—¡Hecho! —dijo él y le tendió la mano.

Al sentir su contacto, una corriente de cálida excitación recorrió a Marisa.

—Aunque ofrecerte asilo no es comparable a que me salvaras la vida —señaló él—. ¿Nunca se te ocurrió dejarme en el lugar del siniestro e irte sola?

Marisa se le quedó mirando, perpleja.

—No. No era una opción. Te acercaste cuando yo estaba examinando al piloto y murmuraste algo sobre fuego, luego percibí olor a combustible… Pensé que podía haber una explosión. Estabas decidido a salir de allí y me pareció una buena idea. ¿No recuerdas nada de eso?

—No —negó él—. Debió de ser difícil encontrar la cabaña bajo la tormenta.

—No fue fácil —recordó ella—. Temía que fuera malo para ti hacer tanto esfuerzo, pero aunque estabas malherido, parecías tan decidido a llegar a la cabaña que pensé que, si no te acompañaba, te irías solo.

—Aparte del golpe en la cabeza, no tenía más heridas.

Ella asintió, pensativa, con la mente perdida en aquella noche lejana.

—Pensé que era mejor que quedarse en un avión que podía explotar —dijo ella y, retomando sus propios interrogantes, le preguntó—: En Mariposa apenas me viste un par de veces y, después del accidente, estuviste casi todo el tiempo inconsciente… ¿cómo me

reconociste?

—Por tus ojos —admitió él y le recorrió una ceja con la punta del dedo, dejando un camino de fuego en su piel—. Son de un verde muy poco común. Y la forma en que brillan es también inolvidable.

Su contacto transformó en lava la sangre de Marisa.

—Tengo los ojos de mi abuela —murmuró ella, bajo la ardiente mirada de él—. ¿Cómo averiguaste la mentira que le conté a David?

—Tú me lo dijiste.

Sorprendida, Marisa se quedó boquiabierta.

—Pero lo sabías antes de eso, ¿no?

—Sabía lo que él y todo Mariposa cree. Me intrigaba tu actitud reservada. Y no podía entender por qué diablos querías fingir ser otra persona, a menos que tuvieras miedo de alguien o tuvieras algo que ocultar.

—Así que hiciste que me investigaran —adivinó ella con resignación.

Él asintió.

—Y descubrí que, en el certificado de nacimiento de Keir, no consta el nombre del padre. Me preguntaba por qué.

Marisa no respondió.

—Keir nació nueve meses casi exactos después de la noche que pasamos juntos en la cabaña, así que podría ser resultado de un encuentro sexual que no recuerdo.

—No —negó ella con decisión.

—En Mariposa, me dijeron que nos encontraron desnudos…

—Tú estabas desnudo —le corrigió ella, sonrojándose.

—La opinión general es que nos acostamos juntos. Tener sexo después de un accidente fatal no es algo tan raro.

Su tono aterciopelado le puso a Marisa los pelos de punta. Sin embargo, enseguida, reaccionó, poniéndose furiosa.

—Lo que me gustaría saber es cómo todo el mundo sabía eso.

—La gente que nos rescató difundió la noticia, por supuesto —explicó él con sarcasmo—. Por eso, tu ex —marido te creyó.

Bajando la cabeza, Marisa digirió la información.

—Keir es hijo de David.

—Te creo —aseguró él y la tomó de la mano. Frunció el ceño—. ¿Por qué no me has dicho que tenías frío?

Sin previo avisó, él la apretó contra su pecho para calentarla.

—Está bien —le susurró Rafe al oído—. Siento haberte hecho pasar por este interrogatorio, pero necesitaba saber qué había pasado.

Marisa estaba bloqueada. No sabía qué decir. Un fiero deseo le calentaba las venas del cuerpo, haciéndole difícil hablar.

—No tengo frío… solo estoy… conmocionada, creo.

—Te han pasado demasiadas cosas últimamente.

Cuando él la abrazó con más fuerza, Marisa levantó la vista y sus ojos se encontraron. Ella se estremeció.

—Después del accidente, arriesgaste tu vida para darme calor. Me pregunto si yo podría calentarte ahora.

Su beso encendió una pasión que Marisa había estado luchando por sofocar desde que lo había vuelto a ver. Suspirando, se rindió al ciego deseo que rugía en su interior como un volcán en erupción, animado por los labios de Rafe, sus caricias, su cálido aliento…

Sus bocas entrelazadas desataron una pasión que Marisa no había experimentado jamás. Perpleja por su intensidad, comprendió de pronto que el irresistible magnetismo de Rafe había sido lo que le había dado fuerzas para escapar de Mariposa desde el principio.

Ansiando saborearlo todo de él, abrió la boca y se entregó al beso. Él lo aprovechó al instante y la penetró con su lengua. Un voluptuoso deseo la dominó, haciéndole olvidarse de todo lo demás.

Cuando él levantó la cabeza, Marisa estuvo a punto de soltar un grito de protesta.

—Lo siento —dijo Rafe con voz ronca y la soltó. Dio unos pasos atrás, como si necesitara poner distancia entre los dos.

—¿Lo sientes? —repitió ella, temblorosa—. ¿Por qué… por qué has parado?

Capítulo 9

Rafe contuvo una maldición. Lo último que debía hacer era besarla como un idiota enamorado, justo después de que ella había escapado a una relación de abuso emocional.

—No es buen momento. Has pasado un infierno…

Marisa lo contemplaba con labios temblorosos y los ojos muy abiertos, empañados por el deseo.

—Tú eres el primer hombre que me ha tocado desde que me fui de Mariposa —confesó ella, dando un paso hacia él—. Yo te utilicé, mentí sobre ti. Ahora no voy a mentir. Te deseo.

Otras mujeres se habían acercado a Rafe con la misma desconcertante franqueza, pero ninguna le había hecho sentir de esa manera. Sus palabras le incendiaron, tanto que tuvo que apretar los dientes para no perder el control.

—¿Estás segura? —quiso saber él en voz baja y ardiente.

—¿Segura de que te deseo? Sí —repuso ella. La voz le temblaba, pero sus ojos eran honestos.

—¿Por qué? —preguntó él, sin saber qué respuesta esperaba. En sus previas relaciones, nunca había hecho demasiadas preguntas a su pareja.

La pregunta sorprendió a Marisa como un cubo de agua helada en la cara.

Entrando en pánico, se dijo a sí misma que, por mucho que lo deseara, no podía seguir adelante. Rafe no le ofrecía nada permanente… Ella debía tener cuidado. Debía pensar en Keir.

—Ojalá no hubieras preguntado eso —dijo Marisa, sonrojada por la vergüenza—. Pero me alegro de que lo hayas hecho. No solo tengo que pensar en mí. Keir se está encariñando contigo y va a ponerse muy triste cuando nos vayamos —añadió—. ¡Tengo que encontrar un sitio donde vivir!

Rafe la atravesó con su mirada, más fría que el cielo del Polo Norte en invierno.

—En ese caso, me mantendré tan alejado de ti como pueda mientras estás aquí.

Ella apretó los labios, sabiendo que era lo mejor que podía pasar. Lo miró a los ojos.

—Sí. Gracias. Buenas noches.

Entonces, Marisa cerró la puerta y se apoyó sobre ella con el corazón acelerado.

El bienestar de Keir era su prioridad. Aunque, por un momento, se

preguntó si algún día podría pensar en otra cosa, en algo que fuera para ella…

Esa noche, no pudo dormir. Inquieta, no dejó de dar vueltas en la cama. ¿Qué sabía de Rafe? No lo suficiente como para confiar en él. Bueno, sabía que el Tewaka lo respetaban y lo querían. Sin embargo, para haber llegado tan lejos, debía de ser un hombre implacable.

¿Por qué se sentía atraída por hombres dominantes? Se había jurado a sí misma no dejar que le sucediera nunca más.

Aun así, deseaba a Rafe. Y él lo sabía. Los minutos que había respondido con pasión a sus besos la habían delatado por completo.

Carismático, brillante, experimentado… Marisa podía pasarse el resto de la noche pensando en adjetivos para describirlo. Pero todos significaban lo mismo. Su hada madrina lo había dotado de más cualidades que las de la mayoría de los humanos. Él podía tener a cualquier mujer que quisiera.

Probablemente, esa era la razón por la que se había apartado, cuando ella se había estado derritiendo entre sus brazos.

No era muy lógico que Rafe quisiera estar con alguien como ella, tan emocionalmente dañada y, además, tan del montón. A menos que siguiera dudando si Keir era su hijo, claro. Tal vez, esa era la razón por la que los había invitado a quedarse en Manuwai.

Aquella idea le hacía sentirse hundida, pero tenía que aceptarlo.

Para poder comprenderlo un poco mejor, intentó repasar la conversación que había tenido con Rafe, todo lo que él le había dicho…

¿Dónde estaba David en ese momento? Sudorosa, Marisa apartó las sábanas y se incorporó. Un pájaro nocturno bautizado por los maoríes como ruru ululaba desde un árbol cercano.

Al día siguiente, iba a tener muchas cosas que hacer. Necesitaba descansar.

Al fin, logró dormirse.

Keir la despertó por la mañana.

—Mamá, es tarde. Levántate ya. El sol ya ha salido.

Murmurando algo entre dientes, Marisa se incorporó. Suspiró y se estiró.

—Hoy es domingo, pequeño. No hay cole. Ni tengo que ir a trabajar.

El pequeño sonrió.

—Podemos ir a la playa y nadar todo el día. Pero antes podemos desayunar tortitas con azúcar y limón, ¿te parece bien? —preguntó Keir.

Su madre se levantó, riendo, y le revolvió el pelo al pasar a su lado.

—Primero, tengo que ducharme y vestirme.

Al menos, no tenía que preocuparse demasiado por qué ponerse. No era probable que volviera a encontrarse con Rafe. Así que eligió unos pantalones y una camiseta gastada del mismo color que sus ojos.

Poco después, se fue con Keir a la cocina. Rafe se volvió al escucharlos entrar. Estaba poniendo la cafetera.

—Buenos días —saludó él, posando los ojos en Marisa, que lo observaba con aprensión, y en Keir, que parecía feliz.

—No sabía que estabas aquí —dijo el niño, corriendo hacia él con una sonrisa—. ¿Has llegado en helicóptero anoche? ¿Lo pilotas tú?

—No y no —repuso Rafe—. El helicóptero está en el taller, así que vine en coche. Tú estabas dormido cuando llegué. ¿Cómo has estado? ¿Ya tenéis arreglado vuestro coche?

—Sí, pero me gustaba más el coche de tu abuela. Aunque mamá dice que tenemos que ir en el nuestro.

Marisa los escuchaba mientras preparaba tortitas, deseando haber hecho el amor con Rafe en aquella cabaña en la selva. Entonces, tal vez, Keir sería hijo suyo…

No debía pensar esas cosas, se reprendió a sí misma, al tiempo que la invadía de nuevo el deseo. Aunque, si Keir fuera hijo de Rafe, tendría su futuro asegurado.

Lo malo era que ella no podía evitar una atracción irresistible cada vez que lo veía. Cada vez que Rafe estaba cerca, se le nublaba la razón y la tentación se cernía sobre ella.

—¿Tortitas? —preguntó Rafe—. Son mi desayuno favorito.

—Mamá te puede hacer a ti también —invitó Keir.

Marisa levantó la vista y, al ver el brillo en los ojos de Rafe, sonrió, llenándose de excitación sin remedio.

—He hecho bastante masa para todos.

Rafe arqueó una ceja, sin decir nada.

Las ojeras de Marisa delataban su noche de insomnio.

Con el pulso acelerado, él pensó en otras formas en que podía haberle hecho perder el sueño… formas mucho más satisfactorias para ambos. Los besos que habían compartido lo habían dejado frustrado y hambriento. Tampoco él había podido dormir.

Era un hombre sofisticado y le gustaba disfrutar de los placeres carnales. Le gustaba la carne poco hecha, el buen vino, una ducha refrescante después de hacer ejercicio y la suavidad y la pasión de las mujeres. Esperaba casarse algún día. El matrimonio desastroso de sus padres lo había convencido de que, para que una relación durara, era necesario que hubiera una base afectiva sólida y confiable. Lo que nunca había sentido antes era ese deseo que lo incendiaba y no le dejaba pensar en otra cosa.

Si la situación hubiera sido distinta, Marisa habría pasado la noche en su cama, entre sus brazos, se dijo, notando que el cuerpo se le

endurecía. Sin embargo, su revelación acerca de su matrimonio lo complicaba todo. Si pudiera, le daría a David Brown su merecido por haberla hecho sufrir tanto.

Por eso, cualquier paso que dieran debería ser por iniciativa de Marisa. Y ella le había dejado muy claro que, por el bienestar de su pequeño Keir era lo más importante.

Comieron en la terraza, mientras el sol los bañaba como una bendición y las ramas de los árboles se mecían con la suave brisa del mar.

Después del desayuno, Rafe se dirigió a su estudio. Mariposa tenía quince horas de adelanto respecto a Nueva Zelanda. Si tenía suerte, encontraría la respuesta a su pregunta de forma instantánea.

Como había esperado, su representante en Mariposa le envió un correo electrónico diez minutos después. Rafe lo leyó frunciendo el ceño.

> *Igual recuerdas que prendió fuego a la nave donde se guardaba la maquinaria. Cuando lo interrogaron, dijo que era una especie de venganza, pero que no pretendía herir a nadie.*

Rafe le respondió dándole las gracias, sin más explicaciones respecto a su pesquisa. Una desagradable intuición se apoderó de él. Tras un momento, descolgó el teléfono para hacer una llamada.

Con gesto sombrío, escuchó lo que su investigador privado tenía que decirle.

Tras una breve conversación, colgó y se levantó, inquieto. Mirando por la ventana, no pudo evitar la sensación de que algo iba mal. Su instinto ya le había salvado de situaciones peligrosas en el pasado y había aprendido a escucharlo.

Encontró a Marisa y a Keir en el jardín.

—Tenemos que hablar —le dijo él a Marisa, mientras el pequeño contemplaba absorto una mariposa monarca posada en una flor—. Le he pedido a Ngaire Sinclair que venga con su hijo Manu alrededor de las diez. Dice que está encantada de llevarlos a los dos a la playa.

Marisa abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo. Si tenían que hablar, era mejor que Keir no pudiera oírlos. Sin embargo, el estómago se le encogió al pensar que se quedaría de nuevo a solas con él. Había esperado poder disfrutar de un día tranquilo para recuperar fuerzas.

—De acuerdo.

Desde la terraza, Marisa vio cómo los niños correteaban alrededor de Ngaire como dos perritos en su camino hacia la playa. Luego, se

volvió hacia Rafe, tratando de relajar los músculos contraídos.

Al ver que él la estaba observando con gesto especulativo, se sonrojó.

—Ha pasado algo. ¿Qué es?

—Tu exmarido está en Nueva Zelanda.

Ella se encogió como si le hubieran dado un puñetazo. Al verla, Rafe se esforzó en controlar su rabia hacia el hombre que tanto la asustaba.

—¿Cómo…? —balbuceó ella y se aclaró la garganta—. ¿Cómo lo sabes?

—Entra —invitó él, frunciendo el ceño—. Estás tiritando.

En silencio, Marisa lo acompañó dentro de la casa. Se había puesto pálida como la nieve.

—Pensé que lo sabías —indicó él y apretó los labios—. Te divorciaste de él dos años después de que se fuera de Mariposa.

—Los abogados se encargaron de eso —replicó ella—. Él tenía un abogado en Invercargill. Yo no tenía idea de que estuviera en Nueva Zelanda.

—Se fue a Australia primero —informó él, observándola con atención.

—¿Y cuándo llegó a Nueva Zelanda?

—Cuando tú te mudaste al norte de Tewaka.

Nerviosa y asustada, ella lanzó una rápida mirada hacia la playa, como si temiera que su exmarido pudiera estar allí, amenazando a su hijo.

—¿Cómo sabes todo eso? —inquirió ella en voz baja, tratando de mantener a raya sus miedos.

—Siéntate.

Ella obedeció sin rechistar.

—Enseguida vuelvo —indicó él y salió un momento de la habitación.

Cuando regresó, Marisa tenía los labios apretados y una mirada inconfundible de desesperación. Ninguna mujer debía tener nunca ese aspecto de derrota y vacío, se dijo él, furioso con el hombre que se lo había provocado.

Cuando Rafe le tendió un vaso, ella lo tomó automáticamente y bebió.

—¡Aj! ¿Qué es esto?

—Coñac. Bebe un poco. Has tenido un shock y te ayudará.

—No me ayudará a mantener la mente despejada —negó ella con determinación, dejando el caso—. No me has respondido. ¿Cómo sabes todo eso?

—Tengo un equipo de investigadores privados a mi servicio para que comprueben todo lo que necesito saber —explicó él, admirado por

cómo Marisa se esforzaba en tener la situación bajo control.

Al mismo tiempo, el cuerpo de él seguía respondiendo a su presencia con un deseo insaciable. Aunque su objetivo prioritario era protegerlos a ella y a su hijo.

—Sí, claro —replicó ella con una débil sonrisa—. ¿Son tan buenos tus detectives que te han dicho dónde está David ahora?

—No tan buenos —reconoció él con tono seco—. En Australia, trabajó en una finca de ganado. Voló a Nueva Zelanda hace un mes, a Christchurch. Desde entonces, no hemos sabido nada.

Probablemente, eso implicaba que David viajaba con nombre falso.

—Puedo intentar hablar con su abogado —propuso ella tras un instante.

—Aunque siguieran en contacto, no creo que su abogado te diga su paradero, a menos que le des una razón muy buena. Como el hecho de que Keir es hijo de tu exmarido… —sugirió él.

—Eso no va a pasar.

—En ese caso, no cuentes con su abogado.

Sus miradas se encontraron unos segundos y ella asintió.

—Tienes razón. Sería una tontería hablar con su abogado. Tengo que pensar en otra cosa.

—¡Diablos! —exclamó él—. No solo estás asustada, estás aterrorizada.

Marisa apartó la vista, pero él la sostuvo de la barbilla para hacer que lo mirara. Incapaz de responder, ella tragó saliva, nerviosa.

—Sí —adivinó él, soltándola—. ¿Por qué? Ya no tiene poder sobre ti.

Ella intentó en vano rehacer sus pensamientos incoherentes para darle una respuesta.

—Si alguna vez descubre que Keir es hijo suyo, intentará luchar para quitármelo —dijo Marisa al fin con ojos sombríos—. Rafe, esto no tiene nada que ver contigo.

—Quiero saber por qué temes tanto a ese hombre —insistió él—. ¿Me lo has contado todo? Eres una mujer fuerte, pero estás aterrorizada. Incluso si descubre que Keir es hijo suyo y adquiere derecho a verlo, no podrá sacarte de la ecuación.

—Supongo que le tengo tanto miedo a él como a mí misma —admitió ella, tomando aliento—. Cuando me casé con él, era una chica normal de diecinueve años. Dos años después, me había convertido en un despojo. En parte, fue por la soledad. Pero había otras cosas, detalles pequeños… —añadió, hasta que le falló la voz.

—Continúa.

—Uno de los hombres me regaló una cotorra dorada y azul que encontró junto al arroyo porque se había caído del nido. Yo la crié pero, en cuanto empezó a repetir las palabras que la enseñaba, murió.

Él no me dejó ver su cuerpo. Me dijo que había muerto y la había enterrado. Yo no pensé mucho en ello. Luego, tuve un gatito. Estaba perfectamente, hasta que de un día para otro murió también.

Rafe permaneció en silencio, apretando los labios.

—Me prometió que me regalaría un perrito para reemplazarlo, pero nunca lo hizo… —recordó ella ante la atenta mirada de su interlocutor—. Luego, estaba lo de la pintura. Para mí era lo único que me mantenía a salvo de la locura. Cuando me quedé sin pinturas, me dijo que había encargado más, aunque nunca llegaron. No puedo explicar lo vacía que me sentía sin nada más que hacer aparte del trabajo de casa, sin nadie más que hablar excepto él. No había libros y él no quería que plantáramos un jardín.

—Sigue —pidió Rafe.

—Yo quería aprender el idioma de la región. Él me dijo que era buena idea, pero estaba muy cansado para enseñarme y no quería que me enseñara nadie más. También solía leer las cartas que les escribía a mis padres, para asegurarse de que no les hablaba mal de él —confesó ella con desesperación—. Suena una tontería, pero…

—Suena como una dictadura —opinó él con desaprobación—. ¿Y tus suegros? ¿Estabas en contacto con ellos?

—Oh, no. David nunca conoció a sus padres biológicos. Fue dado en adopción de niño. Pero le pasó algo cuando tenía siete años, no sé qué fue, y a partir de entonces de pasó el resto de la infancia de orfanato en orfanato. Nunca se quedaba el tiempo suficiente en ninguna para que lo adoptaran.

—¿Por qué?

—No lo sé —repuso ella, encogiéndose de hombros—. No le gustaba hablar de eso. Me contó que había aprendido a ser duro y que, cuando alguien le hacía daño, no descansaba hasta vengarse. Y, si todavía piensa igual, ¿qué mejor manera de castigarme que llevarse a Keir? —continuó—. Keir cada vez se parece más a él. Si David me obliga a hacerle la prueba de paternidad, descubrirá la verdad. Lo que temo es que haga daño a mi hijo, un niño tan pacífico y alegre… —dijo con lágrimas en los ojos—. Haré lo que sea para impedirlo.

—Ahora entiendo por qué no quieres que entre en la vida de Keir pero, si él lo pide, conseguirá el derecho a verlo —señaló Rafe—. Tus mentiras te pondrán en una situación desfavorable.

—Lo sé —admitió ella—. ¿Crees que no me preocupa lo que he hecho? Esa mentira me ha pesado desde que la conté —añadió y lo miró a los ojos con la cabeza alta—. Pero lo haría de nuevo. Solo quiero que Keir tenga una infancia tranquila, que crezca feliz, lejos de los problemas de los adultos. Tú lo conoces. ¿Acaso da muestras de alguna carencia?

—Obviamente, no —respondió él y la miró un momento con gesto

pensativo antes de seguir—. Pero eso puede cambiar. Los niños necesitan una figura masculina estable en su vida. Si David pidiera la custodia, estarías en posición aventajada si tuvieras una pareja, un hombre a quien Keir quisiera y respetara —señaló—. La mejor manera de conseguirlo es que nos prometamos.

Marisa se quedó mirándolo, anonadada.

—No, no es necesario —dijo ella al fin.

—Tiene sentido. Además, reforzará la idea de que el niño es mío.

—Sí, pero no tienes por qué implicarte en esto…

—Me implicaste cuando inventaste esa mentira —replicó él al instante.

Marisa, incapaz de discutírselo, se sonrojó.

—No puedes admitir tu mentira sin comprometer el bienestar de Keir, así que podrías volver a recurrir a ella.

Marisa meneó la cabeza. Estaba agotada. Rafe le tocó el hombro un momento.

—Estás exhausta, como es lógico. Bebe un poco de coñac —aconsejó él con tono de determinación, como si estuviera trazando algún plan.

Con los nervios a flor de piel por la tensión, el miedo y algo que no quería nombrar, Marisa sacó fuerzas para negarse.

—No necesito coñac, gracias. Y no creo que estar prometida contigo fuera a mi favor en un juicio por la custodia.

—Te sorprendería descubrir que sí, entonces —aseguró él con una sonrisa—. Marisa, no te preocupes. No sabemos si David tiene interés en contactar con Keir. Hablaremos de esto después, cuando hayas tenido tiempo de pensar las cosas.

No, si Marisa podía impedirlo. Lo único que quería hacer era esconderse en un agujero, cerrar la puerta y esperar a que todo terminara.

El sonido de voces infantiles llamó su atención. No era la hora de comer todavía. Al mirar por la ventana, Marisa vio que Ngaire llevaba en brazos a Manu.

—Algo le ha pasado a Manu.

—Igual se ha cortado con algo. Iré a buscar el botiquín.

—Rafe, cuando me dijiste que David estaba en Nueva Zelanda, entré en pánico —reconoció ella en voz baja, antes de que él saliera de la habitación—. Todo este tiempo, pensé que seguía en Mariposa. Esa es la razón por la que no podía contarte quién era yo.

—Entiendo que el bienestar de tu hijo es lo más importante para ti.

Rafe parecía tenerlo todo bajo control. Como si proponerle que se prometieran para proteger a un niño fuera lo más normal del mundo.

Capítulo 10

Los niños estaban muy tristes porque habían tenido que irse de la playa antes de lo previsto.

—¿Por qué no dejáis que Keir venga con nosotros? —propuso Ngaire—. Manu no podrá andar mucho el resto del día, hasta que se le cure el corte del pie, así que podrían ver una película juntos. Os puedo traer a Keir sobre las cuatro.

Marisa rio cuando su pequeño dio un salto de alegría.

—Ahí está la respuesta. Muchas gracias. Le encantará.

Así que volvió a quedarse a solas en la casa con Rafe. Pero él se retiró a su oficina durante el resto de la mañana. Ella se dijo que era un alivio aunque, en realidad, se sentía decepcionada.

Más tarde, Rafe la encontró llevando un montón de ropa recién lavaba al cuarto de la plancha.

—Nadine puede hacer eso.

—Son nuestras sábanas —repuso ella—. Y nuestra ropa —añadió, colocando una de las camisetas de Keir sobre un sujetador de encaje.

Rafe sonrió.

—¿Has decidido algo? ¿Estamos prometidos o no?

A ella se le encogió el estómago ante su tono burlón.

—No seas tonto —dijo ella y se arrepintió al instante de una réplica tan poco sofisticada—. Sabes que no es necesario.

—Estoy empezando a pensar que sí lo es. Y mucho —indicó él, sin dejar de mirarla.

Marisa abrió mucho los ojos, invadida por un torrente de pensamientos.

—Has descubierto dónde está.

—No —negó él, pensativo, como si estuviera sopesando cómo continuar—. He hablado con el jefe de la brigada de bomberos.

—No hace falta que me lo digas. ¿Fuiste al colegio con él? —bromeó ella, tratando de disipar la tensión. Intuía que estaba a punto de escuchar algo que no le iba a gustar.

—Resulta que sí, así es —dijo él con una sonrisa—. Me contó que el primer incendio, el de la cabaña, fue causado probablemente por una colilla lanzada desde un coche. Pero lo del garaje pudo ser intencionado.

Marisa parpadeó y todos sus músculos se tensaron.

—¿Niños? —preguntó ella—. ¿Adolescentes aburridos?

—Tal vez —comentó él—. Tu exmarido fue despedido del trabajo que tenía en Mariposa porque quemó la nave de la maquinaria poco

después de que le dijiste que yo era el padre de Keir. No pretendía herir a nadie, pero uno de los empleados casi muere en el incendio.

Pálida, Marisa empezó a temblar.

—¿Quién?

—No lo sé —contestó Rafe, sorprendido por su pregunta—. Se salvó solo por los pelos —añadió y, antes de que ella pudiera decir nada, prosiguió—: Uno de los Tanner vio un coche parado junto al garaje la noche en que se prendió fuego. Pensó que debía de ser alguien del equipo de bomberos. Sin embargo, no habían sido ellos.

—Y tú crees… —dijo Marisa y se interrumpió, incapaz de continuar.

—Me contaste que Brown te llamó por teléfono un mes después de que vinieras a Nueva Zelanda con tus padres.

—Sí.

—¿Fue entonces cuando le contaste que te habías acostado conmigo y que el niño era mío?

—Sí —admitió ella, aturdida.

—David incendió la nave cinco semanas después de que te marcharas de Mariposa.

—Oh, cielos —susurró ella, mordiéndose el labio—. Lo siento mucho, Rafe.

—No es culpa tuya —aseguró él y se encogió de hombros—. Supongo que intentó vengarse de mí de la única forma que pudo, destruyendo mi propiedad. Si fue él quien prendió fuego al garaje, podría ser para castigarte destruyendo algo que te pertenecía.

—Pero no lo sabemos seguro. No puedo creer…

—Sí puedes —la interrumpió él, negándose a ofrecerle consuelo en ese momento—. ¿Por qué, si no, ibas a tener tanto miedo de que descubriera que Keir es hijo suyo? Intuías que es capaz de esa clase de violencia.

—Sí. Sí —reconoció ella—. Pero no puedo creer que pretendiera matar a nadie.

—El peligro de un incendio es que se sale de control. O, a veces, los pirómanos creen que no va a haber nadie en el lugar, como pasó en Mariposa.

Rafe hizo una pausa, esperando que su interlocutora hablara. Pero Marisa permaneció en silencio, pensativa. Cuando una gaviota graznó en la lejanía, sintió un escalofrío, como si una amenaza se cerniera sobre ella.

—Por supuesto, son solo suposiciones —señaló él—. No tenemos ninguna prueba, aparte de que fue David quien confesó por sí mismo que había prendido fuego a la nave en Mariposa. Pero tu intuición es buena. Acertaste cuando adivinaste que no sería un buen padre.

Ella asintió.

—Lo que intento pensar es qué puedo hacer ahora.

—Vamos a prometernos —afirmó él con determinación—. Así, si es necesario, os podré proteger a Keir y a ti.

—Es muy noble por tu parte —replicó ella. Era una oferta tan tentadora que tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para negarse—. Pero nadie se compromete por unas razones tan tontas.

La sonrisa de Rafe la derritió.

—Igual yo soy un tonto —dijo él, le tomó las ropas de la mano y las lanzó a la cesta. Luego, la estrechó entre sus brazos—. Si fue tu exmarido quien causó el incendio del garaje, creo que nuestro compromiso será una buena forma de protección para ti y tu hijo.

Era mucho mejor que eso, se dijo Marisa, incapaz de resistirse a la dulce llama del deseo.

Sin saberlo, llevaba cinco años echando de menos la seguridad y la protección que sentía entre los brazos de Rafe. Inhaló su aroma masculino y sensual, escuchó el latido de su corazón y se rindió.

Aunque lo que ella quería era mucho más que protección y seguridad…

Rafe había despertado un poderoso apetito erótico y, también, emocional dentro de ella.

En ese instante, entre sus brazos, pudo imaginar cómo sería el paraíso. Su mente apenas podía pensar. Y, justo cuando intentaba convencerse de que no podía dejar que aquello siguiera adelante, él tomó su rostro entre las manos, la bañó con sus ojos sensuales y la besó.

La noche anterior, sus besos habían sido suaves y comedidos, casi como un experimento. Él había explorado su boca con la sensualidad y la pericia de un maestro, pero ella se había mostrado cauta, no preparada para rendirse del todo a la tentación.

En esa ocasión, fue diferente. En cuanto sintió el contacto de sus labios, Marisa se entregó sin reservas a saborearlo, como si le fuera en ello la vida.

Sus cuerpos se apretaron entre sí, como si nada pudiera separarlos nunca. Dejándose llevar, Marisa le clavó las uñas en la espalda.

Cuando, por él, Rafe separó su boca, a ella le temblaban las rodillas, tanto que tuvo que agarrarse a él.

—Marisa.

Ella lo miró a los ojos, que la penetraban con su mirada.

—¿Qué te pasa?

—Lo que tú me haces —respondió él en un murmullo.

Marisa se estremeció de placer cuando la besó en el cuello y en el lóbulo de la oreja. Luego, le posó una mano en un pecho, consumiéndola con la pasión de sus labios.

Sería fácil dejar de pensar, rendirse a lo que su cuerpo le suplicaba,

hacer el amor con Rafe… Pero debía pensar en Keir, se dijo ella con desesperación.

Cuando intentó apartarse, Rafe la sujetó entre sus brazos. Pero, al instante, la soltó y ella dio un paso atrás.

—¿Qué sucede? —quiso saber él.

—No. No podemos hacer esto. Es… es —balbuceó ella, tratando de encontrar las palabras—. Es peligroso.

—No lo creo.

La voz de Rafe sonaba dura y arrogante. Sin embargo, en vez de congelar el deseo que ella sentía, la intensidad del deseo que brillaba en sus ojos la hizo estremecer.

—¿Qué es peligroso? ¿Hacer el amor o que nos prometamos? —quiso saber él.

—Las dos cosas —repuso ella, cerrando los ojos para que verlo no minara su decisión—. Pero, sobre todo, el que nos prometamos. Demasiadas cosas pueden salir mal.

—Dime una.

—Keir —repuso ella, encogiéndose—. Ya está muy encariñado contigo. Cuando nos vayamos, sé que se pondrá triste, pero sabe que solo estamos de vacaciones aquí, que no vamos a quedarnos. Yo se lo he dicho muchas veces. Si cree que hay una posibilidad de que nos quedemos a vivir aquí contigo, se le romperá el corazón —explicó con el estómago encogido—. Hasta que lo vi contigo, no me había dado cuenta de lo mucho que necesita a un padre. No quiero que te tome como su figura masculina de referencia para, luego, separarnos. No quiero que pase por eso otra vez.

—¿Otra vez?

Ella asintió.

—Lo pasó muy mal cuando murió mi madre, pero todavía sufrió más cuando murió mi padre, al que adoraba.

En vez de abrazarla, Rafe dio un paso atrás con gesto frío.

—Y tú podrías conocer a alguien. Enamorarte —sugirió ella.

—Mantengo mis promesas —dijo ella.

Entonces, de pronto, Marisa lo imaginó con otra mujer y apretó los dientes para no llorar.

Si Rafe amaba a otra mujer alguna vez, a ella le dolería.

Aunque sería mucho peor estar prometida con él y saber que era solo su impecable integridad lo que lo mantenía a su lado.

¿Acaso era eso amor?

No, se dijo Marisa. Ella no sabía lo que era el amor. Lo que había sentido por David había sido falso, basado solo en su necesidad de seguridad. Aquello podía ser lo mismo.

—¿Crees que alguna mujer podría ser feliz sabiendo que lo único que mantiene a un hombre a su lado es la promesa que le hizo?

Rafe arqueó las cejas.

—Lo que dices no tiene sentido. Espero que sea la pasión lo que te ciega y te hace hablar así. Relájate. Eso no va a pasar. Si te hace sentir mejor, no estoy seguro de que sea capaz de ofrecer esa clase de amor eterno del que hablan los poetas románticos. Pero te aseguro que no hago daño a nadie a propósito… y creo que lo que compartimos puede asegurarnos una relación satisfactoria.

Entonces, él le recorrió la barbilla con la punta del dedo, hasta el cuello y el borde del escote.

Temblando, aturdida por la respuesta de su propio cuerpo ante la sensual caricia, ella se esforzó en poner en orden sus argumentos.

—Ra… Rafe, hablo en serio. No podemos jugar con nuestras vidas como si Keir no existiera. Y ni siquiera sabemos si, al prometernos, David me dejaría en paz.

Él le levantó la barbilla, sujetándola con la punta del dedo.

—No suelo jugar con la vida de nadie. Y, si nuestro compromiso no mantiene a raya a tu exmarido, entonces la boda lo hará.

Marisa abrió mucho los ojos y se quedó mirándolo como si la hubiera apuntado con una pistola. Dio un paso atrás.

—¿Estás loco?

—Sospecho que sí —admitió él con una sonrisa en los ojos. Enseguida, sin embargo, se puso serio—. Tienes dos opciones. Puedes salir corriendo y esperar que Brown nunca os encuentre a ti y a Keir o puedes quedarte y plantarle cara de una vez por todas. Esconderte en Nueva Zelanda es prácticamente imposible. Es demasiado pequeño y poco poblado. Incluso en sitios llenos de gente, no es fácil esconderse. Si tienes que encontrártelo, es mejor que estés protegida. Yo puedo ofrecerte eso.

—¿Por qué? —preguntó ella, perpleja—. No creo que quieras casarte conmigo. Ni siquiera me conoces…

—Sé que me salvaste la vida. Puedo imaginarme lo difícil que fue para ti sacarme de ese avión y llevarme hasta la cabaña —afirmó él e hizo una larga pausa en la que ella no se atrevió a decir nada—. Sé que sacrificarías la vida por tu hijo.

—Cualquier madre haría lo mismo.

—No. Mi madre le sacó a mi padre diez millones y desapareció sin mirar atrás —informó él con énfasis—. Yo tenía seis años. Me quedé en la puerta, viéndola marchar, sabiendo que nunca volvería.

En silencio, Marisa asintió.

—También sé que te deseo y que lo que sentimos crece cada vez que nos vemos —continuó él.

—Sí, ¿pero basta eso? —preguntó ella, acalorada al darse cuenta de que había admitido sin querer que su atracción era mutua.

¿Y qué importaba?

Rafe era un hombre experimentado. De acuerdo con las revistas del corazón, había disfrutado de los favores de las mujeres más sofisticadas. Seguro que, con el primer beso, había adivinado que a ella le consumía el mismo deseo.

—Para mí, sí. Mi padre se enamoró de mi madre y se casó sin pensárselo. Su matrimonio fue un desastre. A su segunda mujer, la eligió con más cuidado Construyeron una relación duradera y feliz.

Marisa intentó ignorar la voz en su interior que le empujaba a creer que podían tener un futuro juntos. ¿Por qué no?

—Ya cometí un error lo bastante grande al casarme con David. Ahora tengo que pensar en Keir. Si nuestra relación se hace pedazos algún día, será él quien sufra más.

—Estoy de acuerdo. No te propongo que nos casemos de inmediato. Si nos prometemos, tendremos tiempo de conocernos mejor. También podrás averiguar si eres feliz o no aquí —señaló él, asintiendo—. Y si conmigo cometerías el mismo error que cometiste al casarte con Brown.

—No lo creo —admitió ella en voz baja. Rafe era más peligroso para ella que David, de una manera por completo diferente—. ¿Pero qué sacas tú de todo esto?

Durante un instante, Rafe se quedó perplejo por la pregunta. Enseguida, se recompuso y sonrió.

—Entre otras cosas, el placer de descubrir que, por mucho que sepa sobre ti, no dejas de sorprenderme.

—No es mi intención.

—Lo sé. Por eso me gusta. Además… —continuó él e hizo una pausa para tomarla entre sus brazos lentamente—. Adivino que podría disfrutar mucho de estar casado contigo.

A Marisa se le aceleró el corazón de golpe.

No pudo decir nada. Ni fue capaz de apartarse.

—Y pretendo que tú también lo disfrutes —prometió él con una sensual mirada.

Entonces, la besó.

—N-no creo que sea… buena idea —murmuró ella, temblando de deseo entre sus brazos.

—¿Por qué? —preguntó él con una sonrisa.

—Porque… —balbuceó ella, incapaz de pensar en nada.

Rafe rio, mientras su cuerpo se endurecía de pasión. Cerró los ojos y la inundó con una nueva oleada de besos.

Ella gimió de placer pero, aun así, hizo un esfuerzo más por apartarse. Durante un instante, él se resistió a soltarla.

—No eres el tipo de hombre que se casa para ayudar a alguien —dijo ella de golpe, dando un paso atrás—. Y no me digas que es porque te salvé la vida. Podrías darme un millón de dólares sin pestañear

como recompensa. De esa manera, podrías demostrarte tu gratitud sin necesidad de atarte a mí. ¿Cuál es tu verdadera motivación?

—¿Es eso lo que quieres? ¿Un millón de dólares?

—Si me dieras ese dinero, se lo donaría a algún refugio para víctimas de la violencia de género —repuso ella sin pestañear.

—Sospecho que sí lo harías —comentó él, riendo.

—Cuenta con ello —aseguró ella con una media sonrisa—. Aunque no te garantizo que no me costara desprenderme del dinero. Pero he aprendido a vivir sin depender de nadie y pienso seguir así. No quiero tu dinero.

—Bien, porque no pensaba dártelo. No voy a cometer el mismo error que mi padre cometió con mi madre —comentó él con tono amargo—. En cuanto a lo que yo gano con todo esto…

Cuando Rafe la rodeó de nuevo con sus brazos, Marisa se acurrucó en su deliciosa calidez. Él no intentó besarla, solo la envolvió con ternura.

—Creo que tú sabes lo que gano yo —señaló él en voz baja—. Lo mismo que sientes tú.

—Deseo —dijo ella, algo decepcionada. ¿Pero qué había esperado? ¿Una declaración de amor?

Rafe nunca se la daría, comprendió Marisa. ¿Podía arriesgarse a rendirse a la pasión, sin saber adónde los llevaría? ¿Podía arriesgar la felicidad de Keir? Eran unas preguntas estúpidas. El sentido común le gritaba que rechazara su proposición y se alejara de él, antes de que le hiciera daño.

Aun así, titubeó, tentada de aceptar.

¿Era demasiado egoísta querer algo para sí misma?

Porque ella quería estar con Rafe, quería entregarle su cuerpo, quería sentir su calor. Y lo ansiaba con una intensidad que no había sentido jamás.

Al menos, Rafe había sido honesto. Le había explicado con claridad qué clase de matrimonio sería. Sería una alianza de conveniencia, adecuada para darle seguridad a Keir.

—¿Qué estás pensando? —preguntó él.

—Que necesito algo…

—¿Qué?

—Quiero poner una condición —afirmó ella, levantando la barbilla —. En realidad, son dos.

Capítulo 11

Rafe la soltó. Algo en su expresión le dio escalofríos a Marisa, que continuó de todos modos.

—Si te niegas, lo comprenderé. Quiero que me prometas, por escrito, que si te enamoras de otra persona, nuestro compromiso se romperá. Y quiero que me prometas que, cuando nos separemos, seguirás en contacto con Keir. Al verlo contigo, he comprendido que necesita a un hombre en su vida. Alguien en quien confiar. Sé que es pedirte mucho…

Como Rafe no contestaba, ella negó con la cabeza.

—Olvídalo. No merece la pena. No debemos dejar que esto… esto…

—Cuando me pides que te haga la promesa por escrito, me haces dudar si ignoras qué clase de hombre soy —señaló él y, antes de que ella pudiera decir nada, la besó con pasión, derritiéndola sin remedio —. Deseo, pasión, atracción física… ¿qué importa el nombre que le demos? —dijo, cuando sus bocas se separaron—. Está ahí y los dos lo sentimos.

—Sí —reconoció ella con un suspiro.

Era su rendición y Rafe lo sabía.

—Acepto tus condiciones. Así que anunciaremos nuestro compromiso.

Aturdida por los latidos de su propio corazón, ella se limitó a asentir. Una extraña combinación de emociones la atravesó, mientras esperaba con ansiedad que volviera a tomarla entre sus brazos.

Sin embargo, Rafe no hizo ningún movimiento hacia ella y el calor de sus besos dejó lugar a un frío estremecedor. Él no le pedía ni le ofrecía amor. Era honesto y ella lo admiraba por eso. Quizá, al menos, su relación podía estar basada en la mutua confianza. Podían, incluso, crear un vínculo sólido y duradero.

Y Keir estaría a salvo.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

—No quiero que me des las gracias nunca más. Si lo haces, tendré que agradecerte que me salvaras la vida. Sería muy aburrido estar todo el rato así.

Sintiéndose un poco vacía y extraña, Marisa se forzó a sonreír.

—No es verdad que yo te salvara la vida. Tú estabas decidido a salir de ese avión a toda costa.

En unos pocos días, el mundo de Marisa se había puesto cabeza abajo. Lo más irónico era que, tal vez, David no estuviera cerca de Tewaka y que no hubiera razón para esa farsa.

Se pasó el resto de la tarde haciendo una lista de cosas que tenía que hacer y comprar, sobre todo, ropa para su hijo y para ella. El montón que había conseguido rescatar del garaje antes de que ardiera no era suficiente.

También recibió una llamada del agente de seguros. Fue un alivio hablar con él de detalles prácticos, aunque la pérdida de todos sus recuerdos seguía siendo demasiado dolorosa.

Después, planchó la ropa, volcándose en las rutinas domésticas para relajarse. Nadine tenía el día libre, pero había dejado comida preparada con antelación. Tras darle de cenar, acostó a Keir. Entonces, con el corazón acelerado, rebuscó en su armario y eligió una blusa de color rojo que resaltaba la palidez de su piel, con unos pantalones ajustados.

Durante unos minutos, titubeó delante del espejo, nerviosa. Al final, salió de la habitación y se dirigió al salón. Rafe estaba delante de la ventana, mirando al jardín. Cuando se volvió y le sonrió, a ella se le incendiaron las venas de nuevo.

—¿Todo bien?

—Sí, Keir está dormido —contestó ella y, para disimular sus nervios, se miró el reloj—. La cena estará lista dentro de media hora.

—He elegido champán para esta noche. ¿Te gusta? —preguntó él.

—Claro —afirmó ella. Mientras contemplaba cómo su anfitrión descorchaba la botella, se preguntó cuántas veces lo habría hecho antes y con cuántas mujeres.

Su propio pensamiento la alarmó. Nunca había sido celosa y no quería empezar en ese momento.

Y el champán estaba delicioso.

—Proviene de unos viñedos que tengo en el sur —comentó él—. Ahora, un brindis.

Ella sonrió, sin saber qué esperar.

—Por nosotros… tú, Keir y yo.

Conmovida por la sencillez de sus palabras, Marisa las repitió.

Cenaron en la terraza, mientras la noche caía silenciosa y el cielo se llenaba de estrellas. Rafe le contó más cosas sobre la fascinante historia de Manuwai.

Marisa se preguntó si él sabría que, con cada minuto que pasaba, una burbujeante sensación de excitación iba creciendo dentro de ella.

—Necesitas un anillo. Tenemos joyas de la familia. Pero también llamaré a un joyero para que venga a presentarte una selección de novedades. Dudo si es necesario anunciar nuestro compromiso en la prensa…

—¡Oh, no! —exclamó ella, poniéndose pálida—. No lo había pensado.

—Lo más probable es que acabe saliendo en la prensa, así que da lo mismo. Es normal que las revistas del corazón hablen de ello, pero veré lo que puedo hacer para que no sea demasiado.

Un poco aliviada, ella asintió. David no solía leer las revistas del corazón.

—No necesito un anillo.

Rafe frunció el ceño.

—Sí lo necesitas.

Tras un segundo de titubeo, Marisa decidió que no merecía la pena discutir porque, quisiera o no, terminaría con un anillo.

—¿Por qué?

—Un anillo de compromiso significa que vamos en serio, que no es no solo una aventura. Para satisfacer a todos, incluido a tu exmarido, tenemos que seguir todos los pasos. Y tenemos que dar una fiesta también. Mis amigos querrán conocerte.

—¿Crees que es imprescindible? —preguntó ella, tensa.

—Sí —afirmó él y la contempló pensativo un instante—. Espero que te caigan bien. ¿Conoces a Hani y a Kelt Crysander Gillen?

—He oído hablar de ellos —repuso ella, un poco desconcertada por el cambio de rumbo de la conversación—. Son de la realeza o algo así, ¿no? De una isla mediterránea, creo.

—No, ella es de una isla del Índico —puntualizó él con una sonrisa —. Kelt proviene de la realeza en un país de los Balcanes, pero no usa su título. Viven en la costa, en la finca que Kelt tiene en Nueva Zelanda. Los conozco desde niño. Son una pareja muy agradable. Gente normal.

—Excepto que son de la realeza.

—No te preocupes, no esperan que les hagas reverencias —bromeó él y, ante su tensa sonrisa, añadió—: No tenías tantos reparos cuando te presenté a mi amigo Patrick, el mecánico que te arregló el coche. Elijo a mis amigos por sus propias cualidades, no por los títulos que tengan. Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero nunca snob.

—Sabes que no lo eres —se apresuró a responder ella, sintiéndose avergonzada. En el fondo, lo que temía era implicarse en la vida de Rafe. Conocer a sus amigos hacía que su acuerdo pareciera demasiado real.

—Los llamaré para ver si pueden venir un día a cenar —señaló él, dedicándole una cálida mirada.

—Muy bien. ¿Quieres que haga el papel de anfitriona?

—Claro —afirmó él y se quedó contemplándola. El cuerpo se le endureció al posar los ojos en sus carnosos labios.

Pronto, la llevaría a la cama y la haría suya de la forma más básica

y sencilla de todas.

Tal vez, ella había aceptado su propuesta para proteger a Keir, pero tampoco había intentado negar la atracción que sentía por él.

Por su parte, Rafe no se creía capaz de ofrecer la clase de amor romántico que los poetas elogiaban. Incluso dudaba mucho que existiera. Entendía el deseo y la amistad. Sentía ambas cosas por Marisa y, además, admiraba y respetaba lo protectora que era con su hijo… quizá porque le habría gustado que su propia madre lo hubiera querido de la misma manera.

Los besos de Marisa delataban que era una mujer apasionada. También, su compañía era estimulante y se había adaptado fácilmente a la vida en Tewaka.

—Pareces un león observando a un antílope —comentó ella, interrumpiendo sus pensamientos—. Como el león, sabes que tu presa no tiene posibilidad de escapar. Y eso me pone nerviosa.

Rafe rio. No podía reconocer que había descrito a la perfección cómo se sentía.

—No estaba pensando en términos de presa y depredador. Ni en matar a nadie. Al contrario, mis pensamientos eran bastante lujuriosos.

Marisa se ruborizó.

—Entonces, ¿por qué no…? —comenzó a preguntar ella, dejándose llevar por un impulso. Avergonzada, cerró la boca de golpe. Pero no podía apartar la vista de Rafe. Fascinada, vio cómo él la recorría con la mirada, inflamándola como si fuera puro fuego.

Los incendios eran peligrosos, se recordó a sí misma, tratando de respirar. Aunque siempre crece nueva vida en los bosques quemados.

—¿Quieres decir que estoy tardando mucho?

Ella titubeó, apretando los labios para no decir nada que pudiera dejarla más en ridículo. Él no se movió.

Marisa contuvo la respiración. Sabía que tenía que tomar una decisión.

Y, si se equivocaba, lo lamentaría durante el resto de su vida.

Si supiera cuál era la decisión adecuada…

Era algo que tenía que decidir ella sola, aun así, necesitó todo su valor para escuchar a su corazón y asentir.

Rafe se plantó delante de ella con dos grandes zancadas. Sus miradas se entrelazaron.

—¿Marisa?

¿Por qué no la tocaba?, se preguntó ella, forzándose a respirar.

—¿Qué?

—Di que sí —ordenó él con voz ronca—. Dilo, pero solo si lo sientes.

Y, de pronto, Marisa lo vio todo claro. Rafe la deseaba igual que

ella a él.

—Sí. Quiero que me toques. ¿Y tú?

—Sí —repuso él con fiereza y la abrazó con fuerza.

Ella levantó la cara, ofreciéndole los labios. Y él no dudó en aceptar.

En esa ocasión, no había marcha atrás. Rafe la besó como si fuera un muerto de hambre, como si hubiera ansiado hacerlo desde la primera vez que se habían visto. La apretó contra su cuerpo, demostrándole cuánto la deseaba.

—Me gusta ver esos ojos verdes tuyos relucientes como esmeraldas —murmuró él, sus labios a milímetros de los de ella—. Yo no soy como tu exmarido, Marisa. Te valoro por la persona que eres.

Valorar. Era una palabra fría y desapegada, si se la comparaba con *amar*, se dijo ella. Sin embargo, que Rafe la valorara era algo precioso. Entonces, se quedó paralizada, cuando comprendió, de pronto, qué era lo que quería.

Quería que Rafe la amara… para siempre.

Porque se había enamorado de él. ¿Cómo había sucedido? No lo sabía. Había sido algo rápido y silencioso.

Sí, deseaba a Rafe. Pero lo amaba por otras cosas, por su sorprendente amabilidad, por su tenacidad, incluso, por su aura de autoridad.

En ese instante, supo que la llama del amor ardería para siempre dentro de su pecho. Si él no…

Angustiada, trató de imaginarse cómo sería el futuro sin Rafe.

—Saca a ese hombre de tu cabeza —ordenó él con firmeza.

Si no aprendía a amarla, sería ella quien tendría que aprender a vivir sin su amor, se dijo a sí misma. Pero el dolor la acompañaría también durante el resto de su vida.

Entonces, Marisa se dio cuenta de que Rafe la estaba observando, esperando una respuesta.

Si le confesaba su amor, se exponía a una terrible humillación. Si iban a relacionarse como iguales, no podía exponerse de esa manera ante él. Reconocer que lo amaba sin remedio podría alterar el equilibro y colocarla en posición de inferioridad.

Estaba siendo una cobarde, admitió para sus adentros.

—No estaba pensando en él. Yo también te valoro.

Él asintió, aunque no pareció satisfecho con la respuesta.

Sin embargo, cualquier pensamiento se desvaneció cuando volvió a besarla, envolviéndolos a ambos en la más pura pasión.

—No podemos hacer el amor aquí —dijo él, mirando a su alrededor.

Ella se rió.

—Me siento como una estudiante en un coche.

—No es mi estilo tampoco.

—Ni el mío —reconoció ella, riendo nerviosa.

—Vamos a mi dormitorio.

La habitación de Rafe era muy grande. Y bonita. Estaba decorada con un sofisticado estilo, desde la cama de madera tallada al precioso armario que había en una pared o la preciosa seda de las cortinas y la colcha.

Aunque resultaba bastante impersonal, tanto que ella titubeó un momento, allí parada.

—Sé que impresiona bastante —señaló él—. Mi madre redecoró la habitación cuando se casó con mi padre. Cuando ella se fue, él se cambió de cuarto. Pero a mí me gustan las vistas, así que me mudé aquí cuando cumplí dieciocho años.

Marisa tragó saliva.

—Es muy bonita.

Rafe la tomó de la mano y observó su rostro con atención.

—Sé que no te gusta. Es demasiado opulenta y pretenciosa… como mi madre, supongo.

—Me gusta la cama —indicó ella, tratando de ser positiva—. Y el armario.

—¿Estás cambiando de idea?

—Respecto a ti, no —negó ella y se calló un momento, furiosa consigo misma. Se había jurado no volverse a mostrar nunca vulnerable ante un hombre. Y allí estaba, sonrojándose como una virgen. Tragando saliva, intentó sonar segura de sí misma—. ¿Estás en contacto con tu madre?

Con esa cara, Rafe podría haber ganado una fortuna en el póker.

—No la he visto desde que se fue. Hace unos años, se puso en contacto conmigo a través de un abogado. Se había gastado todo el dinero por el que me vendió y quería más.

Ella abrió la boca y la cerró de nuevo, conteniendo su pregunta impulsiva.

—Le abrí una cuenta —explicó él—. Me aseguro de que tenga todo lo que necesita. No todo lo que desea.

Marisa pensó en el niño que él había sido cuando su madre lo había abandonado y lo abrazó.

—¿La odias?

—Es peor que eso, en realidad. No siento nada por ella —reconoció él, apretándola contra su pecho—. La veía muy poco, incluso cuando vivía aquí. Cuando mi padre se casó años después, Jane fue más una madre para mí que la mujer que me dio la vida —recordó, encogiéndose de hombros—. Al menos, no tendrás que preocuparte porque te moleste tu suegra. No creo que se comunique nunca conmigo.

Dando la conversación por terminada, Rafe la besó y ella se dejó llevar por el placer, la excitación y la seguridad de estar entre sus brazos. Gimió de gozo cuando él posó una mano en su pecho, sin dejar de besarla, y le acarició el pezón con la punta de los dedos.

Más que nada, ella quería sentir su piel desnuda, tocarlo por todas partes. Pero sus manos ansiosas no lograban desabotonarle la camisa. Hasta que él apartó su boca y, con un rápido movimiento, se quitó la camisa por la cabeza.

Era un hombre magnífico. Tenía la piel bronceada como el oro y los músculos de un dios griego. Rizos de seda negra le recorrían el pecho hacia la cintura de los pantalones. Devorándolo con los ojos, ella siguió esa línea de vello con la punta de un dedo.

Rafe apretó los labios y se quedó paralizado. Sin demasiada agilidad, Marisa se quitó su blusa y la tiró al suelo. Él afiló la mirada, observándola con atención.

Entonces, ella cerró los ojos y, cuando tomó aliento, más bien sonó como un sollozo.

—Rafe, no podemos. Lo siento… No había pensado en ello. No utilizo ningún método anticonceptivo.

—Yo tengo preservativos —repuso él, cortante—. ¿No confías en mí?

—Sí —afirmó ella con voz temblorosa. Entonces, se quedó esperando que siguiera tocándola. Pero él no se movió.

Rafe esperaba que ella diera el primer paso.

¿Qué podía hacer?, se preguntó a sí misma, sonrojándose. No tenía el valor necesario para desnudarse delante de él.

En silencio, él la tocó con suavidad, haciendo que lo mirara. En sus ojos, Marisa percibió un deseo tan intenso que la dejó sin aliento.

—Eres preciosa.

—Tengo estrías del embarazo —reconoció ella, avergonzada.

Él rio y la abrazó al instante, apretándola contra su erección.

—No me importan las estrías —dijo él y la tomó en sus brazos para llevarla a la cama.

En pocos segundos, le quitó el resto de la ropa, dejándola por completo desnuda sobre las sábanas. Ella cerró los ojos. Se sentía como una mujer de un harén, llevada a la cama de su amo para darle placer.

—Mírame —ordenó él—. No hay nadie más en esta habitación aparte de tú y yo. Y te deseo —aseguró. Cuando se quitó los pantalones y se quedó parado ante ella, parecía una estatua de bronce —. ¿Me deseas tú a mí?

—Sí —respondió ella sin dudarlo.

—Entonces, no tienes por qué preocuparte de nada más —señaló él y se tumbó a su lado para acariciarle el cuerpo despacio y con

atención.

Más tarde, Marisa se tomaría su tiempo para recordar cómo Rafe la había acariciado, cómo la había besado hasta convertirla en un animal salvaje que ansiaba con agonía ser poseído.

Pero, mientras estaba experimentando el presente, no quería pensar en palabras. Solo quería rendirse a la pasión, hasta que él murmuró algo, se colocó sobre ella y la penetró. Se quedó parado mientras ella llegaba al clímax en ese mismo instante, contrayéndose a su alrededor, presa de un éxtasis tan incandescente que le dio ganas de gritar y llorar de alegría. Al final, las olas de placer cesaron y se acurrucó en sus brazos, tomando aliento.

—Lo siento —susurró ella, levantando la vista hacia él.

—¿Por qué? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Porque tú no has… Yo… No sabía que podía ser tan rápido —admitió ella.

—Me haces sentir en las nubes —dijo él y la besó con ternura.

Marisa descubrió, perpleja, que con un beso Rafe era capaz de hacer arder las brasas de nuevo. Despacio, él empezó a moverse en su interior. En esa ocasión, ella llegó a un clímax aun mayor, seguida de inmediato por él.

Después, se quedaron unos instantes abrazos, mientras sus corazones aminoraban la marcha y se sincronizaban.

—Me gustaría que no tuvieras que irte. Pero supongo que, antes de quedarte a dormir conmigo, tendremos que preparar a Keir para la novedad.

—Sí —dijo ella, un poco sobresaltada al volver a la realidad de golpe.

A Marisa le consolaba que, aunque no la amara, a él le gustaba tener sexo con ella. ¿Pero se cansaría de tener siempre en cuenta a su hijo?

Sin poder contenerse, le hizo la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—Siempre tengo en cuenta a las otras personas, a mi hermana, a mis trabajadores, a los asuntos que tengo en todo el mundo. Cada vez le tengo más cariño a Keir… es un buen niño —afirmó él y la miró a los ojos—. No me cansaré de él, si es lo que me preguntas.

—Sí, supongo que era eso lo que temía —admitió ella con una sonrisa—. Me alegro.

—A partir de ahora, pasaré más tiempo en casa.

Al observar a Marisa, Rafe se preguntó qué estaría pensando. Era difícil de adivinar. Sin embargo, una cosa estaba clara. Había disfrutado de tener sexo con él. Al recordar sus dos orgasmos, se le aceleró el pulso. Le apartó el pelo color miel de la cara y la besó de nuevo.

Ella respondió con gratificante entusiasmo, aunque Rafe se contuvo por el momento. No quería poner a prueba su frágil confianza dejándola exhausta.

Pronto, se haría público su compromiso y, tal vez, David Brown saliera de su escondite. Al día siguiente, hablaría con el detective privado, planeó.

Capítulo 12

Al día siguiente, Marisa y Rafe le contaron a Keir que iban a quedarse a vivir un tiempo en Manuwai. El pequeño digirió la noticia en silencio, posando los ojos en ambos adultos.

—¿Y vas a ser mi papá? —le preguntó por fin el niño a Rafe.

—Siempre seré tu amigo, si tú quieres —contestó él.

Marisa respiró aliviada cuando Keir sonrió radiante.

—Sí —dijo el pequeño con decisión—. Por favor.

Cuando Keir le tendió la mano a Rafe para que se la chocara, su madre sonrió con emoción.

—Sí, quiero que seas mi amigo. Como Manu. Me dio la mitad de su plátano el otro día en el cole y me dijo que podía ir a jugar a su casa un día por la tarde.

—Claro —afirmó su madre, cuando el pequeño la miró con expectación.

Ella no había esperado que todo fuera tan sencillo. Era maravilloso que Keir hubiera aceptado la situación con tanta facilidad. Incluso llegó a olvidarse durante unos minutos de su miedo a que el niño sufriera cuando, un día, se separaran de Rafe.

Cuando Keir se hubo ido a contarle la noticia a Nadine, Rafe se volvió hacia Marisa.

—No te preocupes por él. Ni por su padre. Si aparece, Keir y tú estaréis a salvo.

—¿Cómo vas a lograr eso?

—Tengo mis recursos. Por cierto, he advertido en el colegio de Keir que no le dejen irse con ningún desconocido.

Marisa lo miró indignada.

—Esta mañana me encontré con el director por la calle —dijo él, a modo de explicación.

—Ya. Me habría gustado que lo hubieras hablado conmigo antes.

—Debería haberlo hecho —reconoció él—. No volverá a pasar —aseguró y la abrazó—. Relájate. Sé lo independiente que eres y te admiro por ello, pero deja que yo me ocupe de esto, ¿de acuerdo?

—Te dejaré salirte con la tuya esta vez, aunque no creas que siempre va a ser así —advirtió ella.

Él se rio y la besó, haciéndola olvidarse de todo durante unos instantes.

—Manu dice que sus padres se besan todo el tiempo —señaló Keir, que había vuelto en silencio a su lado—. ¿Vosotros también lo vais a hacer?

Marisa intentó apartarse, pero Rafe la sostuvo con firmeza.

—Sí —afirmó Rafe—. ¿Por qué?

—Porque es gracioso —repuso el niño, arrugando la nariz—. Manu dice que sabes montar muy bien a caballo. ¿Me puedes enseñar? Manu dice que todavía tienes el caballo con el que tú aprendiste.

—Así es —replicó Rafe, soltando a Marisa.

Al parecer, Keir iba a usar a los padres de Manu como referente para su relación. No se había mostrado molesto al sorprenderlos besándose, lo que tranquilizó inmensamente a su madre.

—Sammy es demasiado viejo para llevar a nadie —explicó Rafe—. Te buscaré otro caballo.

—¿Ahora? —preguntó el niño emocionado.

—No, ahora, no —repuso Rafe, al mismo tiempo que su móvil sonaba—. Es una llamada importante. Voy a hablar a mi despacho.

—No me gusta ese teléfono —rezongó Keir—. Quiero montar a caballo.

—Ya has oído a Rafe. Te llevará cuando pueda. Vamos a ver si los pájaros han encontrado la comida que les dejamos ayer.

Sin embargo, mientras caminaba con su hijo, Marisa tuvo un mal presentimiento.

Rafe tardó tres días en cumplir su promesa. Esa tarde, Keir había regresado del colegio con Manu en el autobús y se había quedado a jugar en su casa. Marisa fue a recogerlo y lo llevó a las caballerizas, donde Rafe lo estaba esperando.

Después de observarlos con cierta ansiedad al principio, a ella le impresionó la paciencia y la habilidad de Rafe.

—Mi padre me subió a un caballo antes de que aprendiera a andar —le comentó él después—. Y vi cómo enseñaba a Gina después.

—Es un caballo muy dócil —observó ella.

—Por eso lo he elegido. Le gustan los niños.

Keir estaba disfrutando mucho. Escuchaba con el ceño fruncido, concentrado, mientras Rafe le daba instrucciones que él obedecía al pie de la letra.

—Tiene buen equilibrio y no tiene miedo —señaló Rafe, cuando dio por terminada la primera lección. Miró a Marisa—. ¿Tú sabes montar?

—Creo que nunca había estado tan cerca de un caballo como ahora mismo.

—¿Te dan miedo?

—Solo porque son mucho más grandes que yo y no tengo ni idea de cómo funcionan.

—Si quieres, puedo darte clases a ti también.

Algo en su tono sonaba distante y fríamente cordial, como si Rafe no fuera la misma persona con la que había hecho el amor hacía tres días, caviló Marisa con aprensión.

Ella no sabía qué, pero notaba que algo había cambiado. Él se mostraba amable, pero desapegado. Le daba conversación superficial como si fuera una invitada cualquiera, no la mujer a la que había llevado al más puro éxtasis.

Al recordarlo, Marisa se sonrojó.

—¿Marisa?

—Ah —repuso ella, ruborizándose todavía más—. Sí, me gustaría, gracias.

—Bien —dijo él con expresión velada—. Es hora de que Keir se prepare para cenar. Tenemos que irnos.

Después, cuando Keir se hubo acostado, Marisa salió a la terraza donde solían cenar, pero él no estaba allí.

—Ah, aquí estás —dijo el ama de llaves, irrumpiendo en la terraza —. Rafe me ha pedido que te diga que llegará más tarde de lo habitual. ¿Quieres algo de beber?

—No, gracias —replicó Marisa—. ¿Adónde se ha ido?

—A montar a caballo. Suele ir a la playa. Por lo general, lo hace cuando tiene que pensar en algo. Si te acercas al solarium, puede que lo veas llegar desde allí —sugirió Nadine con una sonrisa—. Creo que echa de menos jugar al polo. Tuvo que dejarlo cuando su padre murió, por falta de tiempo.

El solarium estaba colocado de forma estratégica con vistas a la playa y al océano. Marisa tomó unos prismáticos que encontró en el edificio de los vestuarios y enfocó la vista en el jinete y el caballo, que galopaba a toda velocidad.

Sin duda, Rafe era un experto jinete. Se movía como si fuera solo uno con el animal. Cuando se acercaron, ella pudo ver su rostro. Su expresión era seria y firme, como si acabara de tomar una decisión difícil.

Marisa decidió volver dando un paseo a la casa, cuando vio que Rafe regresaba. Por el camino, disfrutó de los aromas y los sonidos de los insectos en el jardín. Le encantaba ese jardín. Lo cierto era que le gustaba todo de Manuwai… la casa, las playas, incluso los empleados que había conocido hasta el momento.

Aun así, renunciaría a todo si su propietario decidiera que no quería seguir viviendo allí.

Había oído que el amor era más importante que ninguna otra cosa y, desde que Rafe había vuelto a su vida, había aprendido que era cierto. El amor no tenía límites.

Perdida en sus pensamientos, Marisa no se dio cuenta de cuánto tiempo pasó paseando bajo la luz del atardecer.

¿Lamentaría Rafe haberse prometido con ella? Tal vez, se dijo, encogida por el dolor. Pasara lo que pasara, lo superaría, se prometió. Aunque nunca volvería a ser la misma.

Su hijo había dejado de ser suficiente para hacerla feliz. Rafe le había hecho recordar que, aparte de madre, era una mujer.

¿Qué era lo único que los unía? ¿El sexo?, se preguntó con lágrimas en los ojos.

No, ella amaba a Rafe como ser humano, no solo porque la volvía loca de pasión.

De pronto, entonces, su sexto sentido le advirtió de que no estaba sola. Cuando se volvió, vio que Rafe estaba detrás de ella, observándola. Sus ojos brillaban más heladores que nunca.

—Es mejor que me digas qué pasa —pidió ella.

—Ven conmigo —fue lo único que respondió él.

Marisa lo acompañó unos minutos en silencio. La expresión de él era indescifrable, aunque sus ojos parecían vacíos y angustiados.

—¿Qué pasa?

—David Brown está muerto.

—¿Q-qué? —balbuceó ella, temblándole las piernas.

Sin tocarla, Rafe se volvió unos segundos hacia el océano, antes de hablar.

—Murió esta tarde en la carretera que llega a Manuwai. Conducía demasiado rápido, su coche derrapó en una curva y cayó por un acantilado. Murió al instante.

Ella se encogió imaginándose la escena. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Nunca había deseado un final así.

—Gracias a Dios. Al menos, no sufrió. Pero… ¿se dirigía hacia aquí?

—Parece que estaba esperando a que Keir llegara del colegio con Manu.

Llevada por un impulso, Marisa se giró hacia la casa, dispuesta a salir corriendo. Pero él la detuvo.

—Keir está bien. Está dormido. Acabo de comprobarlo.

—¿Cómo sabes todo eso? —inquirió ella tras unos momentos.

—Encargué a alguien que os cuidara a ti y a Keir. Ayer, se dio cuenta de que había un hombre en un coche muy interesado en los niños que salían del colegio. Cuando comprobamos la matrícula, David Brown lo había comprado en Auckland hacía un mes.

—¿Pero cómo sabía David que Keir vendría en el autobús escolar hoy? —preguntó Marisa, tratando de controlar su ansiedad—. Además, no lo entiendo. Él no sabía que Keir era su hijo. ¿Por qué iba a estar interesado en él? —añadió. Pero algo en la mirada de Rafe delataba que había aun más—. Cuéntame. ¿Qué me estás ocultando?

—El incendio del garaje de los Tanner fue provocado. Y el coche

de David Brown fue visto en el barrio esa noche.

—Pero, si seguía a Keir, debía de querer hacer algo con él, también.

—Nunca lo sabremos. Tal vez, solo quería saber dónde vivo para prender fuego a algo más.

—Sin embargo, no crees que sea solo eso.

—No lo sé. Nunca lo sabremos. Dejémoslo así —dijo él—. ¿Te das cuenta de que su muerte te ha liberado de cualquier preocupación por la seguridad de Keir? —preguntó con brusquedad.

Así que era eso, se dijo Marisa. Rafe le estaba diciendo que podía irse. Tragando saliva, se forzó a hablar.

—Sí, me doy cuenta —repuso ella y, muy despacio, como si fuera una anciana, dio un paso atrás—. Te doy las gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Keir y yo nos iremos en cuanto me organice.

—No tienes por qué —negó él con rostro pétreo—. Me gustaría que os quedarais. Aunque, si quieres irte, hazlo.

Marisa volvió la cara. Por una parte, ardía en deseos de confesarle que no quería irse.

Pero la cobardía le hizo callar.

—¿Quieres irte, Marisa?

—No —negó ella al fin, tras un largo silencio, mirándolo a los ojos —. Quiero quedarme aquí y casarme contigo y tener hijos contigo, si… —balbuceó, interrumpiéndose en un sollozo.

Al instante, Rafe la tomó entre sus brazos con fuerza, como si no quisiera dejarla marchar jamás.

—Supe que te amaba desde el momento en que pusiste esas condiciones para nuestro compromiso —reconoció él.

Marisa estalló de alegría y de alivio.

—¿Por qué?

—Estabas dispuestas a dejarme libre sin recriminaciones si encontraba a alguien a quien amar. Y yo pensé que ya la había encontrado. Tú. Tus ojos me dejaron marcado desde la primera vez que te vi en Mariposa y, cuando nos reencontramos, fue como si hubiera estado esperándote desde entonces.

—Lo sé —susurró ella, loca de felicidad—. Oh, sí, sé a qué te refieres. Yo siento lo mismo.

—Pero no tuve idea de cuánto te quería hasta que me enteré de la muerte de David Brown —continuó él—. He pasado un infierno, temiendo que te irías cuando supieras que Keir ya no corría peligro. Maldición, Marisa. Necesito que me digas qué sientes por mí.

—Te quiero. ¿Acaso no lo sabes? —replicó ella—. Creo que te quiero desde que te vi en Mariposa. Llegaste como la lluvia después de una sequía. Gracias a ti, encontré fuerzas para escapar de aquella prisión.

Más tarde, en la cama, entre los brazos de Rafe, Marisa se dijo que, por fin, había encontrado su hogar. Él era todo lo que siempre había querido. Además, era el primer hombre que la aceptaba como era. La amaba por ser ella misma.

—Me estoy quedando dormido —susurró él con ternura—. ¿Cuándo vas a casarte conmigo?

—Cuanto antes —contestó ella, besándolo en el hombro.

—Antes de un mes —propuso él y, tras una pausa, confesó—: Creía que no era la clase de hombre capaz de enamorarse, hasta que llegaste tú y me volviste loco sin ni siquiera darme cuenta.

—Lo mismo me ha pasado a mí —admitió ella, mientras le acariciaba el pecho.

—Te quiero. Te querré siempre.

—Y yo a ti. Por toda la eternidad.